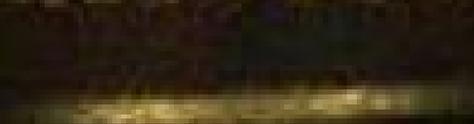



CASTELLAR


ESTUDIOS  
HISTÓRICOS


DP58  
E8



R. C.



1020025174

ESTUDIOS HISTÓRICOS

---

# ESTUDIOS HISTÓRICOS

SOBRE

## LA EDAD MEDIA,

OTROS FRAGMENTOS.

por

D. EMILIO CASTELLAR

Carlos Saavedra



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

85098

MADRID

EDITORES: A. DE SAN MARTÍN Y AGUSTÍN JUBERA,  
Puerta del Sol, 6. — Carretas, 59. — Bols, 3

1875

31272

860  
DP 58  
E8



---

## AMÉRICA.

---

Al espirar la Edad media, nuestra nacionalidad se derrama por los mares, y el vago é inquieto deseo de gloria que la posee, acabada la empresa de siete siglos, la obliga á buscar en lo desconocido y maravilloso nuevos espacios donde extender el espíritu de vida que rebosa en su seno. España, que desde el siglo xii amenaza al África, y en el siglo xiv rompe las huestes africanas al pié de sus mismos dominios; España, que por medio de Portugal es la señora del Océano, y por medio de Aragon la señora del Mediterráneo; España, que como un caballero cruzado, va del Asia al África, de Italia á Constantinopla, bus-

cando por do quier alimento al fuego de su vida, objetos á su valor incontrastables; España, la víctima propiciatoria de la civilizaci6n universal, que interponiéndose en el triunfante camino de los árabes, dió su sangre para impedir que convirtieran á Europa en sultana de sus serrallos; España, la estrella de la tarde que ríela su luz en dos mares, cuyas ondas la besan mansamente, como si le prestaran vasallaje; España, por sus sacrificios, por su constancia, por el puesto que tiene en la tierra, y en premio de su largo martirio, merecía el destino de verter la luz del cristianismo en un mundo que, á manera de nueva y más esplendorosa creaci6n, surgía coronado de flores del gigante seno de los mares.

Un hombre desconocido, cuyo pensamiento se perdía en el azul firmamento; poeta que había adivinado, más por intuici6n que por cálculo, nuevos caminos abiertos á ese incansable viajero que se llama espíritu humano, pero poeta religioso, cuya alma, encendida en el amor divino, volaba como blanca gaviota, entre esos dos celestes abismos que forman los horizontes, perdién-

dose en la azul superficie de los mares: Colon, en fin, desgraciado como Homero, como Sócrates, como el Dante, como todos los genios hijos de otro mundo mejor, aprisionados en la tierra, sentía en sus sienes latir la idea de su destino; aspiraba en las brisas el alma de nuevas regiones, y arrastrándose por los palacios de los magnates, de los reyes, les ofrecía ancho espacio á su poder; y los hombres no le entendían, y sólo España penetró en aquella misteriosa inteligencia atormentada por su misma grandeza, y le dió las llaves con que abrió á los ojos at6nitos de Europa el azul santuario que ocultaba la divina América.

Este envidiado descubrimiento se realizaba al mismo tiempo que la antigüedad, como una estátua encontrada entre ruinas, se levantaba á reanimar el mundo con la idea de los pueblos clásicos; al mismo tiempo que el pensamiento se conmovía, despertándose á nueva vida; al mismo tiempo que la imprenta armaba al hombre con el poder creador de multiplicar, cual miríadas de seres, el pensamiento; al mismo tiempo que la

libertad comenzaba á penetrar con su dulce calor los corazones; era, sin duda, el espacio de la nueva idea, el templo del hombre emancipado, el mundo puro, inocente, que nacia; nuevo eden para albergar la tierra, esa alma del alma: era la creacion material, respondiendo á la idea del hombre por esa misteriosa y sagrada relacion con que Dios ha enlazado la naturaleza y el espíritu.

Y sin embargo, Europa ha olvidado ya que debe á España este grande y maravilloso descubrimiento. No ha habido insulto que no se haya prodigado á la reina de las naciones, á la debeladora de Europa. Esta gran gloria, á tanta costa comprada, la han convertido nuestros enemigos en escarnio de la madre patria. Han ennegrecido el descubrimiento: sólo han visto los mismos que hoy envenenan á China ó atormentan á Italia, en los héroes que levantaban la cruz en los bosques de América, audaces aventureros desposeidos de corazon, sedientos de oro y sangre. Esta ingratitud del mundo ¡parece imposible! ha penetrado en el corazon de nuestros mismos hermanos de

América; que han llegado hasta maldecir á su desolada madre.

¿Los males causados no los compensamos con infinitos bienes? Mediten los que de crueles nos tachan los grandes é inmensos sacrificios que la civilizacion infundida por nuestra nacionalidad á la América nos habia costado, las guerras gigantescas, los fieros males por donde habian pasado nuestros padres, y se convencerán de que nuestra España es como un ara cubierta con la ceniza de infinitas generaciones mártires; y que América alcanzó nuestra religion, nuestras ciencias, nuestra cultura, nuestra vida, con grandes, si pero con menores desgracias. La civilizacion que nosotros llevábamos, era como una antorcha alimentada por la sangre de infinitos pueblos.

Y si es ley histórica que todo progreso se alcanza por medio de grandes luchas, y toda lucha cuesta grandes sacrificios, ¿cómo los ojos, acostumbrados á ver levantarse Grecia, Roma, esas maestras de la civilizacion antigua, sobre pedestales de blanquecinos huesos, el imperio de Carlomagno y Cárlos V sobre tempestades, el feudalismo

mo, los municipios, la reforma, todas las instituciones humanas sobre el asolamiento de familias, de pueblos, de naciones, de clases enteras, cómo se maravillan de que América, para tocar la meta de la civilización, se haya visto forzada por destino inevitable y fatal á recibir un gran bautismo de sangre?

Triste fué que aquellos bosques inmensos, perfumados aún por el aliento de Dios; que aquellos astros lucientes como el amanecer de la primera luz sobre el caos; que aquellos rios serenos, azules y profundos como los cielos; que aquella virgen naturaleza tan pura, tan hermosa, semejante á la cuna de flores donde durmió la humanidad naciente el sueño de la inocencia; que el mundo, albergue de tantas maravillas, nuevo paraíso del hombre regenerado, presenciase tantas y tan grandes catástrofes que ponen horror en el corazón, lágrimas en los ojos; pero el pueblo que haya llegado á la conquista sin producir esos males, levántese y dígalo al mundo, y entonces confesaremos que nos hemos exentado por nuestra crueldad, de la comun ley á que se hallan some-

tidas las sociedades humanas. Nosotros no pretendemos disculpar las faltas de nuestros padres, pero decimos que no tienen derecho á encarecerlas y extremarlas los que las han cometido iguales ó mayores en ménos altas empresas; los que en la misma América han exterminado las primitivas razas sin dejar de ellas ni rastro ni memoria.

¡Ah! ¿Lo olvidareis vosotros, hijos de España en América; vosotros, que modulais la dulce habla de nuestros padres, que contais poetas que han cortado su lira del frondoso árbol de nuestra nacionalidad; vosotros, que llevais en la mente nuestro mismo pensamiento y en el corazón nuestra fé, nuestras creencias, y respirais una misma civilización; vosotros, hermanos también de los españoles por la grandeza de la desgracia y de la desventura? Acordad que todos los penates que llevaron los héroes á vuestro suelo, nos costaron mares de sangre:—dígalo las cenizas humeantes aún de nuestras ciudades; este suelo cubierto de recuerdos grandes y terribles desventuras; este aire impregnado de las almas de infinitos héroes.

No lo olvideis, hoy que España ha perdonado á sus tiranos, y cuando en muchos instantes sus mismos hijos, olvidándose de sus desventuras, han maldecido por amor á la América á los que habian ocasionado vuestros dolores.

Indudablemente, cuando Dios ha hecho surgir del seno de las ondas ese Nuevo Mundo, un gran destino debia cumplir en el plan providencial de la historia. No nace una hoja de un árbol al acaso en la creacion, ¿y habrá de nacer un pueblo? La aparicion de América en la historia, de ese continente que parece guardar los más bellos tesoros de la vida, los más varios matices de la naturaleza, es acontecimiento de tanta y tan portentosa magnitud, que cambia todas las relaciones de la vida europea.

La Edad media se empeña en llevar su idea fuera de Europa. Un inquieto y vago deseo de extenderse por el mundo conocido la atormenta. Y pone sus ojos en la region de lo pasado, en el Asia. En vano los reyes de la Europa moderna se sacrifican por dar vida á la madre Asia. Todos sus sacrificios son inútiles, vanas todas sus em-

presas. Ni Godofredo, el Aquiles de las Cruzadas, ni Felipe-Augusto, ni Ricardo de Inglaterra, ni Jaime I de Aragon, ni San Luis, en sus empresas, pueden grabar la idea progresiva del mundo cristiano en la cuna misma de esa idea. Las Cruzadas no son tan solo la gran ocasion de la libertad de las ciudades; pero en la tierra ya maldecida del Asia, solo echa algunas raices, y transitoriamente, el feudalismo, que no es poderoso á libertar la cuna de las religiones de la custodia de un pueblo de tradicion, de un pueblo de lo pasado, de los mahometanos, que han de llegar á cautivar á Constantinopla. Asia, aunque se empeñan los reyes en lo contrario, es el mundo de lo pasado, el mundo de la teocracia, el mundo de la autoridad. ¿Dónde está el mundo del progreso, el mundo de lo porvenir?

En América.

América debia de ser el espacio donde se encarnara la idea de civilizacion moderna. La nacion que representaba en el siglo xvi la idea de autoridad, idea poderosa para todas las grandes iniciaciones, debió descubrir aquella dilatada y

hermosa region, é infundirle el espíritu cristiano.

Sin embargo, Carlos III, que en lo interior había seguido una política liberal, reformadora, una política más bien hija de aquel siglo que de su conciencia y de su voluntad, en lo exterior siguió, llevado de sus afectos de familia, una política opuesta, radicalmente opuesta á los intereses de nuestra nacionalidad y á sus antiguos derechos.

Realizar la idea de la nueva civilizacion: este era el destino providencial de América. Pueblo sin recuerdos, nacido ayer, llamado por medios extraordinarios á la civilizacion, sin haber pasado por todos los siglos de martirios por que habían pasado las naciones europeas, inquieto de lo porvenir más que afecto á lo pasado, en que solo veía desgracias que deseaba olvidar; pueblo aparecido, por un decreto misterioso de la Providencia, sobre las ondas, cuando la electricidad de una gran idea conmovía y trastornaba á Europa, cuyas entrañas palpitaban como si llevasen un Dios; pueblo anheloso de consagrar la vida que le sobraba en grandes empresas, se convirtió en

apóstol y en guerrero de las nuevas ideas. Sus esplendorosos cielos, radiantes siempre de divina luz; sus estrellas lucientes y hermosas, áureas lámparas de un nuevo templo; la vida, que como aromas purísimos exhalan sus inexplorables bosques sembrados de mil variadas flores; todo cuanto naturaleza tiene allí de hermoso, de sublime, todo lo que hay en aquella tierra de bendicion, guarda una gran idea. Notadlo; los pueblos que han sufrido por largo espacio de tiempo una civilizacion que ya ha muerto, son inmensos desiertos, donde no nace una flor, ni vive un hombre.

Babilonia, Tébas, Persépolis, Nínime; todas esas grandes ciudades antiguas, que con el peso de sus fundamentos abrumaban la tierra, y con las cúspides y cimas de sus templos y palacios se avvicinaban al cielo; resplandecientes de ciencias, ornadas con todos los atributos de las artes, señoras de inmensos pueblos, maestras de grandes y portentosas civilizaciones, célebres por sus sacerdotes, por sus sábios, por sus astrólogos, por sus guerreros; todas esas grandes ciudades que llenan con sus nombres los anales del mundo, ya

no son, ni ruinas de ellas quedan, y el espacio donde antes se levantaban, es un mar inmenso de arena, donde no crece la yerba, donde no mana una fuente, donde solo de tarde en tarde se ve aparecer alguna caravana errante que huye de la muerte que se respira en aquellas estériles y maldecidas regiones.

La muerte, la muerte solo reina en los países, que ya no llevan su tributo al plan divino y providencial de la historia. Pero tú, América, que te muestras coronada de flores y de perlas, tú tan hermosa como la desposada que se engalana para recibir un casto beso de amor, tú no guardas esos gigantes montes que entrañan mares de fuego, esos rios que llevan por do quier la sávia de la vida, esa vejetacion lujosísima, portentosa, para engalanar una tumba, no; esas guirnaldas de flores, ornadas por la noche con mil luminosos insectos, que parecen astros que reposan en sus hojas, son las ofrendas que presentan en el ara sagrada de la grande idea de la civilizacion humana.

Y así como América representa una gran idea

filosófica, representa tambien una gran idea literaria.

La naturaleza y el espíritu se penetran mutuamente; viven de una misma vida; caminan, aquella por su cadena de séres, éste por su série de ideas, á un mismo fin. Una nueva y más esplendorosa creacion puede ser para el poeta fuente misteriosa de vida. La imaginacion se cierne sobre la naturaleza, aspira su espíritu, se adorna con sus colores, como la mariposa, que despues de haberse sumergido en los aromas de las flores tiñe sus alas con los átomos de mil varios matices que llueven de los lustrosos pétalos y de las entreabiertas corolas.

Que América en una gran fuente de vida para el espíritu de las artes, no hay necesidad de probarlo. En noche serena un gran filósofo y naturalista se encontraba en los Andes; la luna extendia su luz melancólica y suave, que no era parte á impedir que relumbrasen con claros fulgores las hermosas constelaciones tropicales, que se reflejaban como en claros espejos en las inmensas pirámides de nieve, corona de los montes, de cuyo

gigante seno salian, á manera de sonrosada niebla, el humo de los volcanes; toda la escala inmensa de la vida vegetal se desplegaba á sus ojos, desde los helechos del polo, iscrustados en los marmóreos témpanos, hasta los bambies, los cocoteros y las palmeras de las abrasadas regiones: el viento rugia como un leon sobre su cabeza, y á sus plantas, dormidos los bosques, no movian una hoja; sosegados los lagos, no se rizaban en una onda; su alma gozosa, abrazando como el espacio aquella inmensa variedad de séres, de espectáculos, que próvida ofrecia naturaleza, se levantaba al cielo, y se deshacia en amorosas plegarias al Dios creador de tantas y tan portentosas maravillas, y su voz al par de los espumosos torrentes, entonaba un himno, pues en aquel Océano de vida el filósofo se habia sentido poeta. Estas maravillas pueden obrár la naturaleza de América en las imaginaciones de Europa.

¡Y cuántos peregrinos de la vieja Europa no tomaron colores para sus cuadros de la hermosa naturaleza americana! Todos, cuando niños, hemos leído con lágrimas en los ojos y dulce melan-

colia en el corazon, el tierno idilio de Bernardino de Saint-Pierre, *Pablo y Virginia*. Esta novela simboliza el consuelo del espíritu por la naturaleza. El destierro y la desgracia encuentran dulces amigos en aquellos bienhadados campos; los dos jóvenes sienten un amor tan puro como el aire de las montañas; los cocoteros y las palmeras les prestan sombras, las palomas les enseñan á amarse; sus cantares son como el rumor de las brisas en los bosques, como el susurro del arroyo que se quiebra en los espesos cañaverales; los frutos que brinda generosa la tierra, son su alimento, y un poco de agua clara cogida en la corteza de un coco el único licor con que celebran sus dulces alegrías; todo es paz, todo dulzura en aquel Nuevo Mundo, cuya tranquilidad sólo se interrumpe cuando se desencadenan por la ausencia de Virginia, entre los dos continentes, las pasiones y los dolores del Viejo Mundo. Nuestros poetas del siglo xvi buscaban en medio de la monarquía un refugio en el campo, creando la poesía pastoril; y Bernardino de Saint-Pierre, bajo el sable de Napoleon, desenvolvía á los ojos de Francia el espec-

táculo maravilloso de la felicidad en aquellas apartadas regiones, donde el alma podía volar por los espacios, como el condor, habitante de los Andes, se cierne en lo infinito, penetra en las negras nubes, se levanta sobre la tempestad, y agarra como áureo cetro entre sus uñas el rayo de los dioses.

Chateaubriand también llevó á la joven América la inquietud, el desasosiego, las luchas de Europa; pero sin duda su imaginación adquirió en aquella naturaleza su exuberante riqueza y maravillosa espontaneidad. Como los guerreros turbaron el reposo material de aquellos pueblos con sus rayos y sus truenos, sus relámpagos, desconocidos antes de los americanos, Chateaubriand turbó la dulce paz de las riberas del Missisipi, en las dudas, las maldiciones, los dolores de René, en el amor tempestuoso, agitado, romántico de la infeliz Atala.

En todos estos poetas se ve la idea de Europa, el dolor del Viejo Mundo, tomando un acento sublime. Europa, la vieja Europa, tendrá siempre por alma de su poesía las ideas, buscará la vida

en las inmensas profundidades del pensamiento; y América, la joven América, se inspirará en la naturaleza, buscará la vida en sus torrentes, en sus cataratas inmensas, en el espíritu, que como celeste gasa envuelve al mundo. Heredia, ese gran poeta de la naturaleza, alma de fuego como el sol tropical, recoge los ruidos de los bosques, el acento de la tempestad; corta su lira de los agrestes pinos, de los gigantescos plátanos; se baña en los perfumes de aquellas flores, que aún guardan en su cáliz el primer beso que el Creador dió á la naturaleza, cuando se despertaba inocente y pura á la vida; repite el canto sublime del Niágara, que se rompe en las montañas, desgajándose de las alturas, perdiéndose en las abismos; nos enseña sus blancas espumas, que vuelan como las nubes animadas por el misterioso espíritu de los aires, sus inmensas masas de aguas que ruedan por los espacios, las perlas que escupe á las vecinas flores, á los árboles, y que refrescan la agitada frente del poeta; los rayos del sol quebrándose en la corriente y descomponiéndose en el iris con sus varios matices; el río, encerrándose des-

pues en su cáuce, sereno, majestuoso, puro, retratando los azules cielos como si se durmiera sosegado, despues de colosal batalla, en un lecho de flores.

Y unir el espíritu ideal de Europa con el espíritu real de América, es el fin supremo del arte moderno. El arte tiende á la armonía de los dos grandes términos de la vida: la naturaleza y el espíritu. La idea poética es la esencia de la naturaleza, trasformada en el alma, como la idea de la naturaleza es la esencia del espíritu, trasformada en los séres, en las leyes del mundo material. La hermosura en la naturaleza es una de las manifestaciones de la vida. La vida asciende de grado en grado, de escala en escala, desde los séres inorgánicos hasta el hombre, donde llega al conocimiento de sí y á la unidad. La vida es hermosa en la naturaleza, porque es la fuerza que reúne las moléculas en los cuerpos, los astros en los espacios; pero esa hermosura no sería sin el espíritu, que la contempla y la conoce. Todos los séres, en varios sistemas encadenados, tienden á la unidad de la especie, á la unidad de la organi-

zacion; pero esta unidad, por la cual hasta el mundo huye de lo condicional y se pone en lo absoluto, solo puede darla el espíritu. Cuando contemplamos la silenciosa noche, el mar en calma dormido como un niño, el cielo estrellado, parece que vemos realizada la hermosura; pero es el alma la que embellece la creacion con sus pensamientos. El mundo es bello, ciertamente, pero el alma sólo puede darle armonía; el alma, que ha hecho de los astros que ruedan en los espacios notas de un eterno canto, de un infinito concierto; que ha oido en lo vacío del pensamiento la música de las esferas. Pero hé aquí cómo estos dos términos se unen: el arte no sería sin el espíritu; pero tampoco se revelaría, viviría sin la naturaleza.

Poetas americanos, prestad á los poetas europeos el alma de vuestros bosques, de vuestros lagos, de vuestras florestas, de vuestro esplendísimo horizonte; poetas de Europa, prestad á los poetas americanos vuestros recuerdos, vuestras mitologías, vuestros pensamientos, vuestras maravillosas tradiciones; únanse las dos poesías en

lo infinito como las almas de dos amantes, como los aromas de dos flores.

Ya lo decíamos, América ha venido al mundo de la historia á realizar la idea de la nueva civilizacion; América ha venido al mundo del arte á realizar la union de la naturaleza y del espíritu, verbo misterioso que han buscado en su peregrinacion por el mundo todos los poetas, desde Homero hasta Goethe.

Pero ¿qué nacion tiene derecho de llevar el pensamiento de Europa á la inocente América? España, destinada á ser el intermediario de los dos continentes. Nosotros conservamos aún, como restos de un gran naufragio, posesiones en los mares americanos; en la corona de España reluce aún la estrella de Occidente. La suerte ha dividido aquel mundo entre la raza anglo-sajona y la raza íbera. ¿Consentirán nuestros hermanos que una raza egoísta se apodere de este mundo hermosísimo, donde por derecho propio debe imperar la raza española tan desgraciada como generosa? ¿Será posible que se haya agotado el corazon y el pensamiento de los hijos de España?

¡Ah! No.

La isla de Cuba, hermosa porcion de América, llave del golfo mejicano, permanecerá siempre bajo el amparo de nuestra nacion, sin que la ambicion de audaces piratas que solo se gozan en el robo, pueda, miéntras haya españoles en España, oscurecer, ni con leve nube, aquellos esplendurosos y magníficos horizontes.

Pero oidnos vosotros, hijos de las repúblicas hispano-americanas: hoy no queremos un dominio material por medio de la fuerza sobre vuestros imperios; queremos la fraternidad moral por medio del pensamiento en vuestros corazones. Hoy no necesitamos llevaros el fuego, la guerra; hoy necesitamos llevaros la luz de nuestras almas. Nos habeis rechazado por reyes, pero no nos rechazareis por hermanos. ¡Oh! Al través del tiempo y del espacio hablamos una misma lengua, tenemos unos mismos templos, adoramos un mismo Dios, guardamos en la memoria unos mismos recuerdos y hasta sufrimos las mismas desventuras. En el siglo XIX ha concluido el dominio del hombre sobre el hombre, el imperio de pueblos sobre

pueblos; pero ha comenzado la union de todos los hombres, de todos los pueblos en un mismo sentimiento, en una misma idea. Hijos de la América española, no desoigais á los que son vuestros hermanos.

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

### ARTÍCULO PRIMERO.

#### I.

Me propongo historiar brevemente la lucha de Pedro IV con la Union aragonesa y valenciana. Veamos antes el siglo xiv, de los más grandes que registra la historia por las ideas que realizó y los nuevos caminos que abrió al espíritu humano. En este siglo el feudalismo iba de vencida y la monarquía comenzaba á eclipsar todas las instituciones. El rey, que ya pretendía levantarse sobre los castillos feudales, trataba de ir poco á poco desarmando tambien el municipio. El derecho, que habia nacido en las Universidades pon-

pueblos; pero ha comenzado la union de todos los hombres, de todos los pueblos en un mismo sentimiento, en una misma idea. Hijos de la América española, no desoigais á los que son vuestros hermanos.

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

### ARTÍCULO PRIMERO.

#### I.

Me propongo historiar brevemente la lucha de Pedro IV con la Union aragonesa y valenciana. Veamos antes el siglo XIV, de los más grandes que registra la historia por las ideas que realizó y los nuevos caminos que abrió al espíritu humano. En este siglo el feudalismo iba de vencida y la monarquía comenzaba á eclipsar todas las instituciones. El rey, que ya pretendía levantarse sobre los castillos feudales, trataba de ir poco á poco desarmando tambien el municipio. El derecho, que habia nacido en las Universidades pon-

tificias y se habia fortificado en los cánones, gradualmente se apartaba del altar para recibir fuerza del trono. El Pontificado, que en los siglos XII y XIII habia reunido en torno de sí todas las fuerzas dispersas, se hallaba con grave daño de la cristiandad sometido en Avignon á la voluntad de los reyes de Francia; y de aquí la indisciplina del clero que tan elocuentemente deploraron Petrarca, Boccacio, el arcipreste de Hita y otros muchos escritores católicos. Los jurisconsultos nacidos del seno del pueblo, pero soñando en su ambicion con ser grandes, socavaban lentamente los fundamentos del castillo feudal, y con las armas de la inteligencia y las fórmulas del derecho escrito embotaban las armas de la fuerza y deslustraban los códigos señoriales confiados á la custodia de la tradicion y de las costumbres. Necesitados de una fortaleza para combatir, se acogian al trono que los resguardaba, y les exigia en cambio fórmulas idóneas para acrecentar su fraccionada y combatida autoridad. Las Universidades iban educando al estado llano, clase que salida del seno del municipio, aprendia instintos de libertad y sentia

grande anhelo de gobierno. El clero, recibiendo á todas las clases, las levantaba á altas dignidades y contribuia á la emancipacion universal. El feudalismo no habia llegado aún á comprender toda la trascendencia de la revolucion que minaba su poder y destruia sus antiguas glorias. Todas las clases é instituciones que van á ser anegadas por el progreso, ni oyen ni ven las olas que las amenazan, hasta que llegan á arrebatarnos de las manos la áurea copa donde liban su vida. Los nobles no eran inteligentes, y no veian los chispazos que salian del centro de las Universidades. No les era dado comprender cómo aquellos pobres y desarmados estudiantes, que corrian tras la sombra del antiguo derecho romano, sin más cota de malla que sus hopalandas, ni más lanza que sus libros, habian de ser osados á desafiar un poder levantado sobre las espaldas de infinitos esclavos, dueño de innumerables riquezas, cuya cúspide frisaba con la region de las tempestades. Pero en aquel instante, la Providencia, que siempre socorre al débil, arrojaba en sus manos el trueno, el relámpago, el rayo, la tempestad que

había de dar en tierra con el castillo feudal, si arrojaba en el mundo la pólvora.

Mas si la nobleza no comprendía toda la humillación que le aguardaba, sentíase ya decaída y flaca. Las Cruzadas habían abierto una brecha inmensa en sus murallas; el municipio había puesto sus torres al nivel del castillo feudal; frente á frente del mesnadero se alzaba el soldado municipal; junto al derecho señorial la Cartapuebla; los gremios comenzaban á emancipar la propiedad, y á la cabeza de este movimiento formidable caminaba el rey, unas veces batiéndose cuerpo á cuerpo con los nobles, y otras aguzando sigilosamente sus armas para descabezar el feudalismo.

¡El rey! En aquellas edades, el rey era el gran innovador. A su brazo había encomendado Dios la destrucción del feudalismo, y la maravillosa obra de dar unidad, cohesión y fuerza á las diversas nacionalidades fraccionadas por extrañas irrupciones. Gran aliento era menester para esta obra. Mas los reyes la llevaron á cabo con gloria y perseverancia. Al comenzar el siglo XIV, parte

de esta obra colosal estaba ya concluida. Alonso VIII, el de las Navas, había llamado á tomar asiento en las Córtes á los ciudadanos, amenazando así á la nobleza con un nuevo elemento social, capaz de contrastar su hasta entonces incontrastable poder. Fernando III el Santo, llama á sí á los juriconsultos, destruye las hermandades, arrebató á los señores el derecho de juzgar, que es como la corona de sus derechos; protege los gremios, fomenta las milicias municipales, pretende dar unidad á los códigos, crea los adelantados reflejos de su autoridad en las provincias, regula el derecho que de sentarse en las Córtes había adquirido ya el estado llano; de suerte que si derriba con una mano la fortaleza de los árabes, derriba con la otra las altas guaridas del feudalismo. Don Alfonso X comienza á derramar en sus códigos las semillas del poder absoluto de los reyes. Los nobles más poderosos caen heridos de muerte á los piés de Sancho el Bravo, que condescendiendo un día con la nobleza, la abate cuando ya no necesita de su auxilio. Don Lope de Haro muere bajo los golpes de las

mazas reales en las Córtes delante del trono, y su sangre salpica la frente del rey. Sigue, al comenzar el siglo xiv, la regencia de doña María de Medina. Bajo las alas de este ángel, que lleva en sus brazos á su hijo, pobre niño, cuya corona flota á merced de los vientos de todas las pasiones en un lago de sangre; bajo la protección de doña María de Medina llega á su apogeo el municipio, y el estado llano, agradecido, salva á la reina de todos los peligros y conjura todas las grandes tempestades, uniendo su libertad al nombre de doña María que llega á ser su símbolo y su enseña. Pero sucede la minoridad de Alfonso XI, y las fuerzas mal reprimidas de la nobleza estallan de nuevo, y se convierte toda Castilla en un gran campo de batalla; todos sus nobles son rebeldes, todos sus pueblos son fortalezas, y no parece sino que Dios ha derramado sobre ella la copa de todas las desgracias. El rey empuña las riendas del Estado, pone los ojos en tantos males y el pensamiento en remediarlos; conoce que sólo el arrojo y las fuerzas pueden derramar el esparto en sus enemigos, brillo en la autoridad real, y

D. Juan el Tuerto, y Garcilaso de la Vega y otros grandes señores, son las víctimas de su poder, los despojos de su victoria. Todos los reyes, ora parapetados tras nuevas instituciones, ora cuerpo á cuerpo, combaten el feudalismo. Y lo que sucede en Castilla sucede en casi toda Europa. Este es el siglo xiv. El Papa está preso y sometido á un rey; el clero está indisciplinado á causa de la esclavitud del Papa; el municipio llega á su zenit, pero sus rayos ofenden á la unidad monárquica; las Universidades toman la dirección intelectual del mundo; los jurisconsultos la dirección material del gobierno; el estado llano sigue trabajando por su emancipación, lenta, pero progresiva: el feudalismo se arruina, y sobre todas las instituciones se levanta ya el rey, coronado con los resplandores de una gran idea. Es un gran siglo. De una de sus grandes luchas vamos á tratar. Esta lucha pasa en Aragon, bajo el reinado de Don Pedro IV.

## II.

La monarquía aragonesa es indudablemente en los siglos xiii, xiv y xv una de las monarquías más grandes y más gloriosas del mundo. El espíritu de civilización que rebosa en su seno la agita, la lleva al Africa, á Sicilia, á Nápoles, á Francia, á Constantinopla, y en todas partes hace milagros y obra maravillas. Aragon acaba de nacer en un pico del Pirineo; su cuna parece un nido de águilas, y levanta su vuelo, se dirige á las llanuras, y con solo mover sus gigantescas alas ahuyenta á sus enemigos. Nacido apénas, se apodera de Jaca y Huesca; un poco más tarde planta sus banderas en los muros de Zaragoza; es jóven y ya el instinto de su génio le lleva á romper el aislamiento, á echarse en brazos de Cataluña, y volar arrogante por los mares. En el siglo xii, los condes de Barcelona comienzan á enseñorearse de los mares, plantan sus banderas en Mallorca, contri-

buyen á libertar del yugo agareno Almería; conquistas prematuras, que si no quedan definitivamente bajo los cristianos, muestran ya toda la extension de su grandeza. Aragon va personificado en Pedro II á la batalla de las Navas, y personificado en Alfonso II al sitio de Cuenca, y en ambas empresas gana inmarcesible lauro. En Cuenca se reparte con Castilla el territorio de España, que ha de libertarla del árabe enemigo. Castilla toma para sí las Andalucías, se dirige como el Tajo, como el Duero, como el Guadiana, hácia el Océano. Aragon toma para sí las Baleares y Valencia, se dirige como la corriente del Ebro, hácia el Mediterráneo.

Apénas han trascurrido cincuenta años, y ya ha coronado su altísima obra. Jaime I, que sentia en su coarzon la voz de Dios que le llamaba á la guerra, como la inspiracion llama á cantar al poeta, pone la planta en los mares, desenvaina su espada, y como si fuera el rayo de la victoria, ciega á sus enemigos; y libertando á Mallorca asegura la tranquilidad del Mediterráneo y el predominio de Aragon en este mar de la civilización.

En seguida, su génio inquieto, no contento con aquella sin par victoria, se vuelve á Valencia, la mira, se encanta de su alegría, y de su hermosura; baja á sus deleitosos jardines, y planta en ellos la severa y sublime cruz. Valencia, que tan llorada fué de los árabes cuando el Cid momentáneamente la arrancó de sus serrallos, deja para siempre de ser su hermosa sultana. Entonces Aragon siente instintivamente el deseo de salir fuera de su recinto, de tomar parte en la vida universal de las naciones. Castilla, encerrada en el centro de la Península, elabora nuestros grandes elementos sociales; Portugal ensaya el comunicarnos con lejanas tierras y llevar nuestro nombre á remotísimos horizontes; Aragon es el medio de nuestra comunicacion con Europa. Pero esta gran obra, tentada por D. Jaime, es conducida á gloriosa cima por su hijo D. Pedro III, el rey más grande y más glorioso de toda nuestra historia. Pedro III hereda ¡él sólo! todo el gran destino del sacro imperio. Lucha con el Pontífice, sin arredrarse por sus guerreros ni por sus aliados; lucha con Francia, sólo, sin temer sus innumerables ejércitos; lucha

en Italia y gana Sicilia; lucha en el mar, y gana batallas que parecen fábulas; lucha dentro de su reino diezmado y dividido, y en todas partes es el génio de la victoria. Aragon despues, ora cede al Papa, ora le atemoriza; ya renuncia á su política guerrera y se envuelve en la política diplomática, ya deja Sicilia para tomar Córcega y Cerdeña, ya vuelve á unir á su corona Sicilia; sigue la política exterior que mejor le cuadra, pero influye poderosa y decisivamente en la vida universal de la historia. Y heredero de esta política y su mantenedor, es Pedro IV.

Pero á nuestro fin conviene conocer el estado interior del reino de Aragon. Es Aragon un país eminentemente aristocrático. Parece que sus riesgos han sido hechos por Dios para sobrellevar castillos feudales. Castilla es, por el contrario, un país eminentemente popular. Parece que sus inmensas llanuras fueron hechas por Dios para asiento de grandes y libres municipios. Pero por lo mismo que Aragon es, en la Edad media, más aristocrático que Castilla, no es tan monárquico. Yo no sabré probar la autenticidad del fuero de

Sobrarbe, pero sí decir, que aún admitiéndolo como ficción, se vé que el reino aragonés habia querido significar la primacía de origen y de dignidad que tenían las leyes sobre el rey. Aquel reino, que forma un código primero, y luego va á buscar un rey para que lo jure, traza en la primera página de la historia aragonesa el ideal, la norma de su vida. No hay ocasion solemne en la historia de Aragon, no hay lucha por la libertad y por el derecho, en que el país no recuerde al rey el pacto de que proviene su soberanía y no le amenace con romperlo si el rey persiste en perseguir la libertad y en desestimar el derecho. El rey es el primero entre iguales; no es rey de siervos, sino rey de reyes. Cuando entra en un combate, no tiene más parte en el botin que los demás capitanes; y si la tiene, es cuando ha sido el más valiente y ha derramado más sangre enemiga, y ha precedido á todos en arrojarse al furor de la pelea. Esto acaso hizo que los reyes aragoneses fueran tan heróicos, y que en tres siglos, con raras excepciones, no se conocieron sino grandes reyes en aquel tan sublimado trono. Ara-

gon derivaba de su primitiva Constitucion todos sus principales derechos. Creia que la libertad habia iluminado su cuna, y demostraba que sin libertad no queria la vida. En sus primitivos códigos, ciertos ó fingidos, se encontraba la subordinacion de los reyes á la ley, la autoridad protectora del Justicia, como un tribunal perenne entre el rey y el pueblo; la existencia de las Córtes, el gérmen de aquella libertad que á manera de sagrada encina resistía al impetu de los tiempos, al oleaje de los acontecimientos, y levantaba sus ramas doradas por eterno sol, sobre todas las tempestades, ofreciendo amparo siempre á los fuertes aragoneses, que encontraban en ella ramas para formar sus hogares y lanzas contra sus enemigos. Esta libertad, que existía con más ó ménos fuerza en las costumbres, aspiraba por esa lógica irresistible, objetiva de todas las ideas, á convertirse en ley. Examinaremos cómo esta idea, digámoslo así, se movía y desarrollaba para conseguir este fin, á que tendía irresistiblemente. Prescindamos del fuero de Sobrarbe. La crítica sólo se atreve á ver en él la partida de bau-

tismo de la libertad aragonesa. Pero ignora si esta partida de bautismo fué hecha despues que la libertad habia llegado á crecer, á desarrollarse y robustecer su constitucion. El pueblo aragonés, como el pueblo romano, como el pueblo inglés, como todos los pueblos aristocráticos, era muy dado á consagrar con el bautismo del tiempo todos sus nuevos derechos, áun á costa de una ficcion legal. Así, en los pueblos aristocráticos, las formas de la ley se salvan siempre. Aragon habia tenido una gran autonomia. Cuando Alfonso I dejó su reino á los Templarios, el reino, protestando contra la voluntad del rey, se rescató á sí mismo; cuando Pedro II dobla la rodilla ante el Papa y le presenta como feudo su reino, Aragon se levanta, despliega su pendon, y muestra al Papa que el rey no puede usar del reino como de un patrimonio, y que los aragoneses, antes que todo, se debian á las leyes.

Pero despues de varias alternativas, donde se ve brillar más esplendorosa la libertad aragonesa, es en el reinado del gran Pedro III. En esta edad toma esa fuerza que la distingue, y el carácter de

ley á que tendia con una tendencia irresistible. A un rey tan grande como Pedro III, fuerte en los combates, coronado de victorias, Aragon arrancó el Privilegio general, constitucion más antigua y más liberal que la Carta-Magna de Inglaterra. Todas las grandes ideas políticas, todas las conquistas de la civilizacion que hoy nos ufanan y orgullecen, estaban como en su gérmen encerradas en esa Constitucion sencilla, pero fuerte, como aquel gran pueblo.

Para ganar sus libertades procedia Aragon de tal suerte, que todas sus victorias, si lentas, se afirmaban incontrastablemente. Allí no habia division de clases; cuando se trataba de la libertad todas se unian, y el plebeyo comprendia que del derecho arrojado al noble, sacaba siempre algun despojo. En Aragon no se ve la lucha del pueblo con la nobleza, del municipio con el feudalismo, no; pueblo y nobleza se aunan para ir conquistando derechos, garantías y libertades. Pero conseguido ya el Privilegio general, donde estaban todas las grandes leyes de la libertad aragonesa, la aristocracia muy principalmente rayó en sus

pretensiones tan alto, que amenazaba convertir el rey en siervo, y el gobierno monárquico en oligarquía.

Contenidas las pretensiones políticas dentro de sus justos límites, produjeron el Privilegio general; desbordadas, debían producir el Privilegio de la unión. Muchos historiadores pretenden ver en este privilegio la libertad; yo no veo en él más que los gérmenes de una república aristocrática, que hubiera concluido por secar todas las fuentes en que bebía su vida y su gloria el reino aragonés. Aunque los aragoneses se unían en todas sus crisis, comenzó la alborada de la idea que examinamos en el reinado de D. Alfonso III el Franco. Este rey, en lo exterior, había faltado á la política de Pedro III, había rendido la cerviz á Roma, había abandonado á Sicilia; y en lo interior, se limitaba á sábia resistencia, nunca exagerada hasta lo violento. Los ricos-hombres comenzaron á desencadenar la guerra, cuando el rey Alfonso pasó á titularse tal, y á firmar órdenes sin haber prestado antes el debido juramento á la libertad aragonesa. Juraron morir, moviéronse á guerras

y requirieron al rey para que doblase la rodilla ante la antigua autoridad de las leyes. A tanta arrogancia contestó el rey con mansedumbre, reconociendo la justicia de la demanda y legitimando el fundamento del agravio. Juró, pero bien pronto conoció que lo del juramento había sido un pretexto encontrado más bien que un motivo, para la levantisca nobleza. Salió, como bien le plugo, el rey de Zaragoza, y los nobles lo llevaron muy á mal porque le querían en la capital; para pedirle satisfacción de otros agravios uniéronse y juraron defenderse, y se dirigieron al rey y le amenazaron más como rivales que como vasallos. El rey, que los vió rebeldes, movióse á indignación y les contestó en plenas Córtes que estaban fuera de derecho. En esta unión, si bien predominaba la aristocracia, entraban también las ciudades. Ya hemos dicho que en Aragón se unían todas las clases instintivamente contra el rey. La resistencia de Alfonso III desconcertó á la Unión. Se deshizo el nublado, pero quedó la electricidad en la atmósfera.

Los aragoneses encontraron, si no nuevos mo-

tivos de quejas, nuevas ocasiones. Salió del reino Alfonso III, y los de la Union le amonestaron á su salida y le advirtieron que no debía salir sin concertarse antes con las Córtes, segun el privilegio general. Contestó el rey que el privilegio no embargaba en ninguna de sus disposiciones su salida del reino, y los de la Union le amenazaron con apoderarse de las rentas reales; é indignados, procedieron á organizarse á guisa de gobierno, á mandar embajadores los reyes extraños, á conmover profundamente el reino, á poner en pié de guerra numerosos ejércitos, á dirigir al rey amenazas de destronarle; en una palabra, á constituir una nueva república dentro de la república, y á levantar un nuevo poder frente á frente del poder real. Entonces el rey se dió por vencido y otorgó el famoso privilegio de la Union. Las disposiciones de este privilegio no podian ser más humillantes para la autoridad real. El rey no podia procesar á ningun individuo de la Union sin consentimiento de las Córtes y del Justicia. El rey, siempre que faltase al privilegio, consentia en que sus vasallos no le hubiesen por rey y eli-

gieran el que mejor les cuadrara. El rey contraía la obligacion de convocar todos los años Córtes en Zaragoza, otorgando á las Córtes el derecho de elegir y nombrar sus consejeros. El rey, para colmo de humillacion, entregaba diez y seis castillos á sus vasallos en prenda de su palabra y de su juramento. El rey se ataba las manos, se reducía á la impotencia, era una sombra delante de un sinnúmero de reyes, y la voz de la libertad debía resonar en sus oídos siempre como una sentencia de muerte. A Alfonso III sucedió Jaime II.

Este rey, fundador de la Universidad de Lérida, se vió asediado por las pretensiones de los nobles, que á la sombra de sus pendones, con las manos en el puño de sus espadas, los ojos rebosando ira, en son de rebeldes, pedían el pago de algunas cantidades y la satisfaccion de inciertos y no bien definidos agravios. El rey, conociendo que la sombra protectora de la libertad era en Aragon el más seguro asilo, convocó las Córtes en demanda de justicia. La personificacion de esta divina virtud se levantó serena y sublime en las Córtes. En su mano pusieron ambas partes sus

agravios. El Justicia condenó á los oligarcas y salvó al rey. Esta sentencia prueba que no en vano llevaba aquel magistrado el nombre mismo de la justicia. El rey, sin embargo, conocia que necesitaba de grandes elementos para formarse una base donde poder al ménos encontrar tierra para batirse con los nobles. Los legistas le daban, en la esfera de las ideas, luces para seguir en su camino, y en la esfera de los hechos le daba la nobleza inferior apoyo para desbaratar á los ricos-hombres. Pero ya veremos cómo Dios desencadena las tempestades cuando conviene á sus altos fines. D. Alfonso IV, sucesor de Jaime II, era débil y supeditado á su segunda mujer. Habia tenido en la primera á D. Pedro IV y en la segunda al infante D. Fernando. Doña Leonor, que así se llamaba la reina, pretendia, á fuer de madrastra, que el reino se desmembrase y se diese solo una parte á su heredero, y las demás se repartiesen entre sus propios hijos. El reino resistió noblemente á esta demanda del rey, y el infante D. Pedro, legítimo heredero, se puso á la cabeza de la resistencia. Sus pretensiones triun-

faron como era justo, pero trajeron gran desorden sobre el reino. Levantada la nobleza, inquietas las municipalidades, mal seguro el orden, dividida la familia real, vivas todas las pretensiones de la Union, menguada y decaida la autoridad monárquica, sediento de libertad Aragon, pero con sed hidrópica; rota en gran parte la disciplina de las instituciones, eclipsado el respeto á la ley, subió al trono D. Pedro IV, tan amante de su autoridad como enemigo de la nobleza. Conozcamos al rey.

III.  
La idea de D. Pedro IV, así que sintió el frio de la corona en su frente, fué levantar la autoridad real á gran altura y contener y domeñar la nobleza. Conoció que luchar con la aristocracia como el leon, era imposible, y se decidió á luchar como la serpiente. No apeló, pues, á la fuerza,

sino á la astucia; cuando venció, invocó el derecho para que sancionase su obra. Su hipocresía era una máscara impasible, que nunca ó pocas veces dejaba traslucir el interior de su alma.

Conoció que las cualidades más sobresalientes de los aragoneses, debían ser contrastadas con cualidades contrarias. Al entusiasmo opuso el cálculo; al valor, la astucia; á la generosidad, el egoísmo; á la lealtad, la traición; al respeto á la palabra empeñada, la burla de todo juramento; á la confianza ciega, la ausencia de toda fé; á todo lo grande, á todo lo bello que los aragoneses anidaban en su corazón, todo lo ruin, todo lo mezquino de su carácter de hombre, que desconocido por ellos, debía de serles un mortal enemigo.

Todo lo calculaba Pedro IV, hasta el entusiasmo; todo lo preveía, hasta los más fortuitos casos de la suerte. Sus acciones se arreglaban siempre á una idea fija, como el Norte, en su conciencia. No gustaba de transacciones, y lo dejaba perder todo para ganar lo todo. Fingía de tal manera, que cuando el odio con toda su viveza devoraba su pecho, dulce sonrisa corría por sus labios. Vencido,

besaba las manos de sus enemigos; vencedor, los mandaba ahorcar. Era cruel, y sin embargo pensaba la sangre que le convendría derramar, y cuando ya había llenado la medida de su cálculo, no derramaba ni una gota más. Era calculador hasta en sus odios y no se vengaba solo por deseo de vengarse. Conocía el carácter de los hombres maravillosamente, y á cada uno le hablaba en su lenguaje, y se metía en los corazones sin ser sentido y los dominaba sin dar á conocer su dominio. Al enemigo que podía seducir no lo esterminaba, prefería ganarlo por malos medios á vencerlo con buenas armas. Tenía en más los triunfos del talento que los triunfos del brazo. Lo que podía remitir á la diplomacia, no lo dejaba para la guerra. Tenía el presentimiento de la edad que se iba á inaugurar en el mundo, y conocía que el dominio de la política iba á pasar de manos de los fuertes á manos de los hábiles. Había algo en él de la política italiana, mucho de los príncipes del renacimiento, y por eso mucho más tenía de diplomático que de fuerte, más de perseverante que de arrojado. Antes que Maquiavelo hubiera

escrito su Príncipe, era un príncipe á lo Maquiavelo. No queria dar un paso fuera de la ley, é interpretándola á su antojo, cohenestaba en ella las mayores iniquidades. No humillaba sino á los que anhelaba combatir; no combatia sino á los que estaba seguro de vencer. Iba á su fin sin reparar en los medios. Cuando le convenia olvidar, olvidaba, y cuando le convenia perdonar, perdonaba. Todo su empeño era convertir en ciegos servidores á sus enemigos de más valer. Tenia un talento inmenso, una lógica cruel; era muy apasionado del distinguo y muy enemigo de abandonarse á las inspiraciones del momento. Las leyes, como las costumbres y los caracteres, nacen antes de la práctica que de la teoría. La diplomacia del siglo xvi fué preparada por hombres como Pedro IV. En él se ve el talento de Fernando V, unido á una astucia muy semejante á la de Luis XI.

Todo en él era superior al siglo, la idea y los medios de accion. Lo era la idea, porque solo su génio superior pudo adivinar las fuentes de vida que encerraba la pacífica libertad de los humildes y el gran veneno que encerraba la tumultuosa li-

bertad de los poderosos; lo fueron los medios, porque hasta él no se habia visto un rey domoñando y destruyendo la obra de la fuerza con la invisible clava de la inteligencia, ni tampoco que un vencedor incondicional y absoluto fuera á postarse ante la ley y el derecho para pedirles la sancion de su obra. Esta fué grande. Si mató el privilegio de la Union, afianzó el prestigio general; si arrancó armas á la nobleza, dió una balanza al Justicia.

#### IV.

Conoce el lector, si yo no me he explicado mal, la época, el pueblo, el rey, todos los antecedentes de la historia que voy á referirle. Para desembarazar mi narracion, me permitiré algunas reflexiones. Cuando convertimos los ojos á la Edad media, el confuso movimiento de tantas ideas, de tantas instituciones, de tantas escuelas; el cho-

que continuo de las guerras, la disparidad de muchos elementos sociales; el siervo, ese residuo de la esclavitud pagana al lado del municipio, ese ideal de los gobiernos cristianos; la poesía más alta y bella, naciendo en espesas sombras; la ciencia desarrollándose en el seno de aquellas tempestades; la confusión, en una palabra, de aquella sociedad, nos mueve á una gran maravilla y nos causa espanto. Y, sin embargo, allí la razón humana se abre á la ciencia; allí se definen y dividen las clases para levantarse á su emancipación; allí nace y crece el arte católico; allí hierve el espíritu de la civilización moderna; allí se forja la unidad de las nacionalidades. Alabemos á Dios. En el fondo de esos siglos, que parecen tan oscuros, en el seno de algunas de esas instituciones, que parecen tan bárbaras, en la frente de esos hombres que llevan tras sí la guerra, en el oleaje de esos hechos á veces inexplicables, flota, como el aire sobre las aguas del cáos, el espíritu de la civilización, el gènio de la libertad.

Como el vegetal tiende á buscar la luz, como

el cuerpo su centro de gravedad, como las aguas el equilibrio, el espíritu humano busca la libertad, que es su esencia. Pasa, sí, por grandes tormentas; se sujeta á infinitas coyundas; padece largo martirio en continuados calvarios; pero al fin se levanta resplandeciente de gloria, triunfa, y con su luz ofusca y ciega á todos sus perseguidores y desarma á todos sus enemigos.

Cuanto más miro la historia, más veo en sus acontecimientos latir la sávia de la Providencia. Cuanto más miro los hombres aparecer en la superficie de la historia, más me parecen símbolos de las ideas, pensamientos vivos que á veces no tienen de sí mismos conciencia. Cuanto más estudio las instituciones, más veo en ellas encarnarse un espíritu que lo invade todo, que lo rodea todo, que es como el aire, como el sol, espíritu que se llama la idea de un siglo.

En el siglo xiv todo tendia á la destrucción del feudalismo ya herido, y á matar el predominio de la nobleza. Jamás habia tomado la nobleza un aspecto más grande, más hermoso que en Aragon. Allí no peleaba por el poder, sino por la liber-

tad. Allí no alcanzaba derecho de que no hiciese proporcionalmente participe al pueblo. Allí había escrito con la punta de su centelleante espada una carta de libertades que aún es hoy pasmo y maravilla del mundo. Solo el deseo de predominar sobre todo falseó su obra.

En Aragon había una especie de círculos gerárquicos, que se apoyaban como la bóveda de un edificio en el pueblo y que concluían teniendo por cúspide el rey. Del rey á la clase inferior de la nobleza había ciertos lazos, ciertas clases intermedias que lo enlazan todo; así como de la clase inferior de la nobleza á la clase inferior del pueblo existían también esos puntos de continuidad, que eran como una série viva y armónica de libertades. Así es que cuando la clase superior se movía, todas las clases entraban en movimiento, rugían todas, se acercaban todas á pedir libertad, semejándose á las ondas de los mares. No sucedía esto en Castilla. El municipio y el rey andaban siempre unidos contra la nobleza. El rey y el pueblo se aunaron en todas las grandes conmociones políticas. Así creció y se desarrolló tanto en Cas-

tilla la libertad municipal. La nobleza castellana contribuyó á matar la libertad del pueblo en los campos de Villalar. El pueblo castellano vió con indiferencia morir la libertad de la nobleza en 1538 á los piés de Carlos V. Por eso decía con tanta razón el rey Católico que era tan difícil unir á los castellanos como desunir á los aragoneses. Y en tratándose de libertad, los tres pueblos que componían la corona de Aragon se agitaban como las ondas del mar alteradas por el azote de los mares.

Pues bien, ya lo hemos visto; las libertades aristocráticas de Aragon amenazaban derribar la monarquía. La audacia había rayado muy alto. En el reinado de Alfonso III había conseguido inauditos privilegios; la corona flotaba como un juguete en aquel reino henchido de tumultuosas libertades. Estos ímpetus no habían sido contenidos ni amansados. Si el Justicia les puso el límite de la ley parecido al límite de arenas con que Dios encadena los mares, la debilidad de Alfonso IV había soplado de nuevo viento de tempestad en aquellas pasiones, ocasionadas siempre á encrespase. De

esta tempestad se habia valido Pedro IV para subir al trono y perseguir á su madrastra y á sus hermanos. Pero, ya rey, aquellas libertades le incomodaban con su ruido y le espantaban con su continuo oleaje.

Mirarlas, y proponerse dominarlas, todo fué uno.

Pero en justicia, debemos repetir que si atacó al privilegio de la Union, confirmó el privilegio general; que si hirió con el puñal la oligarquía aristocrática se prosternó de hinojos ante la libertad tradicional. Y sólo así pudo ser duradera su obra.

En Castilla, muerto D. Pedro el Cruel, nació una restauracion bastarda de la nobleza como la nueva dinastía.

En Aragon, cuando el estado llano se reune en la augusta Asamblea de Caspe, y superior á todas las tempestades derramadas por los nobles, forja una corona para D. Fernando de Antequera, muestra cuán grande en maravillosas consecuencias habia sido la obra de Pedro IV.

Yo me apasiono de la aristocracia aragonesa

como de todo lo grande. Yo detesto mucho de los medios que para vencerla empleó el rey, como detesto toda bajeza. Pero la empresa era grande, la lucha inmensa y vamos á manifestarla con todas sus peripecias. Mas esto será obra de un segundo artículo.

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

### ARTÍCULO SEGUNDO.

#### I.

Al mediar el siglo xiv trabajaba el mundo por constituir la unidad de las monarquías, destinadas á destrozarse la coyunda feudal, y á contribuir así á la libertad de los pueblos. Es indudable que la historia no ha sido abandonada al acaso, pues tiene sus leyes objetivas, inquebrantables, como el espíritu, como la naturaleza. Todo hecho nace de un pensamiento, y todo pensamiento tiene su razón de ser en el estado del siglo en que nace. Nosotros no podremos designar *á priori* estas leyes, pero sí señalarlas derivándolas de los hechos,

como en el mapa geográfico se designan los límites de los pueblos. Y así como muchas veces en geografía la naturaleza y la política se unen para señalar los límites de un país, en historia se encuentran la idea y el hecho para señalar las leyes constitutivas de un siglo. La opresión del feudalismo pesaba en la Edad media con inmensa pesadumbre sobre los pueblos; los oprimidos volvían los ojos al rey, y el rey sentía en su ánimo anhelo de autoridad y de poder; sí, anhelo que Dios puso á servicio de la causa de la libertad del mundo.

Y así como vemos en la naturaleza que Dios dá á los diversos seres que en ella viven órganos proporcionados á su destino, vemos en la historia que Dios dá á los hombres facultades proporcionadas también á la idea que deben realizar en el mundo. Extraer del caos feudal de la Edad media la unidad monárquica era una gran obra, y así los obreros encargados de levantarla, se veían asistidos de diferentes instrumentos, según los obstáculos que debían vencer y la resistencia que debían superar. En Castilla, donde la nobleza

era débil, bastaba esa dinastía de príncipes gloriosos y fuertes, que se extiende de Alfonso VII á Alfonso XI. En Aragon, donde la nobleza era fuerte, se necesitaban príncipes gloriosos, y fuertes y astutos, como Pedro III, Pedro IV y Fernando V.

Admírase el naturalista cuando vé servido el instinto de los animales tan admirablemente por sus órganos, y ¿no debemos admirarnos, cuando vemos la idea de un siglo, servida tan admirablemente por la libertad humana?

No hay en esta creencia nada de fatalismo. No es fatalismo creer que el cuerpo humano está sujeto en el espacio á condiciones dependientes de las leyes universales de la naturaleza. No hay fatalismo en creer que el espíritu humano, ni puede sentir, ni pensar, ni querer, sino dentro de leyes verdaderas y reales. No hay fatalismo, pues, en creer que la historia tiene también sus leyes. El cuerpo se mueve en un círculo inmenso que se llama espacio; el espíritu se agita en lo infinito, y las leyes de la historia son tan grandes como la Providencia. No se eclipsa, ni por un ins-

tante, el bello astro de la libertad humana. El bien y el mal quedan en todo su vigor. Y el historiador, que sabe que estas leyes no embargan la libertad, debe condenar al perverso por sus obras, y exaltar al justo; puesto que los medios y los caminos para realizar una idea, ó para oponerse á ella, quedan siempre libres y expeditos al hombre, y áun las mismas ideas nacen del seno de su poderosa inteligencia.

Don Pedro IV fué hombre de su siglo. Cuando veamos que emplea buenos medios para realizar su idea, le alabaremos; cuando emplee malos medios, le condenaremos; pero confesando que la impureza de los hombres no empaña nunca la pureza de las ideas, la santidad de las causas. Consultemos, pues, la historia.

El lecho de agonía de Alfonso IV, padre y antecesor de D. Pedro, no era el lecho de un jefe de familia, que muere bendecido y llorado, sino el lecho de un señor, que muere acechado por los que han de sucederle, y herido por el abandono de los que le adularon vivo y le olvidan moribundo. En vano volvía por do quier los amorti-

guados ojos buscando á su hijo. El hijo había huido del lado del padre por temor á la madrastra. En vano llamaba con voz doliente á su esposa. Su esposa había huido de su presencia por temor á su entenado. En vano llamaba á sus pequeñuelos. En aquellos dias de horrible desolacion, todos huían, todos; unos á refugiarse en extraño suelo, y otros á rodear al astro que subía al trono de Aragon. La agonía de aquel rey, que fuerte en sus mocedades había repartido despues sus obras en la incertidumbre, sus ideas en la duda, fué el abandono que sigue siempre como consecuencia forzosa á falta de fé en la inteligencia y á sobra de indecision en la voluntad.

La reina doña Leonor había hecho su matrimonio asunto de granjería; en su anhelo de dar ricas herencias á sus hijos, había intentado poner sus manos en el arca santa de la libertad aragonesa y destrozár las tablas de sus leyes; había dado extraordinaria influencia á los castellanos, y de tal suerte, que incitó contra sí el odio de los pueblos, y el odio más temible aún de su hijastro D. Pedro; y al ver que su esposo agonizaba, pre-

sintiendo los males que la amagaban, huía á todo huir, atenta más que á sus deberes de esposa, á salvar sus alhajas, sus riquezas, encubriendo su bajo proceder, como para más ennegrecerlo, con el santo velo del amor de madre.

Don Pedro IV, que siempre tuvo en poco los afectos de familia, endurecido su corazón, ocupada su inteligencia por la perspectiva de su poder, ponía por obra todos los medios capaces de asegurarle la integridad del reino, y de conducir á tomar de su madrastra pronta y segura venganza. Prendía á los alcaides de los castillos de sus hermanos menores, mandaba embajadas al Papa, rogándole que no consintiera en dar las sillas episcopales á castellanos, hechura de su madrastra; se apercibía á revocar las donaciones de su padre y á cimentar incontrastablemente su autoridad real. Para Pedro IV, la muerte de su padre era un acontecimiento que debía hacerle dueño absoluto del poder. Ni una lágrima asomaba á sus ojos, ni la sombra del más leve dolor oscurecía su frente. Mandar, mandar: hé aquí su primer deseo. La reina disponía abastecer de toda

suerte de pertrechos y defensas los castillos de sus hijos, y poner en salvo sus riquezas y alhajas. Don Pedro IV mandaba que se apoderaran sus soldados de los castillos, y sus espías de las alhajas. Su industria le valió para tomar bajo su mano el castillo de Játiva, llave del reino valenciano, mas no para apoderarse del ajuar de su madrastra que llegó á salvo á Castilla. Y en tal empresa, ni hijo ni esposa curaban de Alfonso IV.

Quando sobrevino la muerte del rey, hallábase D. Pedro en Zaragoza; doña Leonor en Fraga. Recelosa de su hijastro, viendo el largo espacio que le separaba de Castilla, apurada también por sus hijuelos, dolorida por verse sin su antiguo poderío, se apresuró á mandar embajadores á Don Pedro, asegurándole que nunca había deseado agraviarle, y diciéndole que estaba pronta á obedecerle y servirle, y á ceder en todo aquello que pudiera ser mengua de su autoridad. Mas eran estas palabras mentidas, gritos de miedo que lanzaba el corazón de una mujer.

Don Pedro contestó con mansedumbre no es-

perada, á su madrastra. Abandonarse á la violencia de su pasión, hubiera sido proceder ageno de su carácter. Aunque jóven, no habia en su alma juventud, ni la impetuosidad en amar y aborrecer propia de los jóvenes. Enviaba palabras de afecto á su madrastra, y órdenes á la frontera para que no le prestaran ningun linaje de auxilio ni favor, ántes bien la detuvieran como á un criminal. Así revelaba en sus primeros pasos la astucia, la impasibilidad, la sangre fria, la perseverancia, el cálculo, la falsedad, que han de ser sus armas en la guerra contra la fuerza y el valor, propios de aquellos apartados siglos.

Como todos esos caractéres agenos á la exaltacion de las pasiones, Pedro IV fiaba sobre todo en sí, en su fortuna. Cuenta él mismo en sus Memorias, que el rey Roberto de Nápoles mandó á grandes astrólogos de su reino á la córte de Aragon con encargo de que observasen el signo, bajo cuyo influjo ceñia su corona, y que era tan brillante su estrella y tan próspera, que le aconsejaron los sábios no osara empeñarse nunca en guerra contra Pedro IV, advertencia que Roberto

hizo tambien con gran cuidado en la hora de morir á su heredera en el trono.

Como en el albor de la vida de Pedro IV no hay accion suya que no muestre su carácter, en el principio de su reinado no hay obra suya que no muestre su principal idea. En vez de jurar, como la costumbre y la tradicion pedian, los fueros de Barcelona primero, juró los fueros de Aragon, como en señal de que viene á oponerse á la tradicion y á las antiguas costumbres. Revoca las donaciones de su padre, humillando así á muchos ricos-hombres y divorciándose de toda su familia. En vez de recibir la corona de manos del arzobispo, la toma en sus propias manos y la coloca en su frente, para demostrar que sus brazos han de ser su primer sosten, y que su autoridad eclipsa todos los poderes de la tierra. Se apartan desavenidos los ricos-hombres de Cataluña, y no les ruega que se queden á su coronacion por no oscurecer ni con liviana sombra su dignidad de rey. Comprendiendo que los pueblos suelen deslumbrarse por el brillo de la autoridad, se rodea de pompas y es prolijo en las ceremonias. En las

fiestas de su coronacion se adivina todo el esplendor que pensaba dar á su poder. Los obispos y sacerdotes parecen sus servidores, los ricos-hombres sus palafreneros, las milicias municipales y feudales sus ejércitos. Vestido lujosamente, ostentaba las insignias reales; montado en brioso alazan, cuyas riendas llevaban los más poderosos ricos-hombres, rodeado de los representantes de todos los grandes poderes sociales, se dirige á coronarse á la iglesia de San Salvador, y las fiestas fueron tales, que en los convites dados en la Aljafería, se reunieron hasta 10.000 personas. Bien es verdad que en esto de ceremonias, si fué más prolijo, no fué más esplendoroso que algunos de sus antecesores, y muy especialmente su padre, que era por extremo aficionado á las fiestas y ceremonias. Mas el carácter de D. Pedro dá ocasion á creer que aquellos sus alardes de lujo, antes que al divertimento propio y de las gentes, se destinaban al mayor provecho y esplendor posible de la autoridad real.

La voluntad de Pedro IV era incontrastable. Viendo su madrastra la imposibilidad de recabar

sus rentas, apeló á su hermano el rey de Castilla para que la protegiese y amparase en sus intereses. En vano procuradores de la reina acudieron á las Córtes en demanda de justicia; en vano el rey de Castilla requirió una y otra vez de D. Pedro el cumplimiento de las órdenes de Alfonso IV; nada movia el ánimo del rey, y á una embajada apremiante contestaba con una ingeniosa argucia. Mientras tanto cobraba las rentas de los castillos de la reina, sacaba para su provecho las caballerías, destruía las horcas puestas por su madrastra y levantaba las suyas, ahorcaba á los vasallos de doña Leonor ni más ni ménos que si fueran propios y retenía bajo su mano los castillos de Játiva y Ayerbe, sin dar indicio de abrigar propósito de restituirlos á su legítimo dueño.

Don Pedro, en su política, quería humillar á los más allegados á su persona, que solian ser los más rebeldes enemigos de los reyes. Los infantes, ricos-hombres por su clase, próximos al trono por su nacimiento, gozando de la vista del poder sin serles dado alcanzarlo, discurriendo

siempre trazas que les encaminaran al trono, cuya posesion deseaban con más vehemencia á medida que conocian más sus diligencias; dispuestos á proteger todas las tempestades, porque en ellas libraban sus esperanzas; altaneros siempre para el rey, y para sus vasallos siempre opresores, eran, digámoslo así, la condensacion de todos los deseos, de todas las aspiraciones de la turbulenta aristocracia, deseos y aspiraciones que tomaban mayor violencia en sus pechos como nacidos y criados en el seno de los reyes.

Don Pedro IV debía triunfar de todos sus enemigos, porque tenia una idea, y subordinaba todas sus acciones á esta idea que absorbía su inteligencia y movia su voluntad. Sus instintos, sus pasiones, todo en él era tributario del gran pensamiento á que habia consagrado su existencia. Siempre el hombre que tiene una gran idea social supera á todos los que se entregan al vario viento de la fortuna ó se dejan arrastrar por las olas de los hechos; siempre domina, ora intelectual, ora materialmente á su siglo. D. Pedro IV era una idea hecha hombre, era un sistema. Por

eso ha dejado grabada indeleblemente la fecha de su reinado en la historia de Aragon.

## II.

El rey, que aunque tan mozo tenia gran artificio, más tardo en airarse que pronto en abandonar sus iras, junta Córtes en Valencia para jurar sus fueros y pedirles consejo en lo del pleito con su madrastra, el cual, por la intervencion del rey de Castilla iba tomando semblante de guerra. Resuelto á hacer su voluntad, alimenta en Castilla el fuego que trata de apagar en Aragon y protege al rebelde D. Juan Manuel. Secuestra, ya seguro del éxito de su empresa, los bienes de la reina, y mueve guerra á los ricos-hombres que no le habian prestado pleito-homenaje y que se ponian de parte de doña Leonor, como fieles custodios de la última voluntad del rey difunto.

Entre estos era principal cabeza D. Pedro de Jérica, constante en sus opiniones hasta el sacrificio, amigo de los reyes hasta el martirio. Imaginaba D. Pedro que su amor á los reyes pedian de él fidelidad á las últimas disposiciones de Alfonso IV. Mas requerido para que se presentase en las Córtes de Valencia no obedeció, y en nombre de la ley el monarca le secuestró los bienes por rebelde. Pero en nombre de la ley contestó D. Pedro de Jérica no estar obligado á presentarse ante las Córtes de Valencia por gozar fuero de Aragón. En este hecho se muestra muy principalmente el gran carácter del pueblo aragonés, nunca bastante encomiado. Cuando el rey invocó las leyes contra D. Pedro de Jérica, fueron los ricos-hombres á reducirle á la debida obediencia. Mas cuando el señor de Jérica mostró que la ley le autorizaba para no ir, los ricos-hombres guardaron sus armas é hicieron acatamiento á su Justicia. El rey que tenia en más alta estima su propia voluntad que los agenos fueros, fuese en persona á talar las tierras de D. Pedro, no como diz que hicieron los ricos-hombres como quien

caza liebres, sino á sangre y fuego. Tratóse de paz entre el rey y su vasallo, á petición de este, que pertinaz en su propósito, cometió una mala accion mandando á los embajadores del rey de Aragón á Castilla, accion que hirió profundamente á don Pedro, el cual dejándose llevar de su furor, de poco muere abrasado en las llamas con que enrojció los enemigos campos. Este era el estado de los pueblos en la Edad media. A pesar de que en Aragón las leyes predominaban más que en ningún otro pueblo, la fuerza entraba muy principalmente en los resortes de aquella sociedad. Alabemos á los hombres superiores que sacaban luz de este caos, que deseaban sustituir á la fuerza la autoridad, á los desafíos los procedimientos jurídicos, al señor de horca y cuchillo los tribunales, á las fazañas y fueros los códigos uniformes, á la opresion del feudalismo el gobierno más paternal del monarca, y convengamos en que esta resolucion que bullia en el seno del siglo xiv era grande y gloriosísima. Mas la guerra entre el rey de Aragón y D. Pedro de Jérica, alimentada por el rey de Castilla, continuaba tanto en la esfera de

las controversias legales como en la encendida arena de los hechos. Hablemos de las razones legales de una y otra parte, que nos muestran el estado social de la época, verdadera sustancia de la historia. Ya hemos dicho que el señor de Jérica fundaba el no haberse presentado á jurar el fuero de Valencia en su goce del fuero de Aragon. Para contestar á este reparo, el rey consultó á los jurisconsultos. Ya hemos dicho, y lo recordamos, que en este gran trabajo de descomposicion del feudalismo el jurisconsulto es el depositario de la nueva idea. Los jurisconsultos aconsejaron al rey contestar que no embargaba el gozar fuero de Aragon, puesto que por los pueblos que tenia en el reino de Valencia estaba obligado tambien á jurar el fuero de Valencia. Juzgando la respuesta del rey á la luz de las ideas de aquel siglo, no se puede dudar que estaba puesta en razon. El derecho no era personal en aquella época, el derecho estaba en el suelo, en la tierra; por consiguiente, mal se podria guardar los fueros de Valencia al que no habia jurado, como heredero en Valencia, sus fueros al rey. A esto contestó Don

Pedro de Jérica que él se habia desnaturalizado y se habia ido á Castilla, y que como entraba en sus facultades por rico-hombre abandonar al señor natural cuando bien le pluguiese, el rey, no solo no tenia derecho para perseguirle y molestarle, sino que estaba en el deber de respetar sus feudos y de acoger bajo su proteccion á su familia. A esto respondió el rey que el señor que se desnaturalizaba lo debia hacer de grado, no por fuerza, y dado que D. Pedro de Jérica se habia ido por fuerza no tenia derecho á tamaños privilegios.

En esto, y cuando más se recrudecia la querrela del rey con los partidarios de su madrastra, negra nube asomaba por los horizontes de España. Una nueva raza de africanos, tan valiente como los almoravides, tan numerosa como los almohades, amenazaba dar en tierra con el poder de los cristianos y ponía miedo en el ánimo de todos los reyes. D. Pedro, si mozo por la edad, maduro por la inteligencia, comprendió que si aquel diluvio le cogia en desacuerdo con el rey de Castilla, estaba muy en peligro su reino y su vida. Así, oyendo los consejos del Papa y de su

tio D. Pedro, como los ruegos del rey de Castilla, firmó un pacto con su madrastra, perdonó al de Jérica y dió sus bienes á doña Leonor, reservándose la jurisdicción en sus dominios. Mas estas concesiones arrancadas por la necesidad, ¿tendrían fuerza en el ánimo del rey cuando el momento de la necesidad pasara? A esto contesta muy bien mi sábio y respetable amigo el señor Lafuente en el tomo VII de su *Historia de España* lo que sigue: «De mala gana, y más por fuerza que por voluntad, se sometió el rey D. Pedro IV de Aragon á las condiciones de la concordia y del fallo arbitral, y harto lo demostró despues, no dejando de perseguir á la reina y á sus hermanos.»

En efecto, no perdonaba medio para conseguir que su palabra fuese ilusoria y nulo el pacto, cohonestando las disposiciones con las leyes del país. Además de lo remiso que andaba siempre en cumplir lo pactado, hacia que las universidades ó ayuntamientos le expusiesen quejas contra el pacto, mostrando, ora detrimento en sus intereses, ora lesion en sus derechos. Y así excusaba

la falta de cumplimiento á su palabra solemnemente empeñada, remitiendo el burlarse de ella descaradamente al dia en que se viese libre de ciudadanos y exento de guardar miramientos al rey Alfonso XI de Castilla.

### III.

La idea de la unidad de su poder, de la unidad de su reino, atormentaba á Pedro IV. Sus ojos estaban siempre puestos en aquellos feudos, en aquellos señores, que derramaban sombras espesísimas en la autoridad real. Pero entre estos descollaba uno, que lucía su diadema real en su frente, y que se levantaba sobre una hermosa rama desgajada de la corona de Aragon, sobre el reino de Mallorca. El ódio de Pedro IV á los nobles debía subir de punto y enconarse contra aquel rey, su siervo, que altanero se levantaba al lado del trono quitándole influencia en la tierra y

tio D. Pedro, como los ruegos del rey de Castilla, firmó un pacto con su madrastra, perdonó al de Jérica y dió sus bienes á doña Leonor, reservándose la jurisdicción en sus dominios. Mas estas concesiones arrancadas por la necesidad, ¿tendrían fuerza en el ánimo del rey cuando el momento de la necesidad pasara? A esto contesta muy bien mi sábio y respetable amigo el señor Lafuente en el tomo VII de su *Historia de España* lo que sigue: «De mala gana, y más por fuerza que por voluntad, se sometió el rey D. Pedro IV de Aragon á las condiciones de la concordia y del fallo arbitral, y harto lo demostró despues, no dejando de perseguir á la reina y á sus hermanos.»

En efecto, no perdonaba medio para conseguir que su palabra fuese ilusoria y nulo el pacto, cohonestando las disposiciones con las leyes del país. Además de lo remiso que andaba siempre en cumplir lo pactado, hacia que las universidades ó ayuntamientos le expusiesen quejas contra el pacto, mostrando, ora detrimento en sus intereses, ora lesion en sus derechos. Y así excusaba

la falta de cumplimiento á su palabra solemnemente empeñada, remitiendo el burlarse de ella descaradamente al dia en que se viese libre de ciudadanos y exento de guardar miramientos al rey Alfonso XI de Castilla.

### III.

La idea de la unidad de su poder, de la unidad de su reino, atormentaba á Pedro IV. Sus ojos estaban siempre puestos en aquellos feudos, en aquellos señores, que derramaban sombras espesísimas en la autoridad real. Pero entre estos descollaba uno, que lucía su diadema real en su frente, y que se levantaba sobre una hermosa rama desgajada de la corona de Aragon, sobre el reino de Mallorca. El ódio de Pedro IV á los nobles debía subir de punto y enconarse contra aquel rey, su siervo, que altanero se levantaba al lado del trono quitándole influencia en la tierra y

menguando su poder en el mar. Desde el punto en que subió al trono Pedro IV, pensó perder al rey de Mallorca y guardó sigilosamente su pensamiento en lo más profundo y más secreto de su empedernido corazón. Pequeño de estatura, de complexión débil, enfermizo, delgado, parecía Pedro IV consumido por el fuego de su alma, que no era esa llama encendida y pura de la pasión que se eleva al cielo, sino reconcentrado rescoldo de odio que secaba sus entrañas y calcinaba sus huesos. Hasta su complexión le inclinaba á seguir esa política pérfida, de que echó mano para perder á D. Jaime de Mallorca. En esta lucha se ve muy á fondo el carácter del rey.

Como tardase el de Mallorca en prestarle el debido homenaje, le requirió D. Pedro y le citó repetidas veces para que fuese públicamente á esta ceremonia, testimonio de su autoridad y de su poder, que era una amenaza pendiente siempre sobre la cabeza de los reyes de Mallorca. Por fin tuvo el de Mallorca que ir humildemente á saludar á Pedro IV y á prestarle homenaje á fin de Mayo de 1339, bien contra su voluntad, porque le son-

rojaba ver tan abatida y humillada su condición de rey en el trance de aquella ceremonia. Para que le fuera ménos penoso, pidió al rey que no se celebrase en público, sino á puerta cerrada, privadamente, pues le amargaba mucho sufrir tanta ignominia. Accedió Pedro IV, más por necesidad que por convencimiento, y buscó en su mente nuevas trazas para humillarle, por lo mismo que tanto le pesaba aquella coyunda. Mas, en la capilla de palacio, donde se debía verificar el acto, había el rey de Aragón reunido los infantes, los arzobispos, los ricos-hombres, los caballeros de más alcurnia, los emisarios de la ciudad de Valencia, los concellers de Barcelona, todos los que principalmente podían con su presencia humillar á su víctima. Presentóse confundido y avergonzado delante de aquella asamblea el de Mallorca, y el rey le miró atentamente con insultante altanería, gozándose en prolongar su martirio, y no le mandó que se sentara; de suerte que su feudatario estaba corrido y no osaba mirar á los que le miraban tan postrado y rendido ante su temerario señor.

Algunos de los señores de su Consejo se acercaron á D. Pedro á recordarle que mandara sentar á su cuñado, y entónces el rey de Aragon, que todo lo calculaba friamente, y que descendia en sus cálculos á las más pequeñas minuciosidades, instóle á que tomase asiento; pero presentándole un cogen tan pequeño y desnudo de adornos, que más parecia el sitio destinado á un reo de su justicia, que á un rey de su familia. Así es, que el de Mallorca prestó el homenaje, y se partió al momento, enojado con su hermano. D. Pedro IV habia conseguido su objeto.

Al poco tiempo tuvo precision de ir Pedro IV á Avignon á prestar homenaje al Papa, por Córcega y Cerdeña; y en este viaje debia pasar por tierras de D. Jaime de Mallorca. En efecto, ántes de llegar á Perpiñan, le salió á recibir D. Jaime, le alojó con todo cuidado, le festejó, y no perdonó medio de aplacar su encono y ganar su corazon. Mas era empresa difícil mover un corazon seco y petrificado por un solo pensamiento, la autoridad, por un solo deseo, el poder.

Encamináronse juntos á la córte del Pontifice

Benedicto XII, el cual los recibió con grandes muestras de amor, bien que fingidas por lo que tocaba á D. Pedro, no muy querido allí, á causa de su zelo por la autoridad monárquica, que le llevaba hasta agraviar la autoridad pontificia. Salieron á recibirle todos los cardenales del sacro colegio, fuera de Avignon, y los del regimiento de la ciudad llevaron pãlios para darle más honor, y á cada lado de los reyes se puso, para acompañarles y asistirles, un cardenal, y el Papa los aguardaba en su trono, revestido de pontifical; y así que Pedro le hizo acatamiento, el Papa le tendió los brazos y le besó en la boca. Al dia siguiente debia verificarse la ceremonia del homenaje. El rey y su cuñado desplegaron un gran lujo. Revestidos con esplendor, luciendo sus atributos de reyes, caballeros en briosos alazanes se dirigian desde el convento de San Agustin al palacio del Papa, cuando uno de los señores del séquito mallorquin, viendo que el caballo de D. Pedro IV se mostraba sobrado orgulloso como si conociera la primacia de su carga, y que parecia querer dejar atrás al caballo de D. Jaime, le descarga un fuerte palo, hi-

riendo tambien al caballero que lo guiaba. El rey herido en su dignidad, arrebatado, fuera de sí, montó en cólera, y mirando con mirar iracundo á su hermano, se dirigió amenazante contra él, forcejeando por sacar su espada, que hecha más para la ceremonia que para los combates, no obedeció á su rábía. Moviése tumulto, llegóronse á él sobresaltados los ricos-hombres, pusieronse otros entre ambos reyes, y paró en paz aquel comienzo de discordia, porque el infante D. Pedro, tío del rey de Aragon, le aseguró que seria muy mal mirado cualquier agravio inferido á D. Jaime de Mallorca, porque gozaba de la amistad y del cariño del Pontífice. D. Pedro IV que habia llevado un pensamiento político á Avignon, se habló al oír esto, y prosiguió pacíficamente su camino hasta llegar á ofrecer y prestar el homenaje al Pontífice. Blando y amoroso en celebrar las ceremonias, fué duro y porfiado el Pontífice en acceder á las peticiones de D. Pedro. Este queria que allí mismo el Papa fuese cómplice de la idea que ocupaba su mente, y que le declarase soberano del reino de Mallorca para más agravar la posi-

cion de D. Jaime; y como el Papa se negase á su demanda, salióse desabrido, volvió á todo correr á sus tierras, jurando perder á D. Jaime, pues su tenacidad aragonesa cobraba fuerza y vigor á medida que veia oposicion y obstáculo, y su pensamiento se acrecentaba desmedidamente en la lucha.

En esto se presentó al rey aragonés ocasion de conseguir sus propósitos y desahogar sus iras. El rey de Francia requirió al de Mallorca á que le prestase homenaje por el señorío de Montpellier, y como se negase el de Mallorca fundándose en razones de derecho feudal, el rey de Francia, apelando á la razon de la fuerza, tan en uso entónces, echó mano primero del señorío de Montpellier, y despues se apoderó de él completamente. Esta ocasion tristísima, que debia mover al rey á prestar todo su auxilio al apurado D. Jaime, le movió á cumplir su deseo, á perderle para siempre.

El ánimo se indigna y subleva contra D. Pedro IV al ver el tejido de insidias, de engaños, de iniquidades, en que prendió á su infortunado ene-

migo. La razón y la justicia apartan con horror la vista de la conducta del rey, y la condenan á la reprobación de todos los siglos. No puede darse más perfidia en los cálculos, más argucia en las respuestas, más oscuridad en las consultas, más tenacidad en los malos propósitos, más insidia en los preparativos, ni más crueldad en el certero golpe, con que derribó á su desgraciado feudatario. Las causas más santas no justifican tales medios. Debe condenarse siempre el mal, bajo cualquier máscara que se presente, bajo cualquier enseña que se cobije. La causa del catolicismo no justifica las crueldades de algunos papas, como la causa de la libertad no justifica los crímenes de la revolución francesa. Condenemos á todos los hombres que aparecen manchados de crímenes, condenémoslos, sí, porque si no lo hacemos, dejará de ser la historia el eterno remordimiento de los malvados.

Así que el rey de Mallorca se vió apretado por las amenazas y las armas del rey de Francia, acudió en demanda de auxilio al aragonés; es decir, á un enemigo más solapado, astuto y temible que

el enemigo que se entraba ya á saco por sus tierras. Alegróse el de Aragón, y con la frialdad propia de su carácter comenzó á aguzar sus traidoras armas, para más acertar en el golpe. El de Francia le conjura también á que no preste auxilio á su cuñado, y Pedro IV le contesta con capciosas palabras, y con no bien definidas amenazas. El de Mallorca ya no se contenta con mandarle embajadores, desampara sus Estados de allende el Pirineo, y se dirige á la corte del rey de Aragón para ponerle de manifiesto la grandeza del peligro y la justicia de su causa. Lleva consigo á su mujer, muy amada hermana de Pedro, tal vez por ver si la voz de la naturaleza puede algo más en el rey que la voz de la razón. En San Celoni se vieron los reyes. El de Mallorca quiere guerra, y el rey le aconseja que se ande con tiento en provocarla, y tenga en cuenta el poderío de su enemigo. El de Mallorca le insta para que diga si en caso de guerra le há de prestar auxilio, y el rey le dice que materia de tanta monta debe ser tratada con espacio, y consultada con experimentados consejeros, y por más que los rue-

gos de su hermana trataron de persuadir su voluntad, y las razones de su cuñado de convencer su inteligencia, se encerró en absoluto silencio. Toda su política en este asunto consiste en mandar embajadas al rey de Francia, ora con amenazas, ora pidiéndole aclaraciones de dudas; en prestar atención á las quejas del de Mallorca, pero sin tratar nunca de medir su justicia; en impulsar y detener la guerra; en dar falsos consejos, y arrastrar más fácilmente al abismo al desdichado á quien desea perder; en buscar cuidadosamente largas á todos los asuntos, y treguas á todas las luchas, para que así el rayo de su venganza sea más mortal y más certero. Se repite aquí fielmente el antiguo apólogo del lobo y el cordero.

Ya entraban las tropas por sus tierras, cuando despues de muchas embajadas, el de Mallorca hizo ver al rey de Aragon que el enemigo tocaba ya con sus espadas los mismos feudos suyos, á ver si así se apercibia á la defensa. El rey le contesta que no le dejaría abandonado, pero le dice que no teniendo motivo el de Francia para la

guerra, no la llevará á cabo, y al mismo tiempo le aconseja que no se deje cegar por sus agravios ni por sus pasiones, ni se empeñe en la lucha, y que en cuanto al auxilio, ya ha convocado su Consejo; tardíos remedios, que solo son poderosos á más agravar la triste situacion de su víctima.

Ya no habia para el de Mallorca salida; el enemigo estaba á sus puertas; y se metió en la guerra, llamando como quien agoniza, en su auxilio á D. Pedro. Éste solo contesta con esperanzas al que necesitaba de un auxiliar valiente y pronto. El rey de Aragon en su historia, quiere dar algun viso de razon á su mal proceder, dice que siempre habia odiado al de Mallorca, porque veia en él tendencias á la rebeldía, inclinacion á confederarse con todos los enemigos de su pueblo. No, lo que habia en el ánimo del rey de Aragon era ódio á toda una clase, ódio á una institucion, y la primer víctima propiciatoria de su ódio fué la más señalada, y la más alta, un rey. Así comenzaba á deshacer el edificio por su cúspide.

Despues de haber mandado el de Mallorca muchos embajadores, ya por último requerimiento

envió á Ramon Roch, apretándole á que conjurase á su cuñado á dar decisiva respuesta. Detiene el rey al embajador con pretexto de que tenia concertado ir á caza, y por último, despues de muchos dias le despide dándole una larga carta en que declara que la guerra que pretende el de Mallorca, por lo de Montpeller, sustentar con el de Francia, es altamente injusta. ¡Horrible accion! En seguida se dá con su cuñado por ofendido y agraviado, diciendo que contra todo derecho y razon, habia batido moneda en Rosellon, y que así le emplazaba y requería, para que sin perder tiempo corriese á su presencia á darle la debida satisfaccion y reparo. Convoca Córtes en Barcelona, y requiere al de Mallorca á que se presente. Este no puede presentarse. Entonces lo declara contumaz y rebelde. No habia remedio; estaba decidida la perdicion del príncipe.

Al ver en tan amargo trance al de Mallorca, el Papa intercede por la paz y el rey de Francia sobresee en la guerra. El de Mallorca se dirige á las tierras de Aragon y lleva consigo á su esposa. Allí el rey D. Pedro inventó una nueva traza para

perder á su enemigo. Fingió que D. Jaime trataba de prenderle. Hé aquí cómo refiere D. Pedro esta industria, que tiene visos de fábula. Dice que armó una conspiracion. Alojado el de Mallorca en el convento de frailes Menores hizo una galería cubierta desde el puente al mar, por donde la reina podia ir á las galeras sin ser ofendida por el sol, ni vista por las gentes. El dia señalado, estando enferma la reina se tendria por cosa muy natural que el rey fuese á verla como á hermana suya que era, y so color de impedir conversaciones y ruidos le rogarian que entrara en el estrado solo, y una vez allí, lo amarrarian fuertemente llevándose por el pasadizo á las galeras, y en las galeras á Mallorca. Dice el rey de Aragon que pensó ir aquel mismo dia, pero que le retrajo de su propósito: primero, una inspiracion divina; despues, el aviso de un fraile, cuyo nombre calla. Entonces mandó á su hermano el infante don Jaime á que fuera bien armado y provisto de gentes, al sagrado alojamiento del rey de Mallorca, y sacase de grado ó por fuerza á la reina y la llevara á su alcázar. D. Jaime cumplió la órden.

Entró en la habitacion donde estaban los reyes de Mallorca, tomó de la mano á la reina y la dijo que le siguiese de órden del rey, á lo que accedió sin reparo. El de Mallorca, que vió cómo le arrebatában á su mujer, se levantó airado y quiso oponerse, pero no pudo impedirlo, y entonces con sobrada impremeditacion, la abandonó en manos de sus enemigos y partióse en son de guerra á sus Estados, propia ligereza de su aturdido é imprudente carácter. El rey de Aragon decia que la reina le habia revelado la conjuracion de su propio esposo. Esto es horrible, y el carácter de D. Pedro dá sobrados motivos para no creerlo.

Poco, en verdad, hubiera adelantado Pedro IV en Mallorca si no hubiera tenido en su pró el desamor que los mallorquines tenian á su rey. Concertóse con ellos de antemano, les concedió grandes franquicias, comprendiendo cómo la libertad enardece las almas, y aparejó una armada para despojar de su reino al de Mallorca y cumplir así el deseo más vehemente de su alma.

Desembarca el rey en Santa Ponza, huyen los

mallorquines, y despues de muchos tratos y de graves capitulaciones, se apodera de la Isla, gozoso como el buitre cuando ha cogido su presa. En vano los legados del Papa intercedieron por don Jaime; en vano trataron de que D. Pedro dejara á su hermana unirse con su esposo; nada pudieron conseguir. La reina de Mallorca le pedia tambien llorosa la gracia de apurar con su compañero el infortunio; el rey desoyó sus lamentos y despreció sus súplicas. Su alma era tan árida que no producía ni una ilusion, ni un sentimiento, ni la compasion siquiera; todo su ser estaba absorbido en su idea.

Despues de haber tomado á Mallorca, se dirigió Pedro IV contra los otros Estados que el rey D. Jaime tenia contiguos á Cataluña. Hallábase éste tan pobre, tan miserable, que más parecia mendigo que rey. Errante, sin esperanza, porque el pecho de bronce de su enemigo era inquebrantable, se veia asediado en su cuerpo de infinitos dolores, y en su alma de amarguísimas penas. El rey D. Pedro, á su vez, sufría en su interior esa voz del remordimiento que no se apa-

ga, consecuencia forzosa, indeclinable del crimen. Siempre le parecía que D. Jaime le estaba mirando, que le perseguía, que ora disfrazado de fraile, ora de peregrino, hundía un puñal en su corazón. ¡Ah! Pero estos remordimientos, más ó ménos tenaces, no eran parte á distraerle de su idea, y por fin declaró unida á la corona de Aragon la isla de Mallorca.

Al ver tan su desgracia, por consejos de don Pedro de Jérica decidió D. Jaime avistarse con el rey de Aragon en Elisan. Recibióle éste como siempre, y se presentó D. Jaime como nunca, pues dobló las rodillas y le dijo palabras extremadamente humildes, pidiéndole perdon, y entregándose á su misericordia. El rey le contestó con severidad. Y el de Mallorca salió de la entrevista, ¡qué loca es la esperanza humana! con el presentimiento de que hablandado D. Pedro, le volvería su corona. El rey, por toda compensacion, le señaló 10,000 libras de renta, le dejó algunos honores, pero prohibiéndole que volviese á tomar ni usar el título de rey. Un rayo no hubiera desconcertado más al de Mallorca que esta

noticia. Húyese á las tierras de la Cerdaña, donde habia concertado con las gentes del pueblo apoderarse de Puigcerdá. Y en efecto, las puertas de la ciudad se le abrieron y entró el fugitivo, en son de rebelde, dispuesto á defender su corona hasta la muerte en aquella última fortaleza de su derruido poder. Mas á los pocos dias tuvo precision de dirigirse hácia Villafranca, á donde se partió con ánimo de volver pronto á Puigcerdá. Los principales de esta ciudad, que siempre miraron de mal ojo á D. Jaime, hicieron ver á la gente popular los males que podria traerles el desavenirse con el poder del rey de Aragon y provocar su venganza. La gente popular de suyo tornadiza é impresionable, cualidades que son las fuentes de las grandes injusticias que suelen cometer los pueblos, cerraron las puertas de la ciudad al que antes habian recibido en triunfo. El rey de Mallorca se encontró solo, sin parciales, sin asilo, sin esperanza, sin fuerza, sin más porvenir cierto que la muerte. Decidióse á ganar la Francia y se internó en las montañas. El tiempo estaba frio; el cielo inclemente, llovía nieve

sobre las espaldas del rey; el camino era incierto, la noche lóbrega, el ahullido de las fieras alimañas le atemorizaba; mil abismos se habrían á sus plantas; el hambre retorcia sus entrañas, el insomnio secaba sus ojos, sus pies desnudos dejaban un rastro de sangre, y al través de sus rasgadas vestiduras mostraba sus azotadas carnes, y en sus amargas quejas la desesperacion que atenaceaba su alma. El rey, rodeado antes de mil vasallos que le acataban, se veía acompañado solo de algunos fieles amigos, cuyos infortunios amargaban su infortunio. Y en aquellos instantes pensó en suicidarse: se golpeó fuertemente con las armas, que la debilidad le obligaba á dejar en el camino, y se hubiera dado muerte si no lo estorbaran sus compañeros: ¡que tanto amargan los primeros frutos de los grandes infortunios! De esta suerte logró Pedro IV aumentar su poder. ¿Cómo aumentó su autoridad? Ya lo veremos en la lucha con la Union; materia de nuestro próximo artículo.

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

### ARTÍCULO TERCERO.

#### I.

El derecho civil y el canónico iban de consuno forjando en la Edad media la autoridad absoluta del rey.

El derecho civil, inspirándose en las tradiciones romanas que se levantaban del polvo de los siglos, ofrecía el ideal de un imperio fuerte, absoluto y grandioso; el derecho canónico exaltando la autoridad de los Papas, presentaba á los ojos de los reyes la idea madre, el principio fundamental de su poder. Las Partidas nos ofrecen un ejemplo fiel de esta verdad. El sacerdocio y el

sobre las espaldas del rey; el camino era incierto, la noche lóbrega, el ahullido de las fieras alimañas le atemorizaba; mil abismos se habrían á sus plantas; el hambre retorcia sus entrañas, el insomnio secaba sus ojos, sus pies desnudos dejaban un rastro de sangre, y al través de sus rasgadas vestiduras mostraba sus azotadas carnes, y en sus amargas quejas la desesperacion que atenaceaba su alma. El rey, rodeado antes de mil vasallos que le acataban, se veía acompañado solo de algunos fieles amigos, cuyos infortunios amargaban su infortunio. Y en aquellos instantes pensó en suicidarse: se golpeó fuertemente con las armas, que la debilidad le obligaba á dejar en el camino, y se hubiera dado muerte si no lo estorbaran sus compañeros: ¡que tanto amargan los primeros frutos de los grandes infortunios! De esta suerte logró Pedro IV aumentar su poder. ¿Cómo aumentó su autoridad? Ya lo veremos en la lucha con la Union; materia de nuestro próximo artículo.

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

### ARTÍCULO TERCERO.

#### I.

El derecho civil y el canónico iban de consuno forjando en la Edad media la autoridad absoluta del rey.

El derecho civil, inspirándose en las tradiciones romanas que se levantaban del polvo de los siglos, ofrecía el ideal de un imperio fuerte, absoluto y grandioso; el derecho canónico exaltando la autoridad de los Papas, presentaba á los ojos de los reyes la idea madre, el principio fundamental de su poder. Las Partidas nos ofrecen un ejemplo fiel de esta verdad. El sacerdocio y el

imperio divididos, separados por tantos dias de luto y torrentes de sangre, se unian para forjar la esplendente corona del derecho divino, inquebrantable como las estrellas del cielo. Así se preparaba el óleo sagrado del derecho divino que iba á ungir la frente de los monarcas. Estas ideas, todavía no desarrolladas, comenzaban á alborear en este siglo. Bien es verdad que la idea de la autoridad absoluta de los monarcas, combatida por los señores feudales, contraria á toda la organizacion de la Edad media, se hubiera perdido, si el espíritu del siglo no la hubiese auxiliado como destinada á cumplir un gran fin político y social. Así todos los reyes en la Edad media van socavando las instituciones contrarias á su poder.

Pedro IV comenzó á socavar las instituciones aragonesas, amenazándolas en el grave y trascendental asunto de la sucesion á la corona. Vincular en su voluntad y en su pensamiento propio la sucesion al trono, era levantarse armado de todas armas, ceñido con los resplandores de la victoria sobre la aristocracia. Así manifestaba el rey que la autoridad de su derecho eclipsaba el derecho de

la tradicion, que su pensamiento se cernia sobre todas las antiguas instituciones, ora dominándolas, ora corrigiéndolas, no de otra suerte que si Dios le hubiera mandado para cumplir una gran revolucion en la historia.

En Aragon el heredero del trono era el gobernador del reino. Esta disposicion tenia mucho de sábia. Pues así desde bien temprana edad los llamados á reinar se acostumbraban á las dificultades del gobierno, á respetar el derecho, á estimar las instituciones, á someterse á la ley, á conocer y amar al pueblo encomendado á su dominio. Mas por una tradicion no interrumpida desde la gran Doña Petronila, el trono habia sido ocupado por varones, y el rey D. Pedro solo tenia hijas; desgracia que daba en tierra con todas sus empresas políticas. Para ocurrir á esta desgracia, pensó en que se gobernara el reino en nombre de su hija mayor doña Constanza, burlando así el derecho de su hermano D. Jaime, al cual aborrecia como á toda la gran clase social, opuesta por sus tradiciones y su naturaleza al pensamiento que ocupaba su mente. Al hablar Pedro IV en su

crónica, del deseo que le asaltaba de ver proclamada por sucesora á su hija, invocaba en su abono el derecho divino y humano; pero no habla del derecho histórico, del derecho pátrio, de las leyes de Aragon. Consulta como siempre á los jurisconsultos. Veintidos se reunieron, y de estos, veinte abonaron y aplaudieron la sucesion de doña Constanza en el trono, dos defendieron las antiguas costumbres aragonesas, y por consiguiente el derecho de D. Jaime, y uno dijo que al rey tocaba elegir el sucesor. La Italia que habia dado tan grandes canonistas á la Edad media, es decir sus ejércitos más poderosos á los reyes, habló por boca de Butrigaris en pró de la sucesion de las hembras en el trono de Aragon.

D. Jaime, hermano del rey, sucesor del reino, se dió por muy ofendido y lastimado de aquellas novedades. El carácter aragonés no consiente menzuga, ni aun sombra en su derecho. Cuando la ley le da medios de pelear por el derecho, pelea legalmente; pero cuando á la ley se sobrepone la fuerza, apela á la fuerza. Así, aquellas instituciones, eminentemente nacionales, tenian un poder

incontrastable, como cimentadas en el respeto de todos los ciudadanos, como sobrepuestas siempre á la voluntad tornadiza y cambiante de los hombres. D. Jaime, conociendo lo que el rey tramaba, se avistó con él, le recordó la obligacion en que estaba de respetar las leyes, y le hizo ver la santidad de sus derechos. Contestóle el rey como tenia de costumbre, y salióse desabrido el infante, y comenzó á mover el ánimo de las gentes contra su hermano; pero con tal traza, que en Valencia, donde á la sazón se hallaba la córte, víase ya rugir amenazante la tempestad. El rey destierra al infante á Monblanch, pero el infante se va á Zaragoza. Por do quier pasaba, iba mostrando la autoridad del rey sobrepuesta á las leyes, la antigua costumbre burlada, desconocido su derecho, colocada una débil niña á la cabeza de aquel gigante pueblo, ocupado el ánimo del rey por nuevos trastornadores pensamientos, y así apasionaba por la libertad á gentes de suyo apasionadas, y difundia en los aires el grito de guerra, que iba á dar vida y cuerpo á la temible Union.

Parece como que Dios quiso conjurar la tempestad, dando al rey D. Pedro un hijo; pero bien pronto huyó aquel iris, pues murió el infante apenas bautizado, y su nacimiento costó la vida á su madre. El rey persistió en que gobernase su hija, y quitó sus empleos á todos los que los tenían por su hermano. Esto daba ya ocasion á la guerra. El derecho habia sido violado; el rey no debia esperar obediencia. Reuniéronse en Zaragoza los ricos-hombres, rodearon al infante Don Jaime, siguieron su partido, bramaron de rabia al ver pisoteados sus fueros, concertáronse en Union, cuya bandera lucia otra vez en los aires, y pronunciaron con entusiasmo la palabra Córtes, mágica voz que en todas las grandes ocasiones de la historia invocaban como su única salvacion los bravos aragoneses. Valencia, resentida con el rey, inclinada á la lucha, deseando sacar de aquel tumulto nuevos derechos para sí, ansiosa por tener un Justicia propio, á manera de Aragon, rebozando en deseo de velar por las libertades y las instituciones del reino, se ciñó sus armas, llamó á sus guerreros, y dió tambien á los vientos la

palabra Union, amenaza terrible y pasmosa que caia como una mano de hierro sobre el cráneo de aquel rey forjado para llevar la corona de un poder incondicional y absoluto. La Union de Valencia llamó á D. Pedro de Jérica, pero este antiguo enemigo de D. Pedro IV permaneci6 fiel á su rey.

La Union se quejaba de graves lesiones hechas por el rey á la libertad; pedia el auxilio de los ricos-hombres, de los mesnaderos y de las ciudades y villas; mandaba embajadas á la madrastra del rey, doña Leonor, rogándole que entrara con sus hijos los infantes en la Union para tener así de su parte al rey de Castilla; forjaba un sello, en que se veia á los vasallos presentando humildemente sus peticiones al rey sentado en su s6lio, mas en el fondo espesísimo bosque de lanzas apercebidas á sostener las peticiones; nombraba conservadores de la Union; pedia Córtes, organizaba ejércitos, é infundia en todos los ánimos el ardor de una próxima guerra.

Esta situacion era angustiosísima; Cataluña, la fiel Cataluña misma estaba incierta; no queria la guerra, pero no se conformaba con el nombra-

miento de la infanta; todas las villas y ciudades aragonesas ménos Teruel, Daroca, Calatayud y Huesca, se alistaban en la Union; el rey de Castilla la fomentaba; los infantes hermanos de Don Pedro la acogian gozosos; tropas castellanas la sustentaban; Valencia crecia en ardor y entusiasmo; el mismo rey de Mallorca, vencido pero no resignado, amagaba un golpe; y D. Pedro IV, al verse tan amenazado mandó en su regreso á Cataluña que no se tuviese por gobernadora á su hija, y que se gobernara solo en nombre del rey. En su crónica nos dice la causa de esta determinacion: «Car conexiem que á tot lo general déls régnes nostres, axi lo régne de Aragó, e lo régne de Valencia, axi mateix lo principat de Cathalunya sabia greu que á fembres, apremort nostra, pervenguéssen los régnes nostres.» No puede darse un testimonio más elocuente de respeto á la opinion pública. Y sin embargo, esta determinacion ya no era bastante á extinguir aquel voraz incendio.

## II.

Los peligros eran graves, la guerra cierta, el descontento general, la rebelion amenazadora, la resistencia escasa; pero tambien la voluntad del rey era incontrastable y su pensamiento fuerte, vigoroso, tenaz. De un lado estaban los infantes con toda su cohorte de guerreros, aragoneses y castellanos, prontos á vengar en un dia las afrentas recibidas en muchos años; estaban los ricos-hombres, nunca saciados de privilegios, nunca bien avenidos con la paz, gozosos al oír el grito de guerra como el caballo que piafa antes del combate; estaban los mesnaderos, clase más inferior en categoría, pero no en aspiraciones, como advertida por su instinto de que aquellas luchas habian de traerle algun nuevo derecho; estaban los pueblos, desplegando su bandera municipal, reuniendo sus milicias, anhelantes de poder, res-

miento de la infanta; todas las villas y ciudades aragonesas ménos Teruel, Daroca, Calatayud y Huesca, se alistaban en la Union; el rey de Castilla la fomentaba; los infantes hermanos de Don Pedro la acogian gozosos; tropas castellanas la sustentaban; Valencia crecia en ardor y entusiasmo; el mismo rey de Mallorca, vencido pero no resignado, amagaba un golpe; y D. Pedro IV, al verse tan amenazado mandó en su regreso á Cataluña que no se tuviese por gobernadora á su hija, y que se gobernara solo en nombre del rey. En su crónica nos dice la causa de esta determinacion: «Car conxiem que á tot lo general déls règnes nostres, axi lo régne de Aragó, e lo régne de Valencia, axi mateix lo principat de Cathalunya sabia greu que á fembres, apremort nostra, pervenguéssen los règnes nostres.» No puede darse un testimonio más elocuente de respeto á la opinion pública. Y sin embargo, esta determinacion ya no era bastante á extinguir aquel voraz incendio.

## II.

Los peligros eran graves, la guerra cierta, el descontento general, la rebelion amenazadora, la resistencia escasa; pero tambien la voluntad del rey era incontrastable y su pensamiento fuerte, vigoroso, tenaz. De un lado estaban los infantes con toda su cohorte de guerreros, aragoneses y castellanos, prontos á vengar en un dia las afrentas recibidas en muchos años; estaban los ricos-hombres, nunca saciados de privilegios, nunca bien avenidos con la paz, gozosos al oír el grito de guerra como el caballo que piafa antes del combate; estaban los mesnaderos, clase más inferior en categoría, pero no en aspiraciones, como advertida por su instinto de que aquellas luchas habian de traerle algun nuevo derecho; estaban los pueblos, desplegando su bandera municipal, reuniendo sus milicias, anhelantes de poder, res-

pirando en el aliento de aquella gran tormenta política la esperanza de nuevas libertades; y ricos-hombres, mesnaderos, infantes, pueblos, se unían en un solo propósito: conseguir la integridad de las leyes, propósito que daba más alto valor á sus encendidos corazones, más vigorosa fuerza á sus robustos brazos. Y de otra parte ¿qué había? El rey, solo el rey; pero con su imaginación sombría, con sus premeditados cálculos, con sus perfidias, con su saña, y sobre todo, con su pensamiento. Es el pensamiento el espíritu de los hechos históricos, la sávia poderosa que hace florecer una gran institución, la vida de una causa. El rey puso los ojos en su idea, y se cruzó de brazos y esperó en silencio la hora de la victoria.

A su lado se levantaba un hombre sombrío también, porfiado y tenaz, tardo en decidirse por una causa, pero constante; cenobita salido de un convento para volver á las luchas del mundo; exaltado en su celda por el genio de la soledad, que inspira melancólica grandeza al pensamiento; preocupado, como hombre superior, por la idea de aquel siglo; devoto á la autoridad real hasta el

extremo de ofrecerla su conciencia, de intentar levantarla del polvo por medio del crimen; hombre que tenía en poco la vida de los demás hombres, en mucho la causa de la monarquía; astuto también, sí, también hipócrita; especie de satélite que recibía luz y calor y vida del alma de su rey. Este hombre se llamaba D. Bernardo de Cabrera.

El rey dejó á los acontecimientos que tomaran toda la expansión posible, á fin de que así le fuera más fácil dominarlos por su mismo desorden, y sintiéndose débil, apeló á la astucia. Comenzaba á inquietarle el de Mallorca, é indeciso entre acudir á la guerra á que le retaba la Union, ó á la guerra á que le retaba el de Mallorca, parecióle ménos peligro el exceso de libertad que la contingencia de menguar su patrimonio. Así, después de alguna incertidumbre, mientras estaba con el pié en el estribo para ir en busca del rebelde al Rosellon, convocó para Monzón Córtes, y pidió caballerías á sus vasallos por medio de su canciller. Estos se negaron, porque la petición no venía derechamente del rey, y porque diz que necesitaban las caballerías para asistir á las Córtes.

El rey con su mirada de águila comprendió el semblante que tomaba aquella gran revolucion. En Perpiñan, rodeado de sus fieles compañeros, con el presentimiento de sus próximas desgracias en el corazon, y la idea de superarlas en la mente, tomando por testigo á Dios, como si le quisiera hacer su cómplice, puestas las manos en el Evangelio, los ojos en la imágen del Crucificado; alzando con entereza la voz, declaró que fuesen tenidas por de ningun valor cuantas concesiones hiciera á los de la Union, por falsos cuantos juramentos les prestara, por irritos cuantos derechos les otorgase, pues la fuerza únicamente seria poderosa á vencerle, y de antemano protestaba solemnemente contra tal victoria. Firmada y sellada esta determinacion del rey, partióse contra el de Mallorca, dando así tiempo á la Union para organizar sus fuerzas y para aprestarse á la terrible lucha.

Comenzó, pues, el rey á contar sus elementos de resistencia. Contaba con la lealtad de Cataluña, con los ricos-hombres y caballeros de su casa, con algunos señores más que le habian de

buena voluntad rendido el pleito homenaje; con D. Pedro de Jérica, que habia conseguido apartar á Játiva y Cocentaina de la Union de Valencia y atraer bajo su bandera algunos caballeros; y además contaba muy seguramente con las divisiones, rencillas y luchas que pensaba procurar en el enemigo bando. Así, vuelto á Barcelona de su expedicion al Rosellon, viendo que los aragoneses deseaban tener Córtes en Zaragoza, se decidió á celebrarlas en esta ciudad. Mientras el rey organizaba la resistencia, los de la Union se apercebían á la defensa de sus fueros. Viendo los progresos que contra la Union hacia la autoridad del señor de Jérica, decidieron confederarse aragoneses y valencianos. Despues de mútuos juramentos, despues de recibir al pié del altar la hostia inmaculada en testimonio de la pureza de sus intenciones, se convinieron en pública concordia. Comenzaban declarando que en nada querian menguar ni desconocer la autoridad del rey; seguian diciendo que su union era legal, justa, como basada en el derecho que de resistir al rey, cuando faltase al fuero, habian logrado desde los tiempos

de D. Jaime II. En sus protestas de amor al rey, de respeto á las fórmulas legales, hechas en el punto mismo en que oprimian la autoridad real, desatando todo linaje de luchas, como altercados vientos, sobre el reino, se muestra claramente el carácter aristocrático de este pueblo, que á la manera de Roma y de Inglaterra, aun en los instantes de más desquiciamiento, invoca para santificar su causa el símbolo inviolable y sagrado de la ley. Despues de convenir en su respeto al monarca y á las leyes, deciden procurar que la sucesion del reino vuelva á su verdadero ser y estado; que no se consienta nunca mengua alguna en las antiguas libertades; que sea condenado á morir á manos de los de la Union todo el que conspire ó se levante contra ella, ó aconseje al rey cosa alguna en su daño; que se nombre un Justicia en Valencia encargado de velar por el cumplimiento de las leyes; que los de la Union tengan derecho de nombrar gran parte de los consejeros del rey y á los ricos-hombres de la real casa; que todos los años se reuna parlamento; que no pueda el rey nombrar para su consejo caballeros del Ro-

sellon; que los jurados de Valencia y Zaragoza puedan convocar la Union siempre que vean algun peligro inminente ó dañado algun derecho.

Viendo tanta audacia el rey, quiere tener las Córtes en Monzon, pretestando la necesidad en que estaba de ocurrir á la guerra con el de Mallorca. Las Córtes de Monzon era un triunfo para D. Pedro. Allí tenia á sus espaldas en los desfiladeros de las montañas de Lérida á los fieles catalanes, prontos á caer sobre los que fueran osados á poner la mano en el rey. Las Córtes en Zaragoza eran un triunfo para los de la Union. Allí tendrían acorralado al rey como en rehenes, en medio del hervidero de tantas pasiones, que jugarían con él, sin que pudiese de ninguna suerte apaciguarlas, antes muy expuesto á perderse y ahogarse en sus amargas ondas. El rey resistía, pero los aragoneses le recordaban que no habia tenido Córtes nunca en Aragon. El rey les pidió un salvo-conducto, y se indignaron de que se les juzgara desleales; pensó concederlo á los de la Union, para que fueran á su córte, y lo rechazaron por inútil. No habia remedio, el rey cedió,

partiéndose para Zaragoza. Los de la Union habian triunfado.

En todo el camino á la capital del reino de Aragon le asaltaban al rey grandes temores; pero tenia mucha fé en sí mismo. Al acercarse á Zaragoza salieron á recibirle los de la Union con gran compostura. Iban á la cabeza de la comitiva los infantes, lujosamente engalanados, luciendo lustrosas armas. Seguíanle los ricos-hombres y los procuradores de las villas. La Union igualaba de tal suerte las condiciones, que andaban aparejados un rico-hombre y un ciudadano como en señal de su fraternidad, de su armonía ante el comun peligro. Quinientos castellanos y ochocientos aragoneses, bien armados, completaban el cuadro, mostrando al mismo tiempo que eran la última razon de los aragoneses contra el rey. El recibimiento fué frio y ceremonioso; el rey procuraba sonreirse, pero la sonrisa se apagaba en sus pálidos lábios contraídos por el ódio; los de la Union procuraban mostrarse respetuosos, pero el respeto se avenia mal con aquellos francos semblantes que rebosaban ira, y aquel ruido de armas que pre-

sagiaba la guerra. Al llegar á la Aljafería, aposento del rey, le saludaron humildemente, y volvieron grupas á la ciudad sin dirigirle una palabra.

Abriéronse las Córtes en San Salvador. La iglesia presentaba un imponente aspecto. A la derecha del coro se hallaba en un banco el infante D. Jaime, á la izquierda el infante D. Fernando, y al lado de uno y otro los ricos-hombres de más elevada alcurnia, como los Urreas, los Lunas, los Corneles, los Blascos de Alagon. A un lado del altar mayor los obispos y arzobispos, el embajador de Francia, el nuncio del Papa, el abad de Monte Aragon; y al otro lado los mesnaderos y caballeros. En el centro de la iglesia se levantaban los ciudadanos y en el altar mayor el rey. Sus partidarios, las gentes de su casa tuvieron que tomar asiento en las gradas del altar, y algunos en el frio pavimento. Nunca se habian visto Córtes más numerosas ni más imponentes.

Al entrar los catalanes, consejeros del rey, murmuraron los de la Union; mas cuando subió de punto su enojo, fué cuando vieron entrar á los

procuradores de las villas que no siguieron su partido. Nadie les quería dar asiento. El rey mandó á los de su casa que se estrecharan, y los sentó entre los suyos. Subió enseguida el monarca al púlpito que estaba cubierto de ricos paños de oro, y en tono humilde, más pidiendo que imperando, se congratuló de la reunion de las Córtes, se sinceró de no haberlas convocado antes, confesó ser gran amigo de la libertad, trató de calmar á los de la Union, y concluyó loando á todos sus vasallos, y haciendo la apología de la gloriosa corona que llevaba sobre sus sienes. Contestáronle D. Jaime por los ricos-hombres, el obispo de Huesca por los demás asistentes, y todo concluyó en contento y alegría. Sus ondas se duermen y se mecen blandamente, reflejando la celeste claridad del firmamento, pero los huracanes hierven ya en sus profundos abismos.

Continuaron celebrándose las Córtes en el antiguo monasterio de predicadores. Mas sucedió que como si trataran de mantener una guerra, se presentaron los de la Union armados de todas armas en las Córtes. El rey lo supo, se indignó,

hizo que se prorrogaran remitiendo su celebracion al dia siguiente, obligó al municipio á dar un bando, prohibiendo andar con armas por las cercanías de las Córtes, y ordenando que algunas compañías de peones y caballeros velasen por la seguridad de aquella augusta Asamblea. Al dia siguiente fué el rey á las Córtes; entraron con él D. Bernardo de Cabrera y el arzobispo de Tarragona, y así que los vieron entrar se levantaron algunos diputados, pidiendo que inmediatamente salieran, y como el rey se resistiese, lo pusieron á votacion y quedó decidido, con gran desdoro de la autoridad real, que no pisasen el sagrado recinto de las Córtes.

Tal determinacion hirió muy profundamente al rey que se apercibió á tragar á grandes sorbos el cáliz de la amargura, para vomitar despues toda aquella hiel en la frente de sus enemigos. Estos pidieron al rey en la sesion que les confirmara el antiguo privilegio de la Union, y el rey se resistió, diciendo que era irritó tal privilegio, puesto que sesenta años lo habian abolido, haciéndole caer en desuso. Pidiéronle que les concediera

nombrar los consejeros y los de su casa, y el rey se negó á ello, y en seguida le pidieron que les entregara diez y seis castillos, y en rehenes sus más fieles amigos; y el rey abandonó las Córtes airado, refugiándose en el refectorio del convento. Armóse entonces singular desórden, unos crispaban los puños, otros maldecían tal rey, otros agitaban en sus manos los antiguos privilegios, todos le cercaban, le oprimían como para lograr de su temor lo que no habían logrado de su voluntad; mil amenazas poblaban el aire, y aun se oyó á algunos decir que había sonado la hora de elegir otro rey, usando del derecho que les concedían sus fueros; y todo era estruendo, y confusion, y tumulto en el sagrado templo de Dios y de las leyes. Para remediar tan grande altercado, propuso el rey que se pusiera la discordia en manos del Justicia, mas conociendo que era inútil y aun dañosa toda tregua, despues de conversar con D. Bernardo de Cabrera, se decidió á cederlo todo para despues recobrarlo todo. Confirmó despues de seis dias de dudas el privilegio de la Union, entregó en rehenes sus más hermo-

sos castillos, sus más fieles servidores; arrojó de su lado á sus consejeros, y humildemente recibió á los consejeros que la Union había propuesto; humilló la frente, guardó en el pecho su rabia y dejó pasar este gran castigo del cielo.

Solo el rey, nada hubiera podido hacer, sino tascar el freno. Pero la Providencia le había deparado á D. Bernardo de Cabrera, realista tenaz y porfiado, que ponía todas sus pasiones y todas sus ideas á servicio del rey, y D. Bernardo de Cabrera comenzó una lucha astuta contra la Union, lucha parecida á la de una serpiente con un leon.

Había dos fuertes y enemigos bandos en Zaragoza, como solía suceder en casi todas las ciudades en la Edad media, y con el cebo de las promesas atrajo á su partido á los dos jefes de estas parcialidades, lo cual equivalía á ganar toda Zaragoza. Uno de estos jefes, Garcerán de Tarbes, ganó para el rey el corazon de D. Lope de Luna, caballero de la más alta alcurnia, emparentado con la familia del rey, rico en feudos, y más rico aun en poderosas amistades; altísimo señor, que debía con la influencia de su nombre arrastrar en

pos de sus pasos la parte más granada de la aristocracia. Aunque recelosos los de la Union habían tomado mil disposiciones para impedir que ninguno de sus jefes hablara con el rey, la astucia de D. Bernardo de Cabrera burló sus recelos, é introdujo en la cámara del rey á D. Lope de Luna, que se llevó tras sí algunos poderosos nobles, y todos de consuno olvidaron sus antiguas quejas, y se unieron por medio de juramento, á la bandera real. Pedro IV había logrado un triunfo inaudito; había desunido á los aragoneses.

A los pocos dias de esto sucedió un triste lance en las Córtes. Empezaron los de la Union á leer peticiones tan escandalosamente audaces, que el rey no pudo contener su cólera. No les bastaba tenerle como siervo, nombrar sus consejeros y sus criados, robarle el derecho de convocar Córtes, poseer sus mejores castillos, guardar sus más fieles servidores; necesitaban humillar más la monarquía que había caído en sus manos. D. Pedro, fuera de sí, arrojando rayos de sus ojos, trémulo, ahogado por la rabia, ciego de ira, ex-

tendió sus brazos á donde estaba el infante don Jaime, le apostrofó, le conminó en durísimas palabras diciéndole que no bastaba á su saña amontonar sobre la cabeza del rey aquellas desordenadas peticiones, propias solo para turbar el reino, sino que traidor por naturaleza, incitaba tumultos populares, y escupia blasfemias á la frente del que era su señor; por lo cual estaba atrayendo sobre sí todo el peso de la divina y de la humana justicia. Esta cólera del rey, que podría parecer nacida de improviso, inspirada por los acontecimientos, fué muy de antemano preparada, pues el rey cuenta en su crónica, que había mandado poner cerca del infante dos caballeros armados de puñales, para que en caso de que se desmandara cerrasen con él y le asesinaran en las mismas Córtes.

El infante, lejos de mostrarse altivo, se levantó respetuoso, y como si hubiera recibido honda herida, se dirigió humildemente al rey, diciéndole que sentía mucho devorar tal afrenta, como venida de quien tenía por padre; pero en el calor del discurso, arrebatado por el fuego de

su pasión, se volvió al pueblo, y con ademán altivo y audaz mirada señaló al rey exclamando: que era muy de compadecer un pueblo entregado á un señor, el cual si insultaba así á sus iguales, á sus hermanos, ¿qué no haría con sus vasallos? Armóse gran tumulto; quiso hablar un Urrea, y el rey le impuso silencio; pero más imprudente un camarero del infante se levanta á excitar á los presentes contra el rey; dice que era necesario lavar aquella afrenta; extiende sus brazos como loco al pueblo, y no contento con estas amenazas, abre la puerta de la iglesia, sálese á la calle y con desapoderada ira, comienza á pedir armas, á llamar á grandes voces á los amigos de la libertad y de los fueros del reino. La gente popular se abre camino irritada y rabiosa, entra como oprimido torrente por la puerta, se desborda en lo ancho de la iglesia, y la inunda; puebla el aire de mil confusos gritos, rompe y destroza cuanto á su paso se opone, se acerca encrespada al rey como para devorarlo; y el rey y sus amigos, desnudas las espadas, formando como un espeso muro, se retiran paso á paso, logran ganar la

sacristía, salen á la calle, huyen á todo huir á su real palacio, y dejan las Córtes anegadas en aquella desoladora tormenta.

Al ver tan desacatada su autoridad, tan herido su poder, el rey dudó si abandonaría á Zaragoza, dejándola entregada á sus discordias. Una idea le retrajo de llevar adelante este proyecto; el recuerdo de los caballeros que en rehenes tenían sus enemigos, recuerdo que muestra algún rayo de compasión en su alma. D. Bernardo de Cabrera, que creía poca cosa la vida de un hombre cuando se trataba de la salud del rey, le instó para que sin parar mientes de los rehenes ni en sus desgracias, se partiera prontamente de Zaragoza, y contára por muertos á los fieles servidores que estaban desgraciadamente en poder de la Union. El rey no se atrevió á seguir este consejo; más humano, más decidido á luchar, se resignó á sufrir la última humillacion antes que á clavar por sus propias manos un puñal en el pecho de sus más fieles amigos.

Mientras esto sucedía, nuevos peligros amenazaban la corona; en Córcega y Cerdeña cundía vo-

ráz insurreccion; en el Rosellon amagaba D. Jaime; en Bugia aprestaba el africano armadas contra Mallorca, y Pedro IV andaba desasosegado y confuso en pos de algun remedio á estos males. Decidióse á cerrar las Córtes: mas como eran tan zelosos de su libertad los aragoneses, no quiso dar este arriesgado paso sin haberles antes satisfecho en todas sus quejas y accedido á todas sus demandas. En el monasterio de frailes predicadores, en 24 de Octubre de 1347, se celebró el sòlio ó la despedida. Confirió la investidura de gobernador del reino á su hermano D. Jaime; anuló el juramento prestado á su hija; remitió al Justicia muchas causas pendientes; satisfizo todas las peticiones; dió la razon que le movia á cerrar las Córtes, y aseguró solemnemente que volvería lo más pronto que le fuese posible á convocar y reunir Córtes en Zaragoza. Dicho esto, se levantó el Jurado de Zaragoza, Ezpital, á declarar que por la prorrogacion hecha de las Córtes, no pudiese nunca seguir daño alguno á los fueros, leyes y libertades aragonesas; y confirmado así, separáronse los diputados. Así que el rey se vió libre de

las Córtes, respiró; habia visto cuán imposible era traer á la razon á los de la Union por medio de la ley, y se decidió á vencerlos por medio de la fuerza. Hechas ya todas las concesiones posibles, devolvieronle los caballeros de los rehenes, que recibió con gran placer como muy amigos suyos, y además porque los necesitaba en aquella extraordinaria contienda.

Hecho esto, no se detuvo un punto, y se apercibió á dejar á Zaragoza, ciudad donde habia apurado toda suerte de amarguras, donde habia visto pisoteada su autoridad, donde habia sido el escarnio de sus enemigos; ciudad que le abrumaba como al infeliz cautivo su negro calabozo. Dijo su determinación á los consejeros nombrados por las Córtes, y les requirió para que le acompañasen; mas ellos, conociendo al rey, se excusaron por temor de que les mandára ahorcar cuando los tuviese en Cataluña. Salió D. Pedro de la ciudad con tal precipitacion, que muchos nobles apenas tuvieron de su salida noticia, y á los que le acompañaron miró con desabrimiento, y al llegar á la barca del Gállego, por no permanecer en su compañía más

tiempo, se fué á pié, sin esperar á que le pasaran una cabalgadura, y cuando se vió solo con sus amigos, se dilató su pecho oprimido, y juró, invocando al cielo, lavar en la historia el recuerdo de aquellos dias con sangre de los rebeldes.

Durmió el rey en Pina, donde recibió el juramento de muchos nuevos parciales, que le habia allegado el rico-hombre D. Pedro de Luna; y despues de haber concertado algunas medidas para atajar la Union, prosiguió su camino hácia Cataluña, sin darse punto de reposo. Al otro dia, cuando vió destacarse entre las brumas del horizonte á Fraga, cuando consideró que iba á pisar tierra catalana, hermoso refugio de la paz en medio de aquel asolador torbellino de tormentas, «Bendita seas, exclamó, tierra poblada de leales, bendita seas de Dios nuestro Señor, que nos ha permitido salir libres de esa tierra traidora y rebelde, de Aragon. Mas como hay Dios, que me lo han de pagar bien caramamente.»

Luego que hubo llegado á Lérida, pensó en tener allí las Córtes de Castilla, para congraciar-

se con aquel país, y si remitió su pensamiento á más tarde, fué por temor de que el infante Don Jaime, rico heredero en aquella ciudad, le armase alguna celada. En este punto se vé la mano de D. Bernardo de Cabrera. Manda al rey que confie en su tio D. Pedro, hace ver á los catalanes de qué suerte habian sido tratados sus prohombres en las Córtes de Zaragoza, y previene que se estudie el remedio de aquellas rebeliones. Del fondo de estos estudios veremos salir primero la solucion de la fuerza, despues la solucion del derecho; luego cómo se extiende la libertad civil, cómo se merma la diferencia de condiciones, cómo se organizan los tribunales, y cómo, con los restos de las armas de la Union, se forja una espada inflexible por el Justicia, especie de serafin que guarda sigilosamente las libertades aragonesas. Alabemos este país, que no mata una libertad sino para hacer que de sus cenizas nazca otra más brillante, y más nueva, y más gloriosa.

En Lérida mismo asedió al rey con nuevas pretensiones el infante D. Jaime. Él resistió y di-

jo, que despues de celebrar Córtes en Barcelona y de verificar su nueva boda con la infanta Doña Leonor de Portugal, iria á Valencia á entender en el asunto de la Union de aquella ciudad, que tomaba muy mal semblante. Encaminóse el infante tambien á Barcelona, pero antes de llegar le asaltó súbita enfermedad. El rey cuenta que habia muchos festejos dispuestos, que rogó al infante mirase un hombre que corria por una delgada cuerda, corrida de una á otra ventana de Barcelona, y que el infante dolorido nada pudo ver, aumentándose su mal de suerte que espiró al llegar á su posada. Zurita en sus anales y Pedro Thomich en su historia de Cataluña, achacan al rey la muerte de D. Jaime. Pero muerto su jefe, ¿habia desaparecido la Union? Ya lo veremos en nuestro último artículo.

---

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

---

### ARTÍCULO CUARTO Y ÚLTIMO.

Muerto el infante D. Jaime, como vimos en nuestro artículo anterior, parecia decapitada la Union. Esto indadablemente hubiera sucedido en un pueblo de peor condicion que el aragonés, en uno de esos pueblos nacidos para esclavos, que guardan todo su entusiasmo para las personas, y nada reservan para las ideas. Aragon, pueblo libre, de condicion brava, amante de sus fueros hasta el delirio, conecedor de las instituciones en que estribaba su fuerza, moviéndose alentado por una idea, nada perdia por la muerte de un hombre, mientras quedase la ley escrita en los códi-

jo, que despues de celebrar Córtes en Barcelona y de verificar su nueva boda con la infanta Doña Leonor de Portugal, iria á Valencia á entender en el asunto de la Union de aquella ciudad, que tomaba muy mal semblante. Encaminóse el infante tambien á Barcelona, pero antes de llegar le asaltó súbita enfermedad. El rey cuenta que habia muchos festejos dispuestos, que rogó al infante mirase un hombre que corria por una delgada cuerda, corrida de una á otra ventana de Barcelona, y que el infante dolorido nada pudo ver, aumentándose su mal de suerte que espiró al llegar á su posada. Zurita en sus anales y Pedro Thomich en su historia de Cataluña, achacan al rey la muerte de D. Jaime. Pero muerto su jefe, ¿habia desaparecido la Union? Ya lo veremos en nuestro último artículo.

---

## DON PEDRO IV Y LA UNION ARAGONESA.

---

### ARTÍCULO CUARTO Y ÚLTIMO.

Muerto el infante D. Jaime, como vimos en nuestro artículo anterior, parecia decapitada la Union. Esto indadablemente hubiera sucedido en un pueblo de peor condicion que el aragonés, en uno de esos pueblos nacidos para esclavos, que guardan todo su entusiasmo para las personas, y nada reservan para las ideas. Aragon, pueblo libre, de condicion brava, amante de sus fueros hasta el delirio, conecedor de las instituciones en que estribaba su fuerza, moviéndose alentado por una idea, nada perdia por la muerte de un hombre, mientras quedase la ley escrita en los códi-

gos y el sentimiento de libertad impreso en los corazones.

Faltaba el infante D. Jaime, y la ley ocurría en esta falta, personificándose en su hermano menor el infante D. Fernando. La sucesión de éste, lejos de mitigar los temores de D. Pedro, los acrecentaba, pues sobrino del rey de Castilla, muy querido en su corte, contaba, no sólo con el auxilio de las alteradas pasiones de Aragón, sino con el refuerzo de las temibles tropas castellanas. Mandó el rey al rico-hombre Heredia á la corte de Castilla á conjurar la tempestad que amagaba, dándole cartas para el rey, para el infante, para la reina y aun para la favorita Doña Leonor de Guzman, que tenía en sus manos el corazón de Alonso XI. Y como arreciase el peligro de Pedro IV, encargó á su embajador que por todos los medios posibles, tratase de mover el ánimo del infante D. Fernando, heredero de la corona, á seguir su bandera, prometiéndole la confirmación de sus derechos, y el gobierno del reino de Valencia. Mas como el natural de D. Pedro era tan malvado, como rayaba tan alto su astucia, como

nunca decía verdad ni abrigaba recta intención, D. Fernando, que desde luego conocía la ira de su hermano, se escusó de atender sus reflexiones y seguir sus consejos, con lo cual atizaba el fuego de la discordia que envolvía en negro humo los reinos de Valencia y Aragón.

Era tal y tanta la tristeza del rey, que efectuó su enlace con la princesa de Portugal, Doña Leonor, sin pompa alguna, como quien tiene oscurecida el alma, oprimido el corazón. Y en verdad, el semblante de la rebelión era terrible; ya no se contentaba con hacer humildes peticiones al rey, con pronunciar discursos en las Cortes, con arrojar al viento amenazas, no; en Valencia había saqueado las casas de los adictos al monarca, había reunido bajo su bandera grandes huestes, había atropellado cuantos obstáculos le estorbaban, había roto y deshecho delante de Játiva en dos encuentros, las tropas reales, sacrificando granados capitanes y extendiendo por los campos donde la lealtad echara profundas raíces, las horribles plagas del incendio y la tala, como si quisiera castigar hasta la misma tierra.

La grandeza del mal sólo se puede calcular, advirtiendo el esfuerzo que necesitó hacer D. Pedro para dirigir una embajada á los ricos-hombres de Aragon, más como vasallo que como señor, pidiéndoles auxilio, rogándoles que no siguieran á los valencianos, pues habian osado rasgar su pendon y asestar flechas al escudo de su rey. Oyéronle los Lunas y otros, ya no solo inclinados sino rendidos por su causa; pero no así la mayor parte de los altivos ricos-hombres, que alentados por las victorias de los valencianos, dieron el grito de guerra y desplegaron la bandera de la Union, simbolo y enseña de la lucha, en la torre del templo del Pilar, jurando socorrer á los que por su causa combatian en Valencia, para que domeñasen las ciudades realistas, como Teruel, y venciesen á los ricos-hombres que habian levantado pendon por el rey, como D. Pedro de Jérica. Y en efecto, los de Valencia salieron en gran número de la ciudad, cerraron con D. Pedro de Jérica, que estaba en Betera, y rompieron otra vez sus huestes, dispersándolas por aquellos campos que se empaparon en española sangre.

Y así el mal crecía y se aumentaba el peligro, y las ciudades adictas á D. Pedro caian á las plantas de la Union, y el infante D. Fernando mandaba tropas castellananas á sostener la rebelion con acuerdo de Alonso XI, y la reina viuda que siempre odiara á D. Pedro, bendecía aquella ocasion de venganza que le deparaba el cielo, y los moros que aún quedaban en Valencia establecidos despues de la conquista, patrocinados por el rey de Granada, sentian como anhelo de levantar sobre tantos escombros su poder; y todo era guerra, incendio, escándalos, confusion, como si Dios hubiera condenado hermosas comarcas á ser presa de horrorosa y perdurable anarquía.

El rey D. Pedro que estaba en Cataluña, se decidió á partirse de allí para calmar con su presencia el reino valenciano; llegó con su esposa á Murviedro, se aposentó en aquella incierta y conmovida ciudad, reparó sus muros, llenó de agua sus algibes y se apercibió á sostener la guerra por su autoridad. Mientras tanto, las tropas enviadas de Aragon en socorro de Valencia, tropas formidables mandadas por los Urreas y los Lunas, pa-

recian que iban á decidir la contienda, cuando el rico-hombre D. Lope de Luna se arrancó la máscara, desoyó los mandatos de la Union, levantó bandera aparte y se hizo fuerte, desmembrando y dividiendo así aquel ejército, en el cual, quedaron á las órdenes de Urrea compañías adictas á la Union.

El infante D. Fernando llega por fin á Valencia con gente de Castilla; las tropas aragonesas, fieles á la Union, se unen á él; los valencianos le reciben como el iris de sus esperanzas, como el simbolo de sus aspiraciones; y mientras esto sucedia en el campo de la Union, el rey se hallaba abandonado de sus tropas en Murviedro, entre una poblacion tornadiza, que comenzaba á murmurar de él, obligado á separarse de los señores de su Consejo que eran blanco de las iras populares, y tan oprimido por adversos casos, que se arrastraba á las plantas de su madrastra Doña Leonor, en repetidos mensajes, pidiéndola paz y concordia, bien que aguzando en sigiloso silencio el puñal de su venganza.

Examinó, decidido á preparar su victoria, las

fuerzas con que contaba, y vió que toda su esperanza consistia en que D. Lope de Luna ganase con el auxilio del tiempo, gente y refuerzos. Él solo, nada podía hacer en Murviedro. Así convino en que el infante D. Fernando fuese declarado sucesor á la corona de Aragon, en que tomara para sí el gobierno de todos los reinos, en confirmar la odiada Union y todos sus privilegios, en arrojar para siempre del Consejo á sus más fieles servidores, como D. Pedro de Jérica y D. Bernardo de Cabrera, en conceder á Valencia un Justicia particular, custodio fiel de sus libertades, en una palabra, en darse atado de piés y manos á merced del viento de aquella alteracion, y de la voluntad de sus enemigos.

Mas ¿qué restaba á la autoridad real? Su corona estaba en el lodo, y la Union en el trono. Su voluntad habia sido eclipsada, su derecho burlado, su autoridad escupida y abofeteada; no habia rey, no habia más que un esclavo á las plantas de la Union, y que para mayor ignominia, llevaba una corona en la frente. Sus fieles realistas no podian sufrir aquella afrenta, no podian tole-

rar tanta vergüenza para la autoridad real, lumbrera que iba á ser el sol en los horizontes de los venideros tiempos.

D. Bernardo de Cabrera y D. Pedro de Jérica mandaban una tras otra embajadas al rey, le movian sigilosamente á que rompiera sus cadenas y abandonara su triste cautiverio de Murviedro; pintábanle el amor, la decision que aún restaba en sus corazones, y la fuerza que podia prestar con su arrojo á todos los leales, y le forzaban á burlar á la Union, arrebatándole su presa, lo cual conseguia huyendo á todo huir á resguardar su derecho en el seno de sus fieles campamentos. Preparó el rey en silencio su fuga y la de su esposa, avisó á algunos leales para que se apostasen con gente fiel en el camino, y se decidió á dejar á los de Murviedro cuando la noche extendiese su sombra y protegiera su fuga. Si las ideas, á pesar de sus varias manifestaciones y de su diferente desarrollo en el tiempo, son idénticas siempre á sí mismas, en este amargo trance que pasa la idea absoluta de los reyes en su cuna, se vé reflejarse, como en profecía, aquel otro más triste

y más amargo trance que pasó, cuando agotada toda su vitalidad antigua y cumplido su gran destino, iba á bajar esa misma idea al sepulcro. El proyecto de partida del rey no iba tan oculto que no lo echasen de ver algunos caballeros de su casa, los cuales, para congraciarse con los rebeldes, lo denunciaron á los jurados de la ciudad. Saberse esto, y armarse un terrible y nunca visto alboroto, fué todo obra de un momento. La voz de alarma sonó por todo el pueblo, las campanas tocando á rebato inundaban de pasiones ardientes los aires.

El ayuntamiento corría al aposento del rey á cerciorarse de su presencia, los caballeros de la real casa se veian unos presos, maltratados otros; las puertas de la poblacion se cierran, y los altos muros por D. Pedro reparados, sírvenle de más segura cárcel; la gente popular, en número inmenso, enerespada, prorrumpiendo amenazas, dicterios é insultos, sonando las armas, apercebidas á la matanza, cercan las habitaciones del rey, y todos deciden reducirle á condicion de preso, sacarle de Murviedro y entregarle maniatado á los

rebeldes para que en Valencia guarden con más seguridad al mal resignado cautivo.

Esta nueva ignominia le tocaba apurar al que ponía sobre todo su autoridad, al que estimaba inapreciable su poder. Sacáronle fuera de Murviedro en compañía de la reina, condujéronle escoltado por todo el pueblo camino de Valencia, y al llegar á un lugar que se llamaba Puch, lo entregaron en manos de los jurados de la ciudad, declarando en voz alta que ellos quedaban ya salvos y libres de responder por aquel peligrosísimo depósito.

La entrada en Valencia, lejos de ser la entrada de un cautivo amarrado al carro de sus enemigos, fué de un triunfador en apariencias; ¡ah! pero de un vencido en realidad. Aquel júbilo, las demostraciones de contento, el acorde sonido de la música, el esplendor de los festejos, no servían más que para dorar los hierros de las pesadas cadenas que arrastraba D. Pedro de Aragon. En el fondo de aquel cuadro, se destacaba una figura que era al mismo tiempo una humillación y un remordimiento para el rey, su madrastra, que iba á go-

zarse en ver las aflicciones del que tantas amarguras la había procurado en los primeros días de su viudez.

Aposentado en el Real, D. Pedro se vió cercado de fieles servidores, á cuya cabeza estaba el buen almirante Moncada, los cuales juraron que serían siempre adictos al monarca, y que si acaso, alguna vez prestaban á la Union juramento, lo harían más con los lábios que con la conciencia; porque hay épocas tan tristes, que el miedo, como la noche, cae tenebrosamente sobre todos los ánimos. Así la perfidia y el dolo iban minando y corrompiendo el carácter de la nobleza.

Continuaban las fiestas, cuando un triste accidente vino á interrumpirlas. En las hermosas riberas de Guadalaviar, cuyas aguas se deslizan entre un lecho de flores, bajo el claro cielo que resplandece como inundado de eterna alegría, entre el follaje de aquellos campos eternamente verdes, al resplandor de aquel sol que brillaba como el primer rayo de luz que en el primer día de la creación atravesó los espacios, delante de la encantada mansión del rey, ceñida por la bella na-

turaliza como un nido de palomas, sucedíanse incesantemente los bailes y las danzas, que en nada alegraban aquella alma real, oscurecida por un inmenso dolor, amargada por la hiel de sus humillaciones.

Pues bien; un domingo en que las fiestas menudeaban y los bailes se extendían formando mil varios alegres corros por todas las praderas cercanas al Real, un criado de D. Pedro, de suyo imprudente y dolorido de ver que aquellos bailes y aquellas fiestas no eran sino insultos prodigados por el carcelero á su víctima, prorrumpió, metiéndose entre unas parejas, primero en descortesés palabras, en amargos improperios después, desbaratando el baile y atrayendo sobre su frente el ódio de aquella multitud, que se veía apellidada traidora. «¡No, no alegráis, decía el cuitado, con esos bailes al rey, antes le humilláis y teneis poco ménos que en cadenas!» Los del baile que tal oyeron, desenvainaron airados las espadas, prorrumpieron en gritos de exaltada ira, y cerraron con el infeliz, que hubiera sido su víctima, si un francés llamado Mur no se interpo-

ne y lo salva. Pero al salvarlo, tuvo necesidad de manejar una maza, con la cual hirió á uno de aquellos hombres. Esto solo faltaba para que se encendieran los ánimos. Los gritos de «traidores, infames, asesinos de la Union,» se oían por todas partes, como otras tantas amenazas de muerte. Las espadas, heridas por los rayos del sol, relucían como serpientes hambrientas. Las mujeres y niños corrían en todas direcciones y con sus lágrimas y quejidos aumentaban el general espanto. Las mil campanas de Valencia, arrojando torrentes de alarma desde lo alto de sus torres, parecían como una gran fragua donde se forjaba el rayo de la guerra. Las puertas de la ciudad no eran bastantes á dar paso á la inmensa multitud, que atraída por el estruendo, iba inundando alterada y rabiosa las cercanías del Real. Bien pronto, el palacio, raspado antes como un santuario, se vió amenazado por las olas de aquella inmensa muchedumbre ansiosa de venganza. Las puertas cayeron á su empuje, todos los obstáculos rodaron vencidos por su ardor guerrero; aquel pueblo agitado por mil pasiones, respirando

gozoso la atmósfera de la gran tempestad moral que con su electricidad embriaga y enloquece; despidiendo rayos de ira de sus encendidos ojos, gritos de rabia de sus alterados pechos; entró en las habitaciones rompiéndolo todo, destrozándolo, corriendo locamente por aquellas doradas estancias cerradas antes á su respeto, abiertas ahora á su furor, buscando hasta en las camas de sus señores, víctimas que sacrificar en aras de sus antiguas libertades.

La reina recién venida de extraño país, se hallaba amedrentada y dolorida en el fondo de una estancia, reteniendo al rey, que anhelaba cortar el paso con su espada ó con su cuerpo, á la aterradora muchedumbre. Y al fin salió D. Pedro á lo alto de la escalera, ceñida la espada: hubo un instante en que el fragor de aquella tempestad le aterró, pero bien pronto se repuso, y de pié, con una maza en la mano, como clava de su poder, bajó arrojadamente llamando traidores á los que osaban mancillar la vivienda de su rey. Los del pueblo, que por intuición comprenden la trascendencia de todas las grandes acciones, y que se

electrizan siempre que ven, aun en sus mayores enemigos, resplandecer el valor, gritaron á una: «¡Viva el rey!» grito que resonó como una inmensa aclamación de entusiasmo en los espacios. Al llegar el rey al pié de la escalera, se acercan, le rodean, parece como que quieren estrecharle entre sus brazos, le hacen subir en un caballo, y le llevan en triunfo por aquellos campos, aclamándole y bendiciéndole con ardoroso entusiasmo.

El infante D. Fernando, que capitaneaba la Union, no bien hubo oído el tumulto, se dió prisa á correr hácia el palacio del rey, temeroso de alguna traición. Cuando el rey se mostraba á caballo, rodeado del pueblo, bendecido por mil aclamaciones, trasponía por la puerta de la ciudad el infante, acompañado de sus castellanos; y como pretendiesen acercarse á donde estaba D. Pedro, el pueblo comenzó á vociferar contra la gente del infante, y solo á este le fué dado adelantarse á saludar á su hermano. El pueblo era un espeso y fuerte muro al rededor de D. Pedro. Entre humilde y temeroso, el infante se llegó al rey, el cual le recibió con muestras de grande amor, bé-

sándole en la boca, aunque el odio hervía horriblemente en su frío corazón. Sosegado el tumulto, anduvieron paseando por la rambla, hasta que al pasar delante de la puerta de Serranos, el pueblo se empeñó en que el rey entrara en la ciudad, y no hubo más remedio que acceder á su demanda. Entró, pues, en la ciudad: la gente del Mediodía impresionable como todo pueblo de imaginación, y artista, saludó alborozada al monarca; las manos antes ocupadas de armas, no se daban punto de reposo en aplaudir; los pechos agitados por el odio, se apaciguaban al soplo del entusiasmo; coronaban mil cabezas las ventanas, y en medio de este general contento, atravesó el rey las calles, recibiendo por todas partes señales de evidente amor. Sin embargo, para el corazón del rey, aquel entusiasmo no era en el fondo otra cosa que la tempestad, que tras largo tiempo, jugaba con su corona y hería su cabeza.

Cuando caía la noche, se volvió el rey á su vivienda; creíase libre ya de amarguras y deseaba descansar en el seno de su familia. Mas el amor del pueblo, á sus ojos tan detestable como su

odio, no le dejó reposar ni reponerse de las grandes emociones de aquel triste y tumultuoso día. Las danzas volvieron al Real, entraron en palacio é hicieron que el rey tomase parte en aquellos festejos de la libertad y la Unión. Un barbero obligó al rey y á la reina á danzar, é interponiéndose entre ellos y danzando como un energúmeno, con fría sonrisa en los labios y hondada malicia en los ojos, mirando al rey burlescamente, como quien goza en ver humillado un enemigo, entonaba sarcásticamente un cantar cuyo tema era «Mal haya quien se partiere,» insulto escupido al rostro del real cautivo.

Cuando el rey escribe de esto en su crónica, la brevedad misma de su narración prueba cómo pesaba aquella maldecida noche en su alma. Borrar con sangre este recuerdo, fué el anhelo constante de su corazón. Cuando peleaba en los campos de Valencia, la imagen del barbero se aparecía á sus ojos: cuando entró después de sus victorias en aquella ciudad, la primer víctima que buscó en sus entrañas, fué al barbero. Verse cautivo, y en su cautiverio insultado, y para más ig-

azote fué la libertad del rey; asustáronse los pueblos, desanimóse la Union, hizo el rey presente los peligros que corria, concedió aun más peticiones, como dispuesto á no cumplirlas, y así logró verse libre, partiéndose para Teruel, con alegría semejante á la del leon encarcelado, que rompe los hierros de su jaula y se dá á correr por los campos, anhelante de ejercer sus instintos y devorar grandes presas.

El infante D. Fernando, cabeza de la Union, partióse para Zaragoza, donde estaba lo más granado de su gente. El rey entretenia la discordia y rogaba desde Teruel á D. Lope de Luna y á los de la Union que se apresurasen á poner en sus manos todas las discordias, seguros de que proveeria en justicia con arreglo á derecho. Mas engañando así á sus enemigos, ocultamente mandaba cartas á las ciudades, villas de su bando, excitándolas á que reunieran sus milicias y pasaran á los reales de D. Lope de Luna. Cuando ya conoció que éste, su caudillo, tenia fuerza bastante á contrastar el poder de la Union, arrojó el rey la máscara con que se encubria, y declaró que el

perdon de Lope era su perdon, que la causa de este rico-hombre era su misma causa. Ya no había lugar á duda: estaba arrojado el guante, y el momento era decisivo, supremo. La gente de la Union salióse en haces de Zaragoza, contándose hasta 15.000 combatientes, y arremetió al pueblo de Epila. No dejó en los campos ni persona, ni alimaña, ni árbol con vida. Quemó los trigos, los cáñamos, destrozó las viñas. Duramente acometió despues la villa, que hubiera en su poder caído sin el arrojado de D. Martin Lopez de Pina, que la tenía por el rey. Sabedor de esto D. Lope de Luna, que estaba sobre Tarazona, á marchas dobles se dirige á Epila, sediento de gloria y de venganza. El dia 21 de Julio de 1348 fué el último dia de la Union aragonesa. Frente á frente en los campos de Epila ambos ejércitos; frente á frente las dos ideas, que se dividian el campo de la historia, las dos fuerzas que eran la vida de Aragon; el cielo permitió una sangrienta catástrofe: quedaron en el campo los más bravos caballeros de la Union, abrazados á su bandera, gritando: «libertad» al exhalar el último suspiro;

corrió de las venas del infante gravemente herido sangre real; deshiciéronse como mieses agitadas por el huracan las haces enemigas del rey, y la bandera de D. Lope de Luna, empapada en sangre aragonesa, lució aquel día con los resplandores de la victoria.

Hé aquí cómo se expresa Zurita al hablar de este día de Epila: «Esta batalla fué una de las  
 »más señaladas que se escribe en la memoria de  
 »cosas pasadas, por haber sucedido en este reino;  
 »así por haber sido en direccion y contienda de  
 »los mismos aragoneses, como por haber sido la  
 »postrera que se haya dado en defensa de la li-  
 »bertad del reino, por la cual se usaba en lo an-  
 »tiguó tomar las armas, y se tenía por justificada  
 »causa para resistir á los reyes: en rigor de  
 »aquellos dos privilegios, que fueron concedidos  
 »al reino en tiempo del rey D. Alonso el Tercero.  
 »Porque despues, acabándose de fundar la juris-  
 »dicción del Justicia de Aragon cesaron las ordi-  
 »narias contiendas y guerras, conservándose en  
 »aquel medio, con lo que los inferiores se igualan  
 »con los principales y más poderosos, en lo cual

»consiste la paz y sosiego de todos los reinos y  
 »repúblicas, y quedó de allí adelante prohibido el  
 »nombre de Union por universal consentimiento  
 »de todos.»

Nosotros no lamentamos la decadencia y la muerte de la aristocracia aragonesa al verla á las plantas de Pedro IV herida en el corazon. Creemos firmemente, en virtud del sentimiento general con que miramos la historia, que la destruccion de las aristocracias era necesaria, para que brotára el principio de igualdad del seno de las monarquías; para que se organizasen las nacionalidades; para que se asentára sobre sólidos fundamentos la justicia; para que el mundo diese un paso más en esa larga y majestuosa série de progresos, que forma el gran poema de la libertad humana. Parece imposible que aquella aristocracia aragonesa, despues de ser la más ilustrada y más heroica de Europa, no hubiera encontrado más medio de refrenar la autoridad real que apelar á la rebelion. Y la rebelion, que en tiempos dados puede ser un remedio cuando la tiranía ha cerrado todos sus respiraderos al espíritu público y hecho

ineficaces todas las leyes, la rebelion continúa no puede nunca admitirse como forma definitiva de ley y derecho, ni aun como medio normal de resistencia; porque despues de conmover y agitar penosamente á los pueblos, consume su más vigorosa y pura sávia. Era necesario sentar el derecho en la ley, la resistencia en el seno de las instituciones; dar de través con aquellos continuos desafíos, que solo servian para inquietar los ánimos y desvastar las comarcas; organizar la justicia, hacer de la libertad un númen protector, y no el ángel de la discordia; y la víctima propiciatoria que debia caer en aras de todas estas reformas, era la aristocracia siempre turbulenta, y por eso señala su muerte una nueva época en el relój de los tiempos.

Concluida la batalla de Epila, debió asaltar al rey la idea de castigar á los rebeldes. Pero atendida la dura condicion del monarca, su natural vengativo, y la fiereza y alteracion de los tiempos, debemos decir en homenaje á la verdad que en Zaragoza más se mostró misericordioso que justiciero. Gran parte de aquella poblacion habia en-

trado en la contienda, insultando al rey, desconociendo su autoridad; y solo castigó á trece principales que habian sido cabeza de rebelion. Donde el rey se mostró más cruel fué en Valencia. Despues de sosegado Aragon corrió á la ciudad rebelde con lo más valeroso de sus tropas y la cercó; pero con tal saña, que hubo momentos en que cruzó por su mente la idea de asolarla, arar sus cimientos y sembrar en ellos sal y dejar aquel campo eternamente yermo en testimonio de su justicia. Las razones, los ruegos de los suyos le apartaron de aquella negra idea que acariciaba con toda la exaltacion de su ódio. Diéronse los de Valencia á merced, y entró el rey en sus muros. Oró en la iglesia mayor, dando gracias al cielo por haber cobrado la ciudad, y prometió olvido y perdon. Pero no cumplió su promesa. Rodaron en el cadalso cabezas de sus enemigos; de gente del pueblo fueron algunos arrastrados, y á otros se dió un género de muerte, que espanta y horroriza. Mandó el rey que se derritiese la campana de la Union, y despues les hizo beber aquel ardiente líquido, arrancándoles la vida en medio

de indecibles tormentos. Fué arrastrado tambien Juan Sala; y habiendo un reo tenido por deshonra la horca, el rey le mandó degollar, y dos letrados muy principales fueron ahorcados, y recorrieron inquisidores los pueblos llevando á los rebeldes todo el terror de la justicia del rey.

Mas un rey que habia vencido incondicionalmente; que tenia á sus plantas las ciudades rebeldes; que habia visto caer segados por su furor á sus más ardientes enemigos; un rey dueño absoluto ya de aquel reino, inclinado por naturaleza á dejarse llevar por su voluntad propia, adorador de su poder; ¿iba á romper las leyes, á borrar las antiguas costumbres, á soterrar las Córtes, á declararse norte único, y único director de su pueblo? A primera vista parece que éste es el desenlace natural de aquella gran catástrofe; que insultado por las Córtes, herido en su amor propio, va á tomar el rey venganza de las instituciones como la habia tomado de los hombres. ¿Quién puede oponérsele? La bandera de la Union yace en el polvo, sus caudillos han muerto, sus ciudades gimen bajo el peso de la

venganza, sus milicias andan desbandadas como perseguidas por la tempestad; toda resistencia es inútil; sobre aquella catástrofe solo se levanta el rey. Hay sin embargo, un fantasma que atemoriza al rey, un espíritu superior á todas las voluntades humanas, un génio más grande que la victoria; la voluntad del pueblo, el númen divino de su antigua y sacrosanta libertad. El rey, al poner sus manos en las leyes para rasgarlas, hubiera rasgado su propia púrpura. Del fuego de sus apagadas cenizas, que parecian frias como la muerte, hubiera salido una chispa capaz de cegar la soberbia del rey. ¡Ah! Cuando en las entrañas de un pueblo se arraiga el sentimiento de libertad; cuando su espíritu llega á tener conciencia de esa idea divina; cuando la ama de veras; pueden congregarse contra ese pueblo todas las tiranías de la tierra, mas las espadas y los cetros se quebrarán como frágiles cañas en el escudo de su frente é impenetrable pecho.

Y si en algun instante podia abonarse el pasar sobre la ley, era en el supremo instante que historiamos. Talados los campos, destrozadas las

ciudades, en aquel gran naufragio, cuando todavía cruzaba los aires el rayo de la guerra, un rey vencedor podía creerse levantado por la fuerza misma de los acontecimientos á un poder absoluto. La Union, en los años de su dominio, solo habia derramado guerras, asolamientos; nada habia fundado, nada habia hecho: su vida habia sido una convulsion febril, continuada y desastrosa.

Si, era hora de sustituir á la arbitrariedad la ley, al derecho de la fuerza toda la fuerza del derecho, á los campamentos los tribunales, al combate el litigio judicial, á una organizacion asentada en tempestades continuas y por tanto débil en medio de su poder, una organizacion basada en la ley, fuerte, sin más amparo que la custodia de la libertad, y la protectora égida del ángel de la justicia. Pero aun todo esto ¿no debia hacerlo el rey? ¿No estaba por los hechos ocurridos armado de una dictadura formidable?

No: que si habia vencido á la Union, no habia vencido al reino; que si habia cortado el nudo de la fuerza, su espada se embotaria al cortar el

nudo de la ley. Entonces viva aun la discordia, no domeñados todos los rebeldes (1), el rey, sintiéndose débil en medio de su victoria, si le faltaba el poderoso auxilio del pueblo, pronunció la palabra «Córtes». La Union no estaba vencida mientras las Córtes no escribieran su sentencia de muerte: el rey no podia usar de su victoria mientras no la consagraran las Córtes. Del seno de aquella revolucion, del fondo de aquella victoria, lejos de salir la servidumbre, iba á salir la libertad. Las Córtes iban á fundar el Estado en la ley; iban á trasladar las contiendas legales del campo de batalla al tribunal de justicia. Saludemos, pues, á ese gran pueblo que conserva la libertad, y la custodia, y la vigoriza, cuando parece la libertad más peligrosa, cuando se presenta más amenazada. Pueblos que así proceden, son dignos del mayor bien del mundo, que es la libertad.

Llamó el rey vencedor en su auxilio las Córtes. A ellas fué á pedir la sancion de sus victo-

(1) Cuando se celebraron las Córtes, de que vamos á hablar, aun no se habia rendido Valencia.

rias. Convencidas las Córtes de que el privilegio de la Union era solo poderoso á empeñar grandes contiendas, de las cuales ningun bien redundaba á los fueros y libertades aragonesas, decidieron abolirlo, no porque tal fuese la voluntad del rey, sino porque de grado renunciaban á él, reconociendo sus graves peligros y su triste esterilidad. Querian más bien una ley que tuviese fuerza por su propia virtud, sin necesidad de acudir á la guerra, y en el monasterio de predicadores, allí donde la Union habia insultado al rey, quemaron los privilegios de la Union arrancados al buen Alonso III, y la confirmacion de D. Pedro IV.

El rey, despues de haber visto caer delante de su poder las armas que habia forjado la Union, reunia las Córtes en San Salvador. Su primer palabra fué perdon, su primer obra fué jurar las antiguas libertades aragonesas. Solemnemente prometió guardar y hacer guardar las leyes, las costumbres, queriendo ser, como el primero del reino, el primero tambien y el más activo en acatarlas y defenderlas. El privilegio general, constitucion verdadera del pueblo aragonés, alma

de sus fueros, fué en todas sus partes confirmado, cobrando de esta suerte gran vigor. Ningun aragonés podia estar al arbitrio del poder; su libertad individual estaba sellada y guardada en el arca santa de la ley: no podia procederse contra ninguno á muerte, destierro ó lesion de miembro sin que procediese conocimiento del delito, y sentencia en público juicio. Hoy, que aun tocamos desgraciadamente las fatales consecuencias que trae consigo el violar la seguridad individual, á pesar del adelantamiento del siglo, conocemos que el derecho anteriormente referido, era doblemente augusto, por su propia santidad, y por salir confirmado, más vivo y vigoroso del seno de una sangrienta revolucion. Decidióse tambien que el oficio de la gobernacion se rigiese por caballeros; y en esta decision se guardaba encerrada una profunda idea filosófica. Antes servian este oficio los ricos-hombres. La base del gobierno es la responsabilidad, y el rico-hombre no podia responder porque estaba exento de la pena de muerte; luego al trasladarse este oficio á la clase de caballeros, se mostraba que se queria

hacer á todo el que ejerciese este elevado ministerio responsable de sus actos ante el país y ante las leyes; decidióse que el sucesor del reino, gobernador y procurador general, no se entrometiese nunca en la jurisdiccion civil y criminal, distinguiéndose así de una manera admirable las diferentes esferas en que debe moverse el poder, para que resulte vívida y pura la libertad. El Justicia, mediador entre el pueblo y el rey, levantado para guardar las leyes y velar por el derecho, eterna voz de la libertad, tribunal á que recurrian todos los agraviados, escudo que tenian contra el poder los aragoneses; el Justicia recibió una balanza más segura y una espada más centelleante de mano del monarca en estos tumultuosos tiempos. En este reinado sí que puede con razon decirse que se despertó centelleante y gloriosa la espada de la justicia, y que sirvió de amparo á todos los oprimidos y de freno á todas las tiranías. Véase, pues, cuán profunda y cuán grande fué la revolucion llevada á cima por Pedro IV. En la historia siempre debemos alabar á Dios, como delante de los grandes y maravillosos

espectáculos de la naturaleza. El mal pasa, el crimen es castigado, y en el fondo de toda época, siempre queda algun bien que mueve el ánimo y le dá alas para volar al cielo á rendirse de hinojos ante el Dios de la libertad y de la justicia.



so bálsamo que nos lava de las manchas de la tierra, nos hace sentir la eternidad de nuestra vida y adivinar la grandeza de nuestro Dios.

El Cristianismo no es una nueva filosofía, que viene á aumentar el catálogo de los antiguos sistemas; no es una nueva organización política, que viene á remachar las cadenas del hombre, no; es la renovación de toda la vida humana por la presencia de Dios en el mundo y en el espíritu. Sus dogmas unen por medio de maravillosa atracción los hombres entre sí, y á Dios con los hombres; mística armonía animada por el amor. El Cristianismo borra el nombre de bárbaro, rompe las diversas categorías nacionales, no descubre sus tesoros á solo un pueblo privilegiado, sino á toda la tierra, y pronuncia la palabra humanidad, tal como no la habían escuchado las gentes, palabra que condenaba todas las esclavitudes y contenía todos los derechos. Y sobre la humanidad, una en su esencia, levanta un Dios también único, no tirano á manera de los dioses indios, sino padre como los patriarcas bíblicos, presente siempre en el mundo por la Providencia, en el espíritu por

la revelación; fuente misteriosa en que beben su vida desde el sol hasta la luciérnaga, desde el hombre hasta el pólipo, desde el águila hasta la mariposa; centro inmutable de todos los pensamientos, de todas las voluntades, creador y vivificador de nuestras almas.

Y une Dios al hombre por el amor, y el hombre á Dios por la esperanza en la vida eterna. Este dogma de la eternidad de nuestro ser comprendía todas las excelencias de la religión cristiana. Por él se despierta nueva vida en nuestra limitada vida, nuevo ser en nuestro mezquino ser. La virtud es como blanca paloma, nuestra mensajera en el cielo. El dolor, la duda, se tornan ligeras nieblas que no pueden resistir los rayos de la fé, y que se desvanecen y evaporan, dejando en nuestra alma una dulce lágrima. El hombre ve en el mundo una tienda de campaña, levantada un instante para albergarle un día. Y todas sus acciones y todas sus ideas, toman el sello divino de la inmortalidad. Trabaja por los que le han de suceder, se consagra á su bien, porque sabe que ha de vivir siempre entre ellos su espí-

ritu. Este dogma de la inmortalidad del alma ha sido como una segunda creacion de la humanidad.

La libertad humana es otra de las piedras fundamentales de la religion. Sin ella no se concibe la eternidad de la vida del alma. El Cristianismo enseñó que el hombre es el rey de la naturaleza. Lleva en su voluntad los gérmenes de sus acciones, y en su conciencia la idea de lo justo, de lo injusto, que viene á sancionar con la satisfaccion interior ó con el remordimiento, sus propias obras. Este ángel caido, mensajero de la naturaleza para Dios, mensajero de Dios para la naturaleza, colocado entre lo finito y lo infinito, como entre dos polos, reuniendo en su contradictorio sér el eterno espíritu y la deleznable materia; lazo de union entre la tierra y el cielo, habitante del mundo de la eterna luz por sus ideas, por su fantasía, y esclavo de esta estrecha cárcel por su cuerpo; antitético, inarmónico, y sin embargo, destinado á comprender y explicar las armonías de los mundos, y á realizar la armonía del espíritu con la naturaleza; este ángel caido, que se llama hombre, se distingue de la inmensa série de séres ar-

rojados á sus plantas, por la libertad, que le hace responsable de su conducta moral y dueño de sus acciones; con las cuales se fabrica ó su castigo ó la corona de estrellas que ha de ser su eterno premio en el cielo. El hombre es libre, pero Dios no le abandona nunca. La gracia le auxilia en la gran lucha que tiene empeñada contra el mal. Mas esta lucha no se comprende sin la libertad que ha venido á sellar con su sangre Jesucristo. Así la causa de la libertad humana, como hemos dicho en una ocasion solemne, cuenta entre sus mártires á Dios.

Doctrina tan hermosa debia aterrar al mundo antiguo, poseido de grandes dudas y trabajos por inauditos dolores. ¡Qué espectáculo presentaba en su agonía! El despotismo en el trono del mundo; los hombres hechos siervos; la tierra convertida en escabel de la tiranía; la duda aletargando todas las conciencias, corrompiendo todos los corazones; los sistemas filosóficos protestando contra los antiguos dioses; los altares amasados con sangre de los nuevos sectarios; la poesía anhelante de inspiracion más nueva, consumiéndose en la

impotencia; el terror de la muerte pintado en todas las instituciones; el mundo antiguo, en fin, descomponiéndose, buscaba el placer, y el oro, y el vicio, como flores para ocultar su horrible podredumbre. Habíase cumplido su gran destino, y el mundo antiguo se moría en el lecho de sus placeres. Una noche paseaba Neron por sus inmensos jardines celebrando una gran fiesta, precursora de infinitas maldades. Sus sedosos cabellos exhalaban el fino olor de los aromas de la Arabia, blanca lana envolvía su cuerpo, y un manto de riquísima púrpura de Tiro caía de sus hombros; pisaba flores, y miraba extasiado las esferas, como si quisiera aprender en sus concertados movimientos nuevos cánticos. Varios patricios le rodeaban. Iluminaba aquellos jardines y aquel hombre, otros hombres, cubiertos de resina y pez, que ardían como hachones en aquel terrible espectáculo. Estos hombres de una manera tan horrorosa martirizados, no turbaban la alegría del emperador, ni con una queja, y se consumían silenciosos entre las llamas. Tácito nos ha guardado el nombre de estas víctimas. Se llamaban cristianos. El gran

anatómico de la muerte, no se indigna de aquella crueldad. Cree que debían ser esterminados para salud del mundo, pero no para recreo y divertimento del emperador. Mas ¿qué hombre sobrenatural había puesto tanta fé en aquellas almas? ¿Quién había levantado del polvo de las muchedumbres tantos Sócrates, tantos héroes, tantos mártires? También lo dice Tácito. Se llamaba Cristo.

En efecto, este hombre, desconocido del mundo antiguo, iba á reducirlo á cenizas. Casto, triste, llevaba en sí todas las virtudes humanas para derramarlas en la tierra y sobre sí todos los crímenes para espiarlos en su persona. Sus labios solo se abrían para bendecir, su corazón solo palpitaba para amar. Huía del poderoso é iba en pos del pobre y del humilde. Vencía á los fuertes y exaltaba á los débiles. Llamaba raza de víboras á los señores del templo, y acogía á los niños y conversaba con las mujeres del pueblo. Una sed infinita de amor le poseía. Buscaba á todos los descarriados para enderezarlos á su salvación; á todos los doloridos para enseñarles el consuelo; á

todos los ignorantes para abrir sus ojos á la luz. Anhelaba morir por el hombre para sellar su amor con el purísimo sello de su sangre.

Y aquel hombre era Dios. ¡Ah! Había sacado de la nada la tierra, y la tierra no le conoció; su soplo había infundido vida á los elementos, y le azotaron los elementos; había derramado las claras aguas sobre la tierra, y tuvo sed; había creado todos los séres que bajo el cielo se mueven, y tuvo hambre; la creacion, su hechura, le negó un asilo; el hombre, su imágen, le negó hasta la compasion; el creador de toda vida, murió de la muerte de los últimos criminales en afrentoso suplicio. Pero su muerte fué la vida del mundo.

Herido Jesús, los discípulos se dispersaron. Portadores de una nueva idea, que excedía á todo lo humano, doblaban la frente bajo su inmensa pesadumbre, y se atemorizaban de la riqueza de su gran depósito. Los vientos de todas las pasiones se levantaban confusamente entre ellos; la persecucion iba á caer sobre los defensores de una nueva idea. El mundo opone la fuerza al derecho, sus preocupaciones á la verdad, sus hábitos al

bien. Cuesta muchas lágrimas y mucha sangre desarraigar estos hábitos y estas preocupaciones. Así, al verse solos, se sintieron débiles, y temblaron. Dios los alentó dándoles inspiracion de apóstoles y fortaleza de mártires.

A la cabeza del apostolado se encontraba San Pedro. Dios le había escogido para fundar la Iglesia sobre sus hombros. En su espíritu, la tradicion antigua, el respeto á la ley mosaica, habían echado hondas raíces. Sacerdote de un nuevo culto, apóstol de una nueva religion, habitante de un mundo rejuvenecido, no se atrevia, sin embargo, á separarse del Arca santa que contenia los antiguos dogmas, y la custodiaba como premisa y fuente de la buena nueva. Así, desde el principio de los tiempos cristianos, se vé maravillosamente representada en él la autoridad, la tradicion, inspirada de un santo respeto por todo lo antiguo, como preludio de la gran institucion del pontificado que va á inaugurar en la historia.

El espíritu de San Pedro necesitaba al par un espíritu renovador, más tribuno que él, y este espíritu propagador, amigo de la lucha, que vo-

laba por todos los horizontes, que abría las puertas del santuario á todas las gentes, que hablaba el lenguaje exaltado de la caridad y del amor, que encendía en las llamas de su elocuencia todas las almas; este gran espíritu guerrero, que en su elocuencia consumía las viejas ideas y acrisolaba la nueva, era San Pablo.

En el gran drama de la revolucion cristiana y de su propaganda por el orbe, Pedro representa el papel de depositario, Pablo el de batallador; el uno es prudente, el otro arrojado; el uno pone los ojos en lo pasado, el otro en lo porvenir; el uno invoca la sancion del tiempo, el otro la sancion del triunfo; San Pedro recoge fielmente la verdad, y se detiene al pié de los altares mosaicos; San Pablo la recoge tambien y la lleva á los pórticos de los templos griegos; es el uno como el anciano, es el otro como el jóven. El árbol del Cristianismo necesitaba de esta doble sávia; el uno con su ardor hacia brotar el pan de vida, y el otro le conservaba con su autoridad. La propagacion del Cristianismo sin San Pedro, hubiera sido lenta, pero sin San Pablo hubiera sido insegura.

Esta obra maravillosa, la más grande que ha presenciado la historia, encontró obstáculos en el mundo. Fué el primero el materialismo, que, como asquerosa lepra, cubría al pueblo escogido. Envilecidos por la esclavitud los judíos, no podían consagrarse á un Dios, sujeto á la pobreza y á la muerte; no podían creer en apóstoles humildes, desgraciados y hambrientos; no entendían de amor, de compasion, sino de poder y de fuerza; amaban el brillo del oro; no confiaban en una doctrina, que descendía del cielo desarmada, y que sólo contaba con su palabra para embotar el hierro de las legiones romanas. Ellos creían que Dios descendería á la tierra inundado de luz, precedido del trueno, armado del rayo, ceñido con los resplandores de su poder; que miraría á los judíos para levantarlos al dominio universal de la tierra, y que con su soplo convertiría en humo á los tiranos de su pueblo. No podían, pues, creer en Jesucristo. Así es que al ver los cristianos entrando en su templo, los rechazaron horrorizados, los redujeron á prision y condenaron á muchos á muerte. El pueblo judío, que hubiera podido

ser el prólogo del nuevo mundo, se contentó con ser el epílogo del Oriente. La Iglesia se apartó de la Sinagoga; la ley de Jesús buscó un nuevo templo.

No hubo remedio; la ciudad antigua se aruinó bajo el peso de sus señores y en castigo de sus crímenes. Cumpliéronse despues de algun tiempo las terribles visiones de Jeremías. Cayeron los muros de Jerusalem, y sus piedras se dispersaron como polvo. Sus hijos fueron pasados á cuchillo, y no encontraron ni sepultura en la tierra. Las vírgenes fueron violadas al pié de los altares, y los pequeñuelos sirvieron de alimento á sus madres. No quedó piedra sobre piedra en la ciudad, ni en el templo ni en el santuario. Los dispersos huyeron de la tierra de sus padres, buscando en las chozas de las fieras el asilo que les negaba la compasion de los hombres. Diez y ocho siglos han pasado despues de esta gran catástrofe, y aun no han vuelto á levantar su templo ni á reunirse en el hogar de sus padres. La constante catarata del tiempo no ha podido borrar la marca de la esclavitud en su frente. Así se

pagan los vicios de la corrupcion y del materialismo.

Mientras los judíos pagaban así su ceguera, los cristianos difundian la verdad por todos los ámbitos de la tierra. La Iglesia cristiana tomaba en sus manos los dos últimos eslabones de la gran cadena de los pueblos antiguos, el Asia y Roma. En el pueblo que engendró la idea de la hermosura, y entre los despojos de todas las artes, se alzaba tambien como un hermoso trofeo del triunfo de la verdad, la Iglesia de Cristo. Así la buena nueva se difundia por la cuna de las religiones, que es Asia; por la depositaria del arte, que es Grecia, y por la propagadora del derecho, que es Roma. El Cristianismo llevaba en sí tambien regenerada la trinidad de estas ideas.

Las costumbres de los primeros cristianos parecian resucitar los tiempos del Paraíso. Vivian todos en una misma vida como si solo tuvieran un alma. Todos los lábios invocaban un mismo Dios, todos los pechos exalaban un mismo cántico, todos los corazones latian animados por un mismo amor, todos tenian unos mismos temores,

y gozaban de unas mismas esperanzas. Vestían siempre de blanco en señal de la pureza del alma. Sólo comían una vez al día á la hora de ponerse el sol. Los jóvenes no bebían vino. La persecución les obligaba á ciertos misterios de que se aprovecharon para denostarlos y maldecirlos sus crueles perseguidores. La pureza de alma se apercibía á recibir á Dios en el secreto asilo de la conciencia, donde tenía un santuario más propicio á sus ojos que el antiguo áureo tabernáculo.

Estas piadosas costumbres ceñían de una nueva aureola á la mujer. El Cristianismo aumentó la personalidad humana en la familia. Complemento del hombre debía ser una con él, idéntica siempre á sí mismo, inmortal como el alma. Por eso hizo insoluble el matrimonio. La mujer es el sonrosado fondo del cuadro de la familia, la luz que lo entona y que lo anima. Los más grandes sentimientos fueron confiados en la sociedad cristiana á la mujer, que ha nacido para endulzar las tristes asperezas de la vida, como hija, como esposa, como madre. Las mujeres son admitidas en

las asambleas cristianas. Se las dió también cierto carácter sacerdotal. Podían ser elevadas á la dignidad de diaconisas, si habían ejercido todas las virtudes cristianas, si habían dispensado hospitalidad á los viajeros, socorros á los pobres, remedios á los enfermos, y la palabra divina á los ignorantes. Así la mujer se exaltó y fué más sensible que el hombre y más sufrida en la gran epopeya del martirologio cristiano. Compañera inseparable de todos los desgraciados; más débil que el hombre para pelear, pero más fuerte y valerosa para sufrir; comprendiendo todos los dolores y adivinando todos los peligros, la mujer, en la sociedad cristiana, era la imagen viva del consuelo, la encarnación misteriosa de la Providencia: aceptaba todos los sacrificios más grandes, todos los ministerios más penosos; vivía á la cabecera del enfermo, á la puerta de la cabaña del pobre; guardaba los vasos sagrados, chupaba la sangre de las heridas de los mártires, ó en la callada noche recogía sus cenizas; endulzaba con sus oraciones, y hasta con su hermosura, todas las grandes adversidades; y cuando le llegaba la

hora del sufrimiento, cuando los perseguidores de su religion las apercibian para el cadalso, se encaminaban con seguro paso á la muerte, se sonreian en el tormento, en medio de las llamas miraban con ojos compasivos á sus verdugos, oraban por ellos, y cuando parecia que les faltaba aliento, alzaban un cántico de triunfo, que como su alma desprendida del polvo de la tierra, se perdía en el cielo.

La Iglesia trabajada por las persecuciones de los judíos y de los paganos, sentíase dentro de sí misma combatida por la duda y el error que envenenaban su infancia y rodeaban de viboras su cuna de flores. Un profundo pensador de la Iglesia comprendió que esta lucha de la verdad con el error, del bien con el mal, era necesaria para acrisolar más y más el dogma. *Oportet enim hæreses esses*. Las primeras heregías nacieron de dos fuentes distintas, de la religion de que emanaba el Evangelio, y de la religion que lo recibía; es decir, del pensamiento de los hebreos y del pensamiento de los paganos. Los hereges judíos se llamaban Ebionitas y Nazarenos. Querían que el

Evangelio fuese como apéndice de la Biblia. No podían convenir en que los nuevos libros, escritos por las manos de pobres pescadores, que ellos habían tocado con sus manos, pudiesen igualar en grandeza y en autoridad á los libros antiguos escritos por reyes, por profetas, que se habían inspirado en el seno de los desiertos, á orillas del Cedron, en la cumbre del Carmelo, bajo los cedros del Libano, agitados por el soplo de Dios.

Levantábanse airados contra la doctrina de San Pablo, y contra aquel su amor inmenso que abrasaba con sus llamas toda la humanidad. Acostumbrados al sentido estrecho de la tradicion judaica, no podían convenir de ninguna suerte en que su herencia, su Mesias, su prometido, fuera en pós de las otras naciones, se aposentara en su seno, y recibiera culto en aquellos sus maldecidos templos. Su espíritu encerrado en la corteza de la idea antigua, no se había abierto al beso de la buena nueva, no se había fecundado con el rayo del sol que descendía del cielo, y pegado como el pólipa á la piedra del hogar, nada alcanzaba de aquel Dios que tenía por hijos todos los hom-

bres y por altar toda la tierra. Este Dios cosmopolita, parecíale que iba á extinguir en manos de los judíos el fuego del sacrificio, y á borrar de su pecho la dignidad privativa del sacerdocio.

Los ebionitas estaban, pues, fuertemente apegados á la tradicion mosaica. No tenian más relacion con los cristianos, que el creer en la grandeza de la mision de Jesucristo. Mas reconocido esto, no dejaban que fuese completada ni en un ápice la antigua ley. Así denostaban á San Pablo, y le tenian por enemigo de Dios, por apóstata, que habia abandonado la verdad antigua por la buena nueva falta de la sancion del tiempo. Eran los ebionitas como esos hombres que miran siempre á lo pasado, que gustan de respirar el aire mefítico de las tumbas, que toman el fosfórico fuego fátuo, producto de la descomposicion de los cadáveres, por la eterna luz de la verdad y de la ciencia. Además de los ebionitas existian los nazarenos.

El más célebre entre los hereges judíos es indudablemente Cerintho. Por su alma han cruzado, como rayos rotos de luz ó como sombras in-

ciertas y dudosas, casi todas las ideas de la antigüedad; así cree en un sér infinito, inmenso, desterrado en el limite de los mundos, sin relacion ni lazo alguno con la tierra; en las emanaciones que, descendiendo como una catarata inmensa del seno de Dios, van llenando de mundos, de séres, los abismos de la nada; en la creacion de la tierra, mas no por el Ser Supremo, que fuera indigna de su grandeza tan pequeña fábrica, sino por un ángel que ha cobijado bajo sus alas esta mansion del hombre; en la grandeza de Jesús, en el Logos de Platon, que descendiendo en forma de blanca paloma sobre la frente del Mesias, depositó en su pensamiento la imágen del padre antes desconocida; y de esta suerte une Cerintho en su alma, estraviada entre tantos diversos senderos como se habrian á la actividad humana, fragmentos de casi todas las doctrinas que en aquella sazón tenian algun dominio en el espíritu del hombre. Así el judaismo, á pesar de no haber transigido con ninguna doctrina, absorbía por todos sus poros las ideas de aquel siglo.

Los hereges paganos se llamaban dosetistas y nicoastas. En ódio al antroporfismo griego, habían llegado los primeros á poner en duda y hasta negar la humanidad de Jesucristo. Creían que su cuerpo no era tal, sino una apariencia, una forma semejante á lo engañoso, de que se vestían las antiguas divinidades griegas. Esta heregía destrozaba la más pura y más grande de las creencias cristianas, la pasión y la muerte del hijo del hombre, y tornaban ilusoria su grande, su maravillosa obra.

Todos estos errores provenían de la mezcla del Cristianismo primitivo y de los primitivos cristianos con las escuelas griegas y orientales que poblaban el mundo. No creer en el cuerpo de Jesús era no creer en su encarnación; no creer en la encarnación era pulverizar el dogma fundamental de la doctrina cristiana. Así los apóstoles combatieron con perseverancia, con zelo, con calor esta doctrina que desceñía á Cristo de la vestidura de su humanidad, y que reducía el Evangelio á una fábula pagana.

Los nicolaitas, que eran otra rama de estas

heregías, unían gran parte de las verdades cristianas con las doctrinas de los gnósticos. La risueña imaginación de Grecia, ese pueblo artista, que ha sido el gran poeta de la historia, no se resigna fácilmente á tomar la verdad en toda su pureza, y la orna con fábulas. El Cristianismo, además de la verdad, reúne la hermosura; pero su misma grandeza, sobrepujando á la imaginación de aquellos pueblos, era parte á que no fuera comprendida en toda su esencia ni abarcada en toda su magnitud. Creían recibir mejor la buena nueva alojándola en sus templos, perfumando su urna con el aroma del mirto y del azahar, ofreciéndoles las rosas de sus valles ornadas con la gota de rocío que en sus hojas había llorado la aurora; los cantos de sus primitivos poetas, dulces como el rumor de la brisa en la enramada; los recuerdos de sus antiguas fábulas adornadas por generaciones de artistas; las ideas de sus sabios, blancas mariposas nacidas entre los aromas de la Ática y la Thesalia; las perlas de aquellos mares siempre alegres y risueños, cuna de tantos dioses; el espíritu y el arte de la antigua Grecia.

El alma se aparta difícilmente de sus creencias. Se pega á ellas como la abeja á las flores, entre cuyos aromas ha nacido. Y así á los neófitos griegos, al ceñir su blanca túnica, se les debia aparecer en confusión el recuerdo de sus lares, y al par del sereno cántico de la Iglesia, que resonaba en su conciencia, debia resonar en su corazón los cánticos de sus rientes y hermosos cultos, que los habian sonreido en la cuna, y habian hermozeado los dias más queridos de la vida. Esta invocacion se echa de ver en las numerosísimas sectas que pedian inspiracion á la moribunda y apagada voz del paganismo, y esta indecision es causa de muchas heregias.

Mas á pesar de estas incertidumbres, el Cristianismo iba conquistando el espíritu de las gentes. Desde el Evangelio de San Mateo hasta el Evangelio de San Juan, se nota una série de triunfo y de conquistas que van cimentando sobre sólidos fundamentos la verdad cristiana. San Mateo es, como San Pedro, el Evangelista que está más cerca de la Sinagoga. En su página se echa de ver que ha escrito á la sombra de los antiguos

templos, que ha pedido inspiracion á la fuente misteriosa, donde bebian sus ideas los antiguos profetas, que ha perfumado sus páginas en las rosas de Jericó, y por todas ellas, escritas en la divina lengua de los hebreos, se ve cruzar la sombra majestuosa del pueblo escogido como si fuera su última aparicion en la historia. La hermosa figura de San Juan Evangelista corona como una estatua los tiempos apostólicos y su alma es como el último y el más luminoso destello del alma de los discípulos de Jesucristo. Él vió á Jesús maniatado destilando sangre de su cuerpo, bebiendo hiel y vinagre, espirando en la cruz, y él le vió tambien aclamado por el mundo, recibido como Dios por los discípulos de Platon, adorado en las orillas del mar Egeo, seguido por todos los pueblos, reinando ya en la conciencia del hombre. Él vió al Salvador negado por unos, abofeteado por otros, escupido por el pueblo, coronado de espinas en el Gólgota; y le vió tambien exaltado por las ideas de los más grandes sábios, y vió que las doctrinas de Sócrates, la elocuencia de Platon, no habian hecho más que

presentir su advenimiento al mundo. Así el apóstol querido, despues de haber batallado en Oriente, no con las armas de la fuerza, sino con su hermosa palabra, despues de haber teñido el Evangelio con la luz purísima de su alma, al levantarse triunfante la verdad en Grecia, espira gozando de una eterna juventud, sereno como lo ha pintado el pincel cristiano, con las manos puestas en sus labios y los ojos en el cielo, pronunciando la palabra amor en los oídos de sus discípulos y subiendo al cielo dulcemente como la paloma, que despues de la tempestad, vuelve sin una mancha en sus alas á reposar tranquila en su nido. Así se extendió como árbol frondoso la verdad cristiana sobre la tierra.

## DISCURSO

SOBRE LOS CARACTERES CAPITALES DE LA EDAD MEDIA  
EN ESPAÑA Y EN EL RESTO DE EUROPA.

### I.

SEÑORES : La vida humana se desarrolla dentro de este planeta que habitamos, primero en la naturaleza, despues en la naturaleza y en la sociedad donde adquiere toda su plenitud. El hombre fuera de la sociedad es un ente de razas, un sér imaginario como el hombre fuera de la naturaleza. Hemos nacido sociales, como hemos nacido extensos. Tenemos el espacio para nuestra extension, y la sociedad para nuestros afectos.

Y esta sociedad tiene sus leyes, como el mundo mineral su crecimiento por superposicion de

presentir su advenimiento al mundo. Así el apóstol querido, despues de haber batallado en Oriente, no con las armas de la fuerza, sino con su hermosa palabra, despues de haber teñido el Evangelio con la luz purísima de su alma, al levantarse triunfante la verdad en Grecia, espira gozando de una eterna juventud, sereno como lo ha pintado el pincel cristiano, con las manos puestas en sus labios y los ojos en el cielo, pronunciando la palabra amor en los oidos de sus discípulos y subiendo al cielo dulcemente como la paloma, que despues de la tempestad, vuelve sin una mancha en sus alas á reposar tranquila en su nido. Así se extendió como árbol frondoso la verdad cristiana sobre la tierra.

## DISCURSO

SOBRE LOS CARACTERES CAPITALES DE LA EDAD MEDIA  
EN ESPAÑA Y EN EL RESTO DE EUROPA.

### I.

SEÑORES : La vida humana se desarrolla dentro de este planeta que habitamos, primero en la naturaleza, despues en la naturaleza y en la sociedad donde adquiere toda su plenitud. El hombre fuera de la sociedad es un ente de razas, un sér imaginario como el hombre fuera de la naturaleza. Hemos nacido sociales, como hemos nacido extensos. Tenemos el espacio para nuestra extension, y la sociedad para nuestros afectos.

Y esta sociedad tiene sus leyes, como el mundo mineral su crecimiento por superposicion de

moléculas, y el mundo vegetal su respiracion por absorciones de los gases necesarios á su vida, y el mundo animal su locomocion y sus organismos. Cuando nos convenzamos de que los hechos obedecen á estas leyes sociales, comprenderemos mejor el movimiento general histórico, consolándonos de muchas desgracias y aprendiendo á fundar en base sólida nuestras esperanzas. Así como los astros cumplen matemáticamente el movimiento de rotacion sobre su eje, y el movimiento de traslacion en la elipse que alrededor del sol trazan, las sociedades cumplen matemáticamente sus periodos de renovacion, de cambio; en dos palabras, sus trasformaciones. A estas trasformaciones se les llama científicamente revolucion.

En el mundo antiguo se cumplian estas revoluciones por la idea de un hombre, por la influencia de una casta, por la virtud de una institucion; y en el mundo moderno se cumplen por un concurso mayor de todas las fuerzas sociales, por una intervencion mayor de los pueblos.

Un ejemplo bastará á establecer esta diferencia. César nace, y con César nace una revolucion en

Roma. El pueblo se entrega á un hombre, y ese hombre lo lleva á la dictadura. Pero nace Voltaire en el mundo moderno, nace Mirabeau; una idea y una palabra; ambas más fuertes que la espada de César, y no ha nacido una revolucion. Interviene un oyente poderosísimo; interviene el pueblo; y no ya el pueblo considerado como una clase, no, el pueblo considerado como el gran conjunto de todas las clases. La idea lo impulsa, lo eleva como el viento al oleaje. La sociedad no se entrega, se muere. Por un momento parecia que un hombre iba á resucitar el carácter de los tiempos antiguos; un hombre que quiso empezar á ser toda la Francia para concluir por ser toda la humanidad. Este hombre era Napoleon. Y, sin embargo, su derrota en Waterloo no significa otra cosa sino la reaccion de las grandes fuerzas sociales contra sus fuerzas individuales; la reaccion de los pueblos contra un hombre.

En la Edad media sucedia algo semejante á lo que sucedia en el mundo antiguo; solo que no era un individuo quien tomaba la direccion de estas grandes trasformaciones, era una institucion. No

conocemos en el mundo revolucion más porfiada, más tenaz, que la emprendida en la Edad media por la monarquía contra la aristocracia feudal.

Para comprenderlo basta estudiarlo en cualquier fragmento de la historia europea, en la historia de Castilla, por ejemplo. La necesidad de atender á la defensa de la tierra, atravesada por continuas invasiones, creó este caos feudal que es el principio de la Edad media. Cada hombre ha de atender casi á la defensa de la tierra que pisa. Los más fuertes, los más valerosos, los más obstinados, los más victoriosos, son los mayores, los nobles, que crean sus pequeñas monarquías con jurisdicción propia y hasta con derecho de vida y muerte sobre sus vasallos para que le sigan á la implacable guerra. El rey se encuentra en la necesidad de extender su autoridad, porque los seres sociales, como los seres orgánicos, por una fuerza interior aspiran al crecimiento. Para esto necesita destruir las autoridades diversas que lo limitan. Y para destruir las autoridades que lo limitan ha menester nuevas fuerzas. En tal situación afirma la idea de su autoridad superior, y

suscita, frente por frente de la nobleza, el estado llano. Las dos ideas son muy sencillas, pero encontrarían en la realidad muchos obstáculos. Para ennoblecere al estado llano en aquellos duros tiempos, lo llama á la guerra. Para fortificarlo, organiza su vida en municipios. Para dar á estos municipios un gran peso en la balanza social, los dota con privilegios. Y mientras él es de la sociedad feudal, y crea de esta manera al pueblo, en la cima escribe por medio de códigos el principio de su autoridad universal. Desde el momento en que los reyes ponen el pié en la llanura después de bajar de las montañas de Asturias, crean la forma municipal, como un ariete de guerra contra los privilegios aristocráticos.

Así Alfonso V escribe en el Código de 1020, dado por el Concilio de Leon, la base de las constituciones municipales. Alfonso VIII escribe el Fuero Viejo de Castilla, y mata de esta suerte la arbitrariedad de la aristocracia. Fernando III regula el derecho del estado llano á presentarse en las Córtes. Alonso X escribe el Código de la unidad monárquica. Alfonso XI confirma y fortalece

esta unidad en su doble obra legislativa y política. Pedro el Cruel lleva la tea del incendio y el puñal ensangrentado para quemar los privilegios feudales y clavar en su trono el corazón de la nobleza. Si durante los primeros tiempos de la dinastía de los Trastamaras se detiene el movimiento, Juan I y Enrique III lo comenzarán de nuevo, D. Alvaro lo impulsará con sus intrigas, hasta que Fernando V é Isabel la Católica consagrarán la definitiva victoria del poder real sobre los poderes feudales. Véase ahí una revolución de cinco siglos preparada, concluida, coronada por una institución. Pero desde principios del siglo décimo-sexto cambian las revoluciones de carácter, dejan de ser la obra de una institución para comenzar por ser la idea de una secta, continuar por ser la obra de un partido, y concluir por ser el movimiento de la sociedad. Por eso la historia moderna ha llamado con razón á nuestra edad la edad de las revoluciones.

## II.

Entendemos por revolución, no el trastorno del orden sino el movimiento material de renovación que tienen las sociedades. Si muchas veces se torna en violento, es por la impureza que acompaña á toda realidad y por los obstáculos que le detienen y que lo desnaturalizan. Pero ¡qué cuadro tan maravilloso! ¡Qué drama tan interesante! Cómo las ideas toman cuerpos, cómo las pasiones se mezclan con su furia, cómo las obras surgen de la fragua de las grandes inteligencias, cómo viene sobre las olas de huracán desencadenado lluvias de sangre, y cómo, al fin, la justicia cobra sus derechos y Dios reaparece en los horizontes del alma, así á la manera del sol después de una tormenta sobre los húmedos campos, brillando con su luz mientras el aire los orea y los besa con su soplo! El hecho que parece más insignificante se eleva á la altura de un hecho ca-

pital, trascendentalísimo. Un hombre mira por el tubo de un órgano en el cual hay puestos dos vidrios, vé los objetos agrandados; por esa natural aspiración á levantar la frente, lo dirige hácia el cielo, y encuentra el telescopio, y obra una revolución en la ciencia astronómica, pues la tierra deja de ser para nosotros desde entonces el centro de las esferas. Otro hombre misterioso, á quien sus contemporáneos creen un alquimista, á las orillas del Rhin talla, en pobre choza iluminada por la luna con pedazos de vidrio, pedazos de plomos, y encuentra las letras de imprenta. Esta es una revolución en el tiempo, una conquista sobre la muerte. Una especie de misionero, de poeta, de soñador, de rústico, de iluminado, ha creído que por Occidente debe haber un camino para ir al Oriente; esta idea combate todas las nociones hasta entonces admitidas sobre la figura de la tierra. El género humano se burla de aquel profeta que promete un mundo; pero un día á la luz del sol, surge en frente de su carabela una tierra, cuyas entrañas están llenas de oro, cuyas sienas llenas de palmas, y que hasta aquel día se había

ocultado á la comunión general de la humanidad. Sobre este planeta ya redondeado, debe también, digámoslo así, redondearse el tiempo. Los grandes navegantes portugueses nos han dado el Asia; los grandes navegantes castellanos la América. La brújula ha sido el medio principal para cumplir esta revolución planetaria; pues á ella seguirá una revolución artística que nos dé el antiguo mundo del clasicismo, perdido bajo las ruinas amontonadas por los bárbaros. Un joven divino, que parece un hijo de Fidias, levantándose del polvo de los siglos al mismo tiempo que las estatuas griegas se levanten del polvo de las ruinas, realizará esta portentosa revolución artística, la apoteosis verdadera de la humanidad. Un soldado y un sacerdote, el uno en el teatro y el otro en la novela transformarán el espíritu artístico de la Edad media. Un gran poeta inglés realiza esta misma obra entre las nieblas del Norte. El nombre de Lope y el nombre de Cervantes, serán con el nombre de Shallespear, de Rafaél, de Colon, de Vasco de Gama, de Gutemberg, los planetas del Renacimiento, que iluminan la más grande, la más pura,

la más espiritual, la más magnífica de las revoluciones humanas; una revolución cuyas batallas son las batallas del espíritu, y cuyas victorias las obras más grandes del entendimiento humano.

Pero el espíritu no se mueve en una sola dirección, sino en todas; porque es un ser total, único, idéntico siempre á sí mismo. A estas revoluciones planetarias y artísticas sigue una revolución religiosa. A esta revolución religiosa que ha sembrado la tierra de huesos pero la conciencia de ideas, sigue una revolución filosófica. A esta revolución filosófica, siguen ó acompañan las grandes revoluciones políticas que, como un eco prolongado, continuo, va del cadalso de Padilla al cadalso de Egmont, del cadalso de Egmont al cadalso de Danton, llenando la historia de mártires, pero llenando también el espíritu de ideas y produciendo nuevas instituciones, nuevas leyes, una nueva sociedad. Hay revoluciones desgraciadas, que son, digámoslo así, las revoluciones de defensa; la de Padilla que tenía por objeto defender las municipalidades castellanas; la de Lanuza que tenía por objeto defender las libertades aristocráticas de

Aragón; la de la Fronda en Francia que tenía por objeto defender contra las invasiones de la monarquía el espíritu independiente de la Edad media; la de Polonia que tenía por objeto defender contra la ambición de tantos poderosos el reino campeón del catolicismo en el Norte, ese trovador y soldado, cuya alma plañidera va errante como las sombras de los griegos insepultos, por la conciencia de Europa.

Mas si estas revoluciones que tienen por objeto defender lo pasado son vencidas, en cambio triunfan definitivamente en la historia todas las que tienen por objeto preparar el porvenir. Triunfa Holanda del poder de Felipe II; triunfan los reformadores ingleses de la tradición y de la fuerza de los Estuardos; triunfa la América del Norte con sus ejércitos ciudadanos del inmenso poder de Inglaterra; triunfa el pueblo francés de su vieja monarquía y de toda Europa coaligada contra su revolución; triunfa España por milagrosa manera de Napoleon, que había enterrado su independencia, y del absolutismo, que había enterrado su libertad; triunfa la América de España, creándose

un nuevo hogar y produciendo así nuevas nacionalidades; triunfa Grecia de Turquía, aunque se deje pedazos de sus tierras entre las manos de los déspotas; triunfa Bélgica de Holanda, é Italia del Austria. El principio civil triunfa sobre el principio teocrático, y se establece la inviolabilidad de la conciencia humana y la igualdad civil de todos los ciudadanos despues de diez y nueve siglos que el Cristianismo habia establecido la igualdad religiosa de todos los hombres.

El mundo que vamos á recorrer, aunque limitado á algunos siglos en el tiempo, es infinito. Bien pudiéramos llamarle Universo. El movimiento de trasformacion llega á todas partes: los poetas lo llevan á la literatura, los pintores y los escultores á las artes plásticas, los tribunos á la política, los filósofos á las ciencias, los navegantes y los grandes inventores á la tierra, los astrónomos al cielo. Pero este movimiento ¿no tiene leyes? Las tiene, y por ellas solamente puede medirse su importancia, su trascendencia y conocerse su conjunto. Despues de todo hemos llegado en la historia á la adquisición de una profunda verdad, á

la adquisicion de que el derecho es uno como es una la justicia, como es uno el espíritu, como es una la sociedad, como es una la naturaleza, como es una la humanidad, como es uno Dios. Los pueblos que parecen más apartados, más diferentes y más diversos, trabajan en una misma obra, concurren á un mismo fin, como si todos llevaran la huella divina de la mano de su Creador en la frente y el reflejo divino de la palabra de su Creador en el espíritu; como si todos supiesen que salen del Sér Eterno y en el Sér Eterno han de resolverse despues de la consumacion de los tiempos, como el agua que sale del Océano vuelve al Océano por las filtraciones de la tierra, por la corriente de los rios, por las lluvias de las nubes; que al fin la vida es un inmenso círculo y la muerte un engañoso espejismo, porque el espíritu es infinito y la humanidad es inmortal, segun las eternas promesas del Evangelio.

Todos los pueblos guardan el recuerdo de un paraiso, y todos tienen la esperanza de la inmortalidad. La filosofia de la historia puede cambiar, segun los sistemas, pero no puede alterar esta

verdad fundamental de la unidad del género humano. Campanella verá todos los pueblos concurrir á levantar la ciudad mística del Catolicismo; Bossuet verá los antiguos preparando y los modernos cumpliendo el Evangelio como obreros infatigables; Vico encerrará la historia en la antiqüedad, dividiéndola en edades, de los dioses, de los héroes y de los hombres; Hegel señalará el mundo de la sustancia infinita, el Oriente; el mundo de la variedad infinita, Grecia; la reconciliacion de esta antinomia en Roma, y luego la unidad oriental reproduciéndose en el pontificado, y la variedad griega en el germanismo, y la reconciliacion de estas dos antinomias en las sociedades que salen de las revoluciones modernas; Fourier podrá contar las épocas de inocencia, de fuerza salvaje, de patriarcado, de civilizacion, de parantismo, hasta esperar que el mundo entre en armonía; pero todos reconocerán, así que mediten un poco, la historia; todos proclamarán, por consiguiente, la unidad fundamental del género humano.

En efecto, cuando se han estudiado las ruinas

de las ciudades asiáticas; cuando se han comprendido los geroglíficos egipcios; cuando se han visto los dólmenes celtas, así en las selvas de las Gálias como en las rientes riberas de las Baleáres y en los campos de Italia; cuando por el estudio de las mitologías se ha alcanzado á distinguir que el culto de la luna así estaba entre los griegos de Efeso como entre los iberos de España, la ciencia ha convenido en proclamar que una teocracia universal ha mecido la cuna de todas las naciones y las ha iniciado á todas en los misterios de la vida.

Pero esta inocencia se desvanece pronto. La guerra estalla; la aristocracia militar sucede en todas partes á la aristocracia teocrática. El sacerdocio no se salva sino conviniendo en la creacion de las castas, es decir, en la distribucion, en la reparticion de su autoridad. La esclavitud se funda, y con ser una institucion tan abominable, todavía es un progreso sobre la inmolacion de los extranjeros, sobre los sacrificios humanos. Mas la humanidad, dolorida por tantos trabajos, en todas partes cree en su degeneracion, en su

decadencia, en su pecado, y en todas partes resuena desde las nubes una maldición sobre el trabajador y sobre el trabajo.

Pero bien pronto se abre un volcan inmenso en el seno de esas cordilleras sociales que se llaman las castas. El trabajo es rehabilitado por el heroismo, aunque la esclavitud quede como queda siempre la sombra de lo pasado en el fondo de lo presente. Las repúblicas griegas tienen el heroismo del arte y de la política; los pueblos fenicios, el heroismo de la navegacion; los pueblos cartagineses el heroismo del comercio. Una série maravillosa de colonias se extiende como un collar de perlas por las riberas del Mediterráneo, ese mar de la civilizacion. El indigena oye salir de aquellas colonias una voz misteriosa que le atrae. Una legion de Hércules purga la tierra de mónstruos.

Pronto, muy pronto el género humano recogerá la abundante cosecha de este titánico trabajo. Pronto, muy pronto la razon humana madurará en esta tierra que ha sido vencida, domada, convertida en su habitacion ó si se quiere en su

templo. El espíritu ha pasado de la edad teocrática en que predomina el sentimiento, como en la infancia, á la edad guerrera en que predomina la fuerza, como en la juventud. Pero no se detiene aquí esta lenta revolucion que va transformando las sociedades antiguas. La inteligencia amanece, las ideas generales, que son su obra, se formulan en leyes; los ídolos de los antiguos templos vacilan en sus altares; la razon humana va considerando las mitologías como una alucinacion del entendimiento en su niñez y dejándolas para las muchedumbres como una luz artificial en la noche de su ignorancia; los velos de Isis se rasgan entre las manos de audaces conquistadores; las palabras de los oráculos del Delfos son sustituidas por Sócrates con las ideas de la conciencia; los filósofos vienen en tropel á estudiar los abismos del cielo y de la tierra, las profundidades del espíritu humano. Sus sentencias son máximas que se van elevando á códigos. La reforma filosófica está en todas partes, en Grecia con Sócrates, en Persia con Zoroastro, en China con Confucio, en la India con Buda, en Roma con Nu-

ma, ese discípulo de Pitágoras. Y como resultado de todo este gran movimiento quedan dos pueblos mayores en el mundo, un pueblo de artistas y de filósofos, Grecia, que escribe y propaga las ideas, y otro pueblo de soldados y de juriconsultos, Roma, que las formula en leyes y las arroja desde su carro de guerra á todas las naciones.

Pero no basta con que las ideas filosóficas entren en los códigos; se necesita que se regularicen pronto en la conciencia de los pueblos. Para esto es necesaria una religion universal, una religion de paz y de amor, una religion de igualdad, una religion que confunda el espíritu humano con el espíritu divino, y dé al hombre la fuerza de la eternidad. Por todas partes se siente la necesidad de esta revolucion, y se ve al espíritu humano aspirando á ella con una fuerza invencible. Plutarco cuenta que en las riberas de Grecia y en las riberas de Italia lloraban en su tiempo las olas alteradas la muerte de los dioses. La Nereida expresaba los dolores de la agonía en su urna de cristal y en su lecho de espuma. Vir-

gilio sueña con nuevas edades en que la tierra pierda sus espinas, los tigres su fiereza, el mar su amargura, y los lirios nazcan espontáneamente bajo las plantas del hombre y espontáneamente brote la justicia en su conciencia. Cuando Vespasiano volvía de Oriente, los templos egipcios le abrían las puertas creyéndole un redentor. Sectas enteras se fundaban en Judea apercibiéndose á recibir al redentor, á esperar la redencion. Los desiertos se poblaban de cenobitas y las ciudades de profetas. El angelical Cricna aparecia en la India. Estátuas se levantaban á Joe en la China. El disgusto del mundo se apoderaba de las almas y la sed inextinguible del martirio. Entonces se divinizó el dolor, la paciencia, la resignacion; se elevaron á la igualdad religiosa el esclavo y el señor, se fundó el dogma de la fraternidad entre todos los hombres y se propuso como ideal eterno la perfección absoluta de Dios. Y el mundo antiguo, despues de haber pasado por estas grandes revoluciones, pereció, dejando un testamento para el espíritu, el Evangelio, y otro testamento para la sociedad, el Derecho romano.

## II.

Hemos recorrido rápidamente la historia del mundo antiguo para probar la unidad fundamental de todos estos movimientos sociales que se llaman revoluciones. Si esto sucede en el mundo antiguo, donde un Estado se aísla de otro Estado, y á veces una ciudad de otra ciudad; donde cada pueblo tiene la religion nacional y cada familia sus exclusivos dioses lares, imagínese qué sucederá en el mundo moderno, heredero del espíritu universal de Roma y del espíritu más universal todavía, si en la universalidad caben grados, de la religion católica. Se ve que bajo una apariencia de variedad infinita resalta una verdadera unidad política. A un tiempo entran por todas partes las avalanchas de los bárbaros; los francos en las Galias, los sajones en Inglaterra, los lombardos en Italia, los godos y los ostrogodos en España. A un tiempo casi estos varios bárbaros sienten la necesidad de una religion que discipline sus razas inquietas y las haga entrar en la comunidad hu-

mana. La religion que está más cerca de las razas individualistas que vienen del Norte es el arrianismo. Y todas lo abrazan casi á un tiempo olvidando la espada puesta de punta en el suelo, y las ceremonias mágicas, y los atanibores diabólicos, y las danzas religiosas, y los dioses, y hasta la lengua de sus padres. Pero desde el momento en que asientan su planta en la tierra firme social necesitan una religion que consagre usar la autoridad arriba, la disciplina abajo; que ate más fuertemente los vínculos entre los hombres; y Recaredo y Clodoveo reciben el agua del bautismo y se convierten á la religion católica para sustituir la Roma material que derribaban con sus lanzas por la Roma espiritual que levantaban sobre sus arenas. Así el Papa pretende ser y llega á ser el sol de la Edad media. Su sociedad de hombres débiles, desarmados, de cenobitas, de místicos, se sobrepone á la sociedad de hombres armados, fuertes, vigorosísimos, que venian de las selvas cubiertos de sangre. Los obispos forman un ejército espiritual que embota la espada de los bárbaros. El Papa se coloca á la cabeza de

esta federación. Él es por consiguiente el que dicta el derecho, el que funda la política, el que educa las muchedumbres, el que escribe el ideal de las artes, el que recoge las últimas purezas de la ciencia y el que inspira desde Roma el terror saludable que necesitan aquellos pueblos indisciplinados para pasar de las selvas á la sociedad. La ciudad de Roma le presta un grande apoyo con el poder de su autoridad y con el prestigio de sus leyendas. La ciudad de Roma desde los tiempos antiguos ha hecho penetrar en los bárbaros una idea confusa de su poder sobrenatural y divino.

Pero ¡cuán lentamente marchan las revoluciones humanas! A pesar de tener tan grande autoridad religiosa; á pesar de dirigir los espíritus en su marcha; á pesar de habitar la ciudad de los milagros; á pesar de tener su ejército inmenso de sacerdotes que han idealizado la vida, necesita tres siglos el jefe espiritual del Catolicismo para fundar su autoridad temporal en el mundo bárbaro. Así puede decirse que él restaura el imperio romano en la persona de Carlo-Magno.

Así, cuando Carlo-Magno ha llegado desde la Germania hasta España; cuando ha sometido tantas razas infieles y tantas razas rebeldes; cuando ha colocado la corona en su cabeza, pero de hinojos, ante el Papa que lo bendice, puede decirse que han llegado á su zenit las dos instituciones universales de la Edad media, el Pontificado y el Imperio.

Pero los frutos sociales como los frutos vegetales no dan su semilla sino pudriéndose, descomponiéndose en el seno de la tierra. Cuando Carlo-Magno habia creído fundar la unidad del mundo moderno para la eternidad, la vió amenazada antes de su muerte. Ya la rota de Roncesvalles debió anunciarle cuántos gérmenes de rebeldía existían en la unidad que él creía tan robusta. Desde las ventanas mismas de uno de sus palacios vió, antes de mirar en los límites del horizonte, levantando la rubia cabeza entre las olas tempestuosas del Océano, los normandos en sus barcas de cuero, gritando como si trajeran un huracán en su aliento. Era la sombra aterradora del Feudalismo que debia estrellar en mil fragmentos la corona del Imperio.

Mientras tanto, el Pontificado se consagra á educar religiosamente al mundo. Una grande exaltacion se apodera de todos los hombres, tan fáciles de embriagarse con el vino nuevo de las ideas. En un texto del Evangelio se ha encontrado que Cristo vendrá el año mil sobre las nubes del cielo, cubierto de resplandores de gloria, á juzgar á los vivos y á los muertos. La idea de los que creen que el mundo sólo puede vivir hasta el año mil despues de Cristo, se extiende por toda Europa. Un terror inmenso se apodera del hombre conforme va acercándose esta época de usura. Se cree oír ya la trompeta del ángel, y en las nubes el ruido que producen los cráneos al taladrar las piedras de los sepulcros. Se ven pasar en alas de los vientos desencadenados los cadáveres de los mundos. Se cree que el sol va á convertirse en una lluvia de cenizas para ahogar el Universo. No hay obra de este tiempo que no se halle tocada de tal terror infinito. Las esculturas bizantinas de estos momentos parecen séres abortivos engendrados en el dolor, paridos en la guerra. El planeta exhala de todas las regiones

cristianas un *Dies iræ* incesante. El diablo viene á mezclarse á la vida como un agente poderoso, y casi como un protagonista. No hay obra grande, no hay monumento notable que no le atribuya la vulgar supersticion. Se le cree ver subir en la figura de un Papa á quien su sabiduría da aspecto de brujo y hechicero, nada ménos que á presidir la Cristiandad. Todos le imaginan adelantándose á llevarse las almas que le han de tocar en suerte despues de la hora suprema del supremo juicio. En los campos de toda España se hallan las huellas de esta terrible creencia. Poco antes de morir el califato de Córdoba ha abortado este un guerrero, que parece hijo del infierno, un guerrero cuyas banderas siembran con su sombra no más la desolacion y la muerte. Cuando apenas acababan de poner el pié en la llanura los pequeños reinos cristianos, sentian ya la cimitarra sobre su cuello. Era Almanzor que llegaba donde no habian llegado ni Muza, ni Jusik. Almanzor que alcanzaba lo que no habian alcanzado nunca los Abderramahnes. El pueblo no podia creer que aquel hombre, suscitado por

la cólera divina, en el momento mismo en que iba á consumarse la ruina de la tierra y se dibujaban en las nubes las amenazas apocalípticas, que aquel hombre venido tan cerca del año mil, más cruel cuanto más se acercaba la época fatal, fuera otro que un hijo del infierno. Lucas de Tuy escribe sus historias mucho más tarde y hace constar en ellas el terror que iba unido al nombre del guerrero por las comarcas desoladas. Cuando murió, se oía un lamento del diablo que exclabama: ¡Ay! en Calatañazor Almanzor perdió el tambor.

Naturalmente, la Iglesia había de cobrar un gran predominio moral con la fuerza que le daban los terrores sociales. El rey iba á poner su naciente reino á los piés del Papa. El señor feudal cambiaba la armadura por la cogulla. El trabajador arrojaba los instrumentos de labranza y se ponía de rodillas sobre la tierra empapada con sus lágrimas. Los exvotos, las ofrendas, llenaban las iglesias. Toda literatura es un símbolo de la edad en que nace. Toda poesía es un reflejo del espíritu. Por este tiempo comenzó á nacer la le-

yenda de *Roberto el Diablo*, que tres siglos más tarde debía fijarse en el romance francés y nueve siglos despues debía inspirar uno de los más sublimes dramas líricos de que se honra la civilizacion moderna. Pues bien, nosotros vemos en esta leyenda dibujada toda la sociedad de aquel tiempo, como en mágico espejismo.

Recordémosla. Cierta duquesa que reinaba en Normandía, estaba privada de la satisfaccion inmensa de tener hijos. Su lecho estéril le daba horror como á las mujeres de los patriarcas en la Biblia. En vano se arrastraba al pié de los altares; en vano pedía en oraciones incesantes á la Virgen y á los angeles una descendencia. Mientras las pobres siervas del terruño que solo podían legar á sus hijos la marca de la servidumbre veían su matrimonio bendecido por la fecundidad, la Duquesa, que podía dejarles una corona, veía su matrimonio maldecido por la fria y horrible esterilidad. Entonces creyó que Dios había perdido el poder en la tierra é invocó al diablo. El poema del siglo décimo-tercio cuenta así esta invocacion:

Dyables, fast elle, empenés  
 Proi vous que d'enfant m'assenés;  
 Car pooir en avés greignour  
 De Jhesu Christ nostre Seignour  
 De vostre part le ruel avoir  
 Soit a folie u á savoir.

Versos que traducidos literalmente quieren decir: «Diablo, dijo ella, que sufrir tanta pena, yo os ruego que me concedais un hijo, porque vos teneis más gran poder que Jesucristo, nuestro Señor; de vuestra mano quiero tenerlo, sea locura, sea sabiduría mi ruego.» Estos votos son escuchados. El diablo le da un hijo; pero el hijo es el tormento de su madre, el azote de su sociedad. Se ve en él toda la crueldad de la barbarie feudal. No hay maldad que no cometa. De niño, muerde en el pecho á su madre; más crecido apalea á su maestro; ya jóven mata á los sacerdotes que encuentra. La tonsura le da furor como al perro rabioso el agua. A los 20 años es el jefe de una banda de ladrones y asesinos. Y á medida que crece en perversidad, crece en fuer-

za, y á medida que crece en fuerza, crece en hermosura. Como el ángel caído, su padre, conserva un resto del resplandor divino de su antigua forma; él ha heredado la hermosura de su madre. Las comarcas que rodean sus castillos están desoladas. Los lobos no son tan carniceros como sus legiones. El granizo no es tan desolador como sus golpes. El rey quiere prenderlo y colgarlo de una almena. La duquesa de Normandía interviene á favor de su hijo, y pide que le armen caballero, segura de que tal honor enmendará sus faltas, pero en el torneo mismo, donde se celebra su ascension á la caballería, muestra toda su perversidad. Quiere descabezar á los que vence. De allí se va por tierras extrañas cometiendo los mismos excesos y sembrando los mismos horrores. Vuelve á la tierra de su madre, saquea un monasterio de monjas; al salir, despues de haber cometido la violacion y el asesinato, sus manos y su cara chorrean sangre. Todo el mundo le huye como á la peste. Ni siquiera un escudero tiene que le cuide su caballo. Este abandono general hiere su corazon. En el terror

de su soledad se pregunta por qué cuando quiere hacer una buena obra le tira el corazón á cometer maldad. Si es tan perverso, la culpada es su madre. Saca la espada y amenaza con matarla si en el acto no le dice por qué es tan malo y tan desventurado. Entonces su madre le cuenta que ha venido del infierno, donde todos son perversos y ha de volver al infierno. Ya la relacion le llena de terror y de vergüenza. Una súbita idea le asalta, arrancarle al infierno su presa. Arroja la espada y toma el camino de Roma. Llega á Roma y quiere confesarse con el Papa, mas no es fácil acercarse á su tribunal. El Papa canta misa en una capilla donde nadie puede entrar, pero él burla la vigilancia de los porteros, se desliza en la capilla, se arroja á los pies del Papa y le cuenta su infinita desgracia. El Santo Padre le recomienda á un hermitaño que vive en las cercanías de Roma. Este le impone una terrible penitencia para rescatarse del poder de Satanás, penitencia inspirada por una carta que ha caido del cielo. Tres son las condiciones de curacion.

1.<sup>a</sup> Fingirse loco y pasearse por las calles atra-

yéndose los golpes de todo el mundo; 2.<sup>a</sup> permanecer mudo hasta que el hermitaño le devuelva el derecho de hablar; 3.<sup>a</sup> no comer manjar que no haya sido antes masticado por un perro. Roberto se resuelve á todo. El mundo le atormenta como él habia atormentado al mundo. Un suceso rompe la monotonía de tal penitencia. Los paganos invaden Italia. El Papa no tenia general, pero el cielo envia una armadura á Roberto y corre á pelear por la salvacion de Roma. Nadie sabe quién ha sido el salvador. Entonces lo revela una princesa muda, hija del Emperador de romanos. Aunque divulgada la fama de este prodigio, los normandos envian á buscar á Roberto, él prefiere quedarse en Roma.

Hé aquí en esta leyenda todos los caracteres de tan remotos tiempos, la supersticion, la confianza en el diablo, el poder sobrenatural de éste, los desórdenes del Feudalismo, la intervencion moral del Pontífice para castigar estos desórdenes, la entrega completa á Roma de la razon, de la palabra, de la hacienda, de la vida; en fin, la mezcla de los caracteres feudales con los caracte-

téres teocráticos. Aristóteles ha dicho: la poesía es más verdadera que la historia. Ved confirmada esta profunda sentencia por una tradición, por una leyenda, por un dicho, por un poema, por una serie de canciones que pintan el caos feudal como jamás había podido pintarlo el frío análisis de la historia.

Desde que el año mil de la Era cristiana ha llegado y la maldición milenaria no se ha cumplido, el mundo de la Edad media comienza á recobrar aliento. La bóveda de cristal que forma para su inocente ciencia todo el cielo no se ha quebrado. El silencio de los sepulcros no se ha interrumpido. No ha resonado en las alturas la trompeta del ángel. La vida es aun patrimonio de la humanidad. Si pudiéramos oír las voces de la historia como oímos las voces de la naturaleza, después del año mil asistiríamos á un bellissimo concierto; al despertamiento de la conciencia, al balbuceo de las lenguas modernas, al rugido de las nacionalidades en su cuna, al arpegio de las literaturas populares, al himno de una nueva mañana de la humanidad, tan bello, tan suave

como el himno que componen los árboles, los insectos, las aves en las primeras horas y en los primeros albores de las mañanas de la tierra. El mundo paralítico se levantará y andará. La crónica monástica se convertirá en crónica civil. El latín que las tribus germánicas han corrompido haciéndolo una lengua bárbara, la cual Virgilio y Cicerón no hubieran comprendido, se transforma en los flexibles y elegantes romances modernos. Cada pueblo se crea una iliada, cuyo Homero es todo el mundo. Las Cruzadas van á realizar la unión entre las razas y van á transmitir á la vieja encina feudal la savia de los cedros y de las palmeras del Oriente. En medio de la soledad del desierto, bajo el cielo de acero, sobre la tierra caldeada sentirán los cruzados la idea que se desprende eternamente de la uniforme y monótona soledad de las arenas; la idea de la unidad del mundo, como sus predecesores los judíos nómadas, sintieron elevarse sobre él sol único, el Dios único, Jehová. La arquitectura señalará este florecimiento del espíritu humano. En vez de aquellas iglesias bizantinas, bajas, oscuras, pesadas,

de pilares gruesos y monstruosos, de arcos romanos por su curva pero no por su grandeza, nacerán las catedrales góticas con sus agujas y sus botareles, se elevarán gallardas hazes de columnas á las alturas, y allá cerca del cielo se abrirá la ogiva para recoger la luz y reflejarla sobre el pavimento, como si el espíritu humano se creyera, por sus grandes inspiraciones y su extraordinario crecimiento, dueño de lo infinito. Hé ahí otra revelacion portentosa que llena con sus obras, verdaderamente extraordinarias, desde el siglo undécimo al siglo décimo-cuarto en un trabajo lento, pero seguro, de transformacion, que dia por dia no puede apreciarse, pero que se ve en su conjunto de una manera clara, precisa, como el crecimiento de las plantas.

Pero es necesario fijar los caractéres que tiene este movimiento y el tiempo que abraza. El carácter principalísimo es de combate entre el poder religioso y el poder real. Cada uno en la tendencia á la incondicionalidad que tiene todo sér, aspirará á un absolutismo de su derecho. El poder civil querrá hacer de Europa una autocracia.

Si el primero hubiera predominado, Europa se convierte, por un movimiento de retroceso, en Asia. Si hubiera predominado el segundo, por otro movimiento de retroceso Europa se hubiera convertido en el imperio romano. Lucharon los dos, y de su lucha resultó uno de los equilibrios más felices de la historia; porque necesitando ambos fuerzas en que apoyarse, crearon elementos nuevos, tipos raros; una riqueza de vida social muy semejante á la riqueza de la vida natural.

Sin embargo, dentro de esta misma lucha que vulgarmente se ha llamado del Sacerdocio y del Imperio, hay varios períodos con diversos caractéres. Durante el siglo undécimo el elemento religioso domina al elemento civil. Durante el siglo duodécimo y la primera mitad del siglo décimo-tercio, el elemento religioso y el elemento civil se equilibran. Durante la segunda mitad del siglo décimo-tercio y todo el siglo décimo-cuarto, el elemento civil predomina sobre el elemento religioso.

No hay lucha más larga, más porfiada, que apele á más invocaciones de ideas ni que desplie-

que más fuerzas materiales. Naturalmente, el siglo undécimo es un siglo en que el poder civil todavía es niño y en que el poder religioso conserva aquel predominio político y social que le había dado los terrores del siglo precedente.

Así es que una personalidad absorbente, asceta por su educación, monje por su oficio, batallador por su carácter, sábio por sus estudios, ambicioso, pero con la noble ambición de las ideas, llega á Papa, y poseído de su ministerio divino, especie de demi-virgen, que tiene algo de intercesor entre el Universo y Dios; en virtud de esta superioridad moral, pide el poder político; apellida á todos los poderes civiles lunas que palidecen ante el sol de su autoridad; crea ejércitos y fuerzas que envidió ese grande organizador de la fuerza llamado Napoleon; llena el siglo undécimo con su espíritu, y funda un predominio político de los elementos religiosos que durará hasta fines del siglo décimo-tercio gobernando y esclareciendo á Europa como las antiguas teocracias del Oriente.

Cuando en el patio del castillo de Canossa está Enrique IV pálido, trémulo, vestido de sayal y

de silicio, pidiendo al Papa perdon, purgando en dura penitencia sus alardes independientes, el Papa ha llegado á su zenit político y el mundo le obedecerá como la ola al viento. Durante el siglo undécimo, antes y despues del pontificado de Gregorio VII, continuará la gran tendencia de los reyes á poner su autoridad bajo el amparo de la Iglesia.

Es el siglo de la condesa Matilde, que por piedad cede al Papa una parte considerable de sus Estados. Es el siglo en que Cataluña y Aragon, oyendo al legado Hugo Cándido, cambian á sus ruegos, el rito de sus padres por el rito romano. Es el siglo en que Pedro I delante de Fraga dicta aquel testamento por el cual deja á los caballeros del Temple sus bienes, porque los caballeros del Temple son los soldados más fieles del Pontífice. Es el siglo en que la Baja Italia arroja á los musulmanes y se entrega al Papa. Es el siglo á cuyo término nace el reino de Portugal, como una leyenda caballeresca, por divisiones y herencias feudales en verdad, pero bajo la advocacion de la Virgen y el protectorado del Papa, jurando sobre

la cruz de la espada consagrarse al exterminio de los infieles, y cumpliendo sus juramentos en mar y en tierra, como un eterno cruzado.

El eco de estas ideas se dilata por el siglo duodécimo, y por todos los pueblos, como si el espíritu de una edad caminara en alas de los vientos. Así Francia comienza á sentir el movimiento eléctrico que le impulsará á las Cruzadas. Los reyes santos serán los tenientes del Pontificado: en Escocia Santa Margarita y San David I; en Dinamarca San Canuto IV y San Erik I; en Hungría San Estéban y san Ladislao.

En cada siglo de la Edad media hay una leyenda que pinta su espíritu, una leyenda que sintetiza su carácter. Encontramos en las crónicas y en los romances franceses, para caracterizar el siglo décimo, la leyenda de Roberto el Diablo. Hallaremos en las crónicas españolas también la leyenda del cambio del rito mozárabe por el rito romano, y con ella caracterizaremos el siglo undécimo. Alfonso VI en 1085 ha tomado á Toledo, la ciudad donde los reyes moros le habían dado en el tiempo de sus desgracias tan generoso asi-

lo, hospitalidad tan espléndida. De esta victoria naturalmente había por fuerza de exigir el Papa alguna ventaja. Ya las había intentado materiales, fundándose en que Toledo fué ganada por auxilios morales de la Sede Romana; pero esta pretension se estrelló contra la fortaleza de Alfonso VI. Entonces Gregorio VII pretendió que se llevara á la Iglesia de España para uniformar el espíritu católico la liturgia y la disciplina de la Iglesia de Roma. Grande oposicion encontraban en Castilla semejantes pretensiones. La liturgia gótica era parte de la vida nacional. En ella se habían refugiado como en una fortaleza, los vencidos del Guadalete; ella había sido el consuelo en la adversidad y la esperanza de la victoria; bajo su advocacion nacieron en los desfiladeros de Astúrias las primeras iglesias levantadas cuando flamigeraba sobre toda España, como la espada de los ángeles exterminadores en el Apocalipsis, la cimitarra de los árabes; con su disciplina se habían reunido los Concilios que fundaron el derecho; y con sus cantos se habían celebrado en mil ocasiones, sobre la tierra empapada de san-

gre, los triunfos alcanzados en innumerables combates; suyos eran pues el arte, la ciencia, el espíritu de una nación que solo poniendo en Dios sus esperanzas pudo emprender la obra fabulosa de la reconquista, con razón llamada la Iliada de siete siglos.

Dado el carácter tenaz de los castellanos y su apego á las tradiciones, era muy difícil que aceptasen la mudanza de rito. El rey participaba de sus sentimientos. Valióse el Pontífice para conseguir su intento de la esposa del Rey, Doña Constanza, francesa de nacimiento, y del arzobispo D. Bernardo, monje de Cluny. Estos monjes eran durante la Edad media, ó al ménos durante este período de la Edad media, los ejércitos permanentes del Papa. Siempre ha tenido el Pontificado algunas Ordenes monásticas muy distinguidas que se han consagrado, con preferencia entre todas, á su defensa, y con especialidad al aumento de su poder político. Los benedictinos, los clunienses, los templarios, los franciscanos, los dominicos y los jesuitas han formado una especie de monastía dinástica al lado de la dinastía pontificia; una es-

pecie de guardia papal que se ha curado de defender al Pontífice y acrecentar su autoridad sobre el mundo. Naturalmente, Doña Constanza y D. Bernardo trabajaban con todos sus medios para mover el ánimo del Rey al cambio de rito. El Papa no le dejaba punto de reposo con sus instancias, apreciando en mucho que entrara dentro de la uniformidad romana una Iglesia de tanta gloria y de tantas esperanzas como la Iglesia de Castilla. Aunque siempre católica, siempre romana, la disciplina de esta difería esencialmente de la disciplina romana, constituyendo dentro de la ortodoxia más pura una especie de nacionalidad religiosa independiente. Conocido el carácter de aquel Papa se comprenderá cuánto empeño pondría en que la Iglesia castellana coadyuvara á su ideal de intransigente unidad religiosa. Influa sobre el arzobispo, y el arzobispo sobre la Reina, y la Reina sobre el Rey. Este se dejó vencer y comunicó su intento al pueblo de Toledo, justificándolo con la necesidad de dar una muestra más de amor á la Iglesia, tan poderosa cooperadora de la reconquista. El pueblo de Toledo se sublevó mo-

ralmente contra la reforma. El Rey dijo que le habia sido sugerida por el cielo. El pueblo pidió que si esto creia sometiese el fallo del litigio á las pruebas judiciares y al juicio de Dios. En efecto, encendi6se una gran hoguera en la Plaza de Toledo, arrojaron el misal g6tico y el misal romano, y se quem6 seguidamente el romano y se conserv6 ileso el g6tico. De la prueba judicial apelaron al Juicio de Dios. Dos guerreros armados de todas armas salieron al torneo á pelear cada cual por el objeto de sus creencias, de su culto. El guerrero castellano, que defendia el rito g6tico, sali6 vencedor. Sin embargo, el Rey promulg6 el rito latino. Desde entonces, a6ade con gran candor el rey D. Alonso el Sábido, que refiere estos maravillosos hechos, qued6 en Castilla divulgado el refran que dice: «Allá van leyes á donde quieren reyes.» En esta sencilla historia se vé todo el carácter del siglo undécimo, toda la tenacidad de Gregorio VII, toda la obediencia de los reyes á su autoridad, y todos los triunfos que contra las tradiciones y las prácticas vigentes conseguia la Iglesia romana, uniformando en su au-

toridad moral, en su unidad religiosa, el mundo moderno, como el Imperio romano habia uniformado en su autoridad política y en su unidad guerrera el mundo antiguo.

Puesto que estamos en presencia de la autoridad más alta que han obtenido los papas, detengámonos un momento á considerar qué ministerio político ejercia esta autoridad en las instituciones de la Edad media. Seria difícil, seria imposible llegar á comprender nunca el movimiento de las revoluciones modernas, que comienza en el siglo décimo-sexto, si no tuviéramos ideas precisas, claras, sobre la Edad media, que ese grande movimiento viene á combatir. Tres elementos componen la Edad media: los pueblos germanos, la Iglesia cat6lica y la Roma antigua que se levanta de sus mismas ruinas. Cada uno de estos elementos trae una de las instituciones que forman, digámoslo así, la trama de la vida. Los pueblos germánicos, el Feudalismo; la Iglesia cat6lica, el Pontificado; Roma el Imperio. El Feudalismo es el elemento individual, el elemento en el cual se encuentra en g6rmen la personalidad humana, que

más tarde consagrarán las revoluciones nuestras; el Pontificado y el Imperio guardan en gérmen, aquel la unidad espiritual y éste la unidad política, que más tarde llamará unidad humana la filosofía. El Feudalismo estaba fundado en la propiedad y organizado por gerarquías. La desigualdad era su base y la anarquía su carácter. La propiedad de la tierra era al mismo tiempo la propiedad de los trabajadores de la tierra, que se llamaban siervos y estaban á ella unidos como el ganado al pasto de las praderas. Las tierras se dividían en realengos, señoríos, tierras abadales, behetrías, etc., etc.; pero á toda propiedad iba unida la jurisdicción y la autoridad. El propietario tenía un derecho absoluto sobre los siervos y sobre los instrumentos del trabajo. «Esos hombres, decía el señor feudal señalando á sus siervos, son míos; puedo si quiero tostarlos y hervirlos.» Hasta derechos que no se pueden nombrar pretendían sobre las mujeres de sus siervos. El pudor de estas se hallaba á merced de los señores, como la vida de aquellos. El verdugo romano tenía derecho á desflorar las vírgenes condenadas á

muerte, y el señor feudal lo tenía á profanar el lecho de su siervo en el momento mismo de las bodas, antes que la esposa hubiera dado el beso nupcial á su esposo. Se ha querido negar este privilegio por los restauradores de la Edad media; pero no se pueden borrar los testimonios fehacientes. *Pretendebant*, dice un historiador, *ex consuetudine primam habere carnalem sponsæ cognitionem*. Como toda barbarie, se fué dulcificando con el tiempo; y muchos señores, como los de Leon, por ejemplo, según cuenta Chopin en sus comentarios á los *Usages de Anjou*, se limitaban á pasar la pierna sobre la cama de los siervos en la noche de las bodas.

El Feudalismo era, pues, gerarquía, división, fraccionamiento, individualidad, anarquía.

La Iglesia no dejó de verse penetrada por el espíritu feudal. Los ricos beneficios constituían ricos señoríos. Pero tenía caracteres que la hacían opuesta al Feudalismo y que le prestaban un verdadero ideal de ciencia y de vida en aquellos apartados tiempos. Empezaba por consagrar el culto del espíritu cuando todos consagraban el

culto de la fuerza. Seguía por admitir á la igualdad religiosa á los ciudadanos, cuando por todas partes se levantaban la gerarquía y el privilegio. Concluía por reclutar sus dignidades atendiendo á la capacidad y usando el medio democrático de la eleccion. Así era en aquellos dias, como el arca de Noé en los dias del diluvio, el refugio de todos los gérmenes del progreso humano.

Así el Feudalismo admitía, por ejemplo, como testimonio de razon el combate, como signo de verdad la fuerza, como sentencia de justicia el triunfo en el duelo. El torneo no era solamente una fiesta, era una audiencia, un jurado. Los litigantes peleaban, peleaban los testigos, peleaban los jueces. La Iglesia oponía á este derecho de la fuerza el derecho de la idea, á estos códigos de las armas sus códigos canónicos.

Por todas partes las guerras en la Edad media; las guerras, que eran como huracanes sobre el caos. Guerra de rey á rey, guerra de castillo á castillo, guerra de pueblo á pueblo, guerra de individuo á individuo. Las armas resuenan tan fuertemente en este tiempo, que no parece sino que

el mundo entero es un campo de batalla, y los hombres todos son soldados ébrios de sangre, y en esta embriaguez castigados con sed inextinguible como la del hidrópico. La Iglesia quiso establecer la paz. Celebró para esto Concilios, dictó cánones. No pudo contrastar la inmensa fuerza de las instituciones, de las costumbres, y se contentó con la Tregua de Dios. Establecida primero en Aquitania, se extendió luego por toda Italia. Dos monjes, cuyos nombres debe recordar la historia, tomaron una parte activa en esta obra humanitaria. Fué uno Odilon, abad de Cluny, y fué otro Richard, abad de Verdun.

La tregua de Dios era una suspension de tantas guerras como desgarraban el seno de la Edad media. Los monjes, las mujeres, los trabajadores del campo y los mercaderes eran declarados inmunes del deber de la guerra, consagrados á una paz perpétua. Del miércoles al lunes no se podía pelear, porque recordaban todos estos dias los más angustiosos de la pasión de Cristo, y los dias más gloriosos de su resurreccion. Añadiase á

estos el Adviento, la Pascua y las fiestas de los patronos de cada pueblo.

Pero el génio guerrero de la Edad media opuso obstáculos invencibles al génio pacífico de la Iglesia. Las treguas de Dios fueron muchas veces predicadas y pocas veces obedecidas. A pesar de que se castigaba con pena de excomunion al perturbador de la paz pública, era perturbada. Para encubrir esta desobediencia la Iglesia decidió limitar los dias de treguas casi á los dias de fiesta. La guerra en aquellos duros tiempos era como el trabajo en los nuestros. Las razas germánicas habian traído desde sus selvas ese culto á la fuerza, á la violencia, á la matanza. Para estas razas, la política era la conquista, el Parlamento el campo de batalla, el voto un lanzazo en el escudo, la habitación el carro de guerra, la vida una série de combates, y la muerte la esperanza de encontrar en un olimpo sangriento á Odino y sus caballeros cabalgando en sombríos huracanes, hiriéndose mutuamente en una orgía de sangre, como si fueran eternos engendros de un ódio infinito, levantado en lugar del Creador sobre las cimas del

Universo. Se habla mucho de la barbarie del Circo antiguo, en que los romanos entregaban los gladiadores á las fieras. Pero los torneos eran tambien espectáculos bárbaros y sangrientos. Los jueces median el campo; las damas lujosamente vestidas apercibian los premios; los pajes y los heraldos sonaban las trompetas de guerra; el pueblo acudia en tropel, y los caballeros peleaban regando con su sangre la tierra, cayendo exánimes en medio de aquellas alegres fiestas.

Beltran del Bormo, que el Dante pone en los infiernos con su propia cabeza en las manos, representa en toda su barbarie y en toda su crueldad el Feudalismo. Ha consumido este feroz aristócrata su vida suscitando unas clases contra otras clases, unos poderes contra otros poderes, unas naciones contra otras naciones, por el placer de contemplar yelmos rotos, caballos errantes despues de haber sacudido sus ginetes, miembros destrozados, cabezas separadas de sus troncos, montones de cadáveres sobre los cuales se cernian bandadas de cuervos, iluminado todo por la luz de los incendios y realzado por los lamentos

de las viudas y de los huérfanos: que todo es para su alma cruel sublime en las plagas de la guerra. No se crea que hay en esto exageracion. Léase su vida y se verá que la ha consumido sembrando ódios; léanse sus versos y se verá que los ha empleado en cantar la matanza. Es como aquel dios persa de la destruccion que tiene la infinita voracidad de la muerte. El dia que vé á los hijos de Enrique II levantarse contra su padre, ó que espera un duelo á muerte entre Ricardo Corazon de Leon y Felipe Augusto, que es el duelo á muerte entre dos pueblos; el dia que puede ver ó puede esperar este espectáculo, es para él uno de los mejores dias de su vida, porque como el cuervo olfatea las grandes carnicerías humanas, y como la hiena se ceba en los cadáveres.

Naturalmente, en una época de esta barbarie la Iglesia no podia exentarse de la ley comun á toda la humanidad, y á pesar de su resistencia á la guerra tuvo que predicar la guerra. No eran aquellos tiempos como los nuestros, en que se establecen relaciones internacionales y de dere-

cho, mirando á una justicia superior entre los pueblos de diversas creencias religiosas. Eran tiempos de exaltacion religiosa, y por lo mismo de odio entre las diversas religiones, que se predicaban mutuamente unas contra otras la guerra. El exterminio de los infieles era la palabra que sonaba en Bagdad y en Damasco, en Córdoba y en Medina. El exterminio de los infieles resonaba tambien como una palabra de orden universal en Roma, en Paris, en Lóndres, en Búrgos, en Barcelona. El Papa Lucio III bendice las manos consagradas á derramar sangre infiel. *Manus suas in sanguinem infidelium Domino consecrantes*. Hé aquí de qué suerte se enorgullecen y se alaban los templarios de su ministerio religioso: «Dicese del leon que husmea por todas partes y que devora; de la misma suerte los caballeros del Temple deben siempre y por todas partes perseguir los infieles, hasta hacerlos desaparecer de la faz de la tierra.» San Bernardo decia en el sermon á los templarios: «El Hijo de Dios gusta de contemplar la muerte de sus enemigos; porque en la muerte de los paganos se glorifica.» En presen-

cia de la contradicción que encontraba entre estas doctrinas y las doctrinas del Evangelio, se expresaba así Santo Tomás: «Las Ordenes militares, al exterminar á los infieles no vengan sus propias injurias sino las injurias inferidas á Dios.»

Así que durante todo el siglo undécimo la Iglesia predicó las cruzadas contra los infieles. Se ha querido dar á esta predicación un sentido político, algo que se asemeje á los pensamientos de la diplomacia moderna sobre el equilibrio del mundo. La Historia está ahí para desmentir estas extrañas importaciones, llevadas á su seno cinco siglos más tarde. Lo que movió las cruzadas fue el pensamiento de rescatar Jerusalem, la tierra prometida, el asilo de los Profetas, el antiguo tabernáculo, el huerto donde Jesús lloró, el monte donde Jesús padeció, el sepulcro de que Jesús resucitó, los sitios sagrados mudos testigos de la redención. Lo que movió las cruzadas fué la idea religiosa formulada en leyes de invasión por Urbano II y sobreescitada en discursos guerreros por Pedro el Ermilaño. La voz de Dios llamó á los pueblos. Dios lo quiere, fué el grito universal

que disciplinaba aquellas legiones. Sabían dónde iban, pero no sabían ni por qué camino ni siquiera dónde estaba la ciudad anhelada. Cuando descubrieran alguna grande población la saludaban en su ignorancia, como si fuera su Jerusalem querida, su Jerusalem deseada. Por fin llegaron, por fin vieron desde las alturas las montañas de las Olivas, las llanuras de Jericó, las riberas del mar Muerto, las santas orillas del Jordan y Jerusalem, la ciudad querida envuelta por las refracciones de la luz de Oriente, como los sueños de los místicos, en una atmósfera del brillo del oro matizado por los cambiantes del ópalo. Horribles angustias padecieron en el sitio de Jerusalem; la sed los abrasaba, los consumía; el polvo de Palestina los tostaba como si fueran las arenas encendidas de un horno. Muchos de ellos se dejaban caer sobre la tierra abrasada, gritando de dolor y desesperación: «Jerusalem, que tus muros caigan sobre nosotros, y que cubra nuestros huesos tu sacratísimo polvo.» Fué necesario, para sostenerlos en aquella tremenda empresa todo lo que tenía de fuerte y de creyente aquel siglo. Godofredo de

Bouillon, el rey virgen, los conmovía con su heroísmo casi legendario. Tancredo y Raimundo de Saint Gilles, que tantas veces habían escandalizado sus querellas, se abrazaban en presencia de la ciudad bendita. Pedro el Ermitaño recorría las filas con la cabeza y los pies desnudos, á los inclementes rayos del sol abrasador, golpeándose el pecho con el crucifijo que recordaba el sacrificio allí mismo consumado, y enardeciendo su sangre con aquellas elocuentísimas palabras que resucitaban el canto rudo, el versículo breve y deslumbrador de los antiguos profetas. Por fin, Jerusalem cayó en poder de los cristianos. Su caída fué uno de los testimonios mayores que de su poder pudieron dar los papas, que habían logrado arrancar un mundo pegado á su terruño del suelo feudal, donde parecía haber echado sus raíces, y lanzarle con la fuerza de su palabra y la virtud de su autoridad en las abrasadas llanuras del Asia.

Es necesario, para conocer toda la crueldad de esta época, dejar hablar á la historia. La toma de Jerusalem es uno de los hechos más graves de la Edad media, más trascendentales por las conse-

cuencias que trajo al mundo, por la revolución que produjo en la sociedad. Veamos cómo lo cuentan los historiadores del tiempo: «Cuando los nuestros, dice Raimundo d'Agiles, canónigo de la catedral de Puy, se apoderaron de los muros y de las torres, viéronse cosas admirables. De los sarracenos mataban á unos, lo cual era para ellos la suerte más dulce, y quemaban á otros después de haberles hecho sufrir largamente. Veíanse en calles y plazas montones de cabezas, de manos y de piés.»

Raul de Caen, exclama en su *Historia de Tancredo*: «Valor, divinos furores, valor, espadas sacratísimas, valor, santa destrucción; no consideremos nada: caed á los golpes, raza depravada, gentes perversas que habeis derramado la sangre inocente, y que debeis dar toda la vuestra. Vosotros que tantas veces habeis desgarrado los miembros de Cristo, destrozándolos en mil pedazos, recibid los castigos que os imponen esos mismos miembros.» En una carta que los cruzados escriben al Papa, cuentan que en el templo de Salomon habían degollado tantos infelices que la sangre lle-

gaba hasta la rodilla de los caballeros y hasta la brida de los caballos.» Guillermo de Tiro cuenta en su popular *Historia de las Cruzadas* lo que sigue: «Los cruzados no perdonaban á ningun infiel; á fin de que aquellos que habian profanado el santuario, lo purificasen con su propia sangre.» Alberto d'Aix, cuenta con referencia á historias oidas de la boca de los mismos peregrinos que acompañaron la primera cruzada, lo siguiente: «Las jóvenes, las matronas, aun las que estaban en cinta, fueron inmoladas; las infelices asustadas de la sangre se abrazaban gritando á sus verdugos, les besaban los piés pidiéndoles la vida; pero invocaban en vano la piedad de los vencedores; no perdonaron ni los niños de teta.» Basta.

#### IV.

¡La caída de Jerusalem! ¡Cómo la destrucción de estas grandes ciudades cambia las corrientes

de los hechos! No parece sino que en cada una de ellas se encierra una idea y que esta idea no puede volar sino rompiendo la ciudad donde está encerrada.

Lo cierto es, que la ruina de Babilonia señala completamente la conclusion de las antiguas teocracias mágicas; la ruina de Troya el comienzo de las épocas heróicas; la ruina de Tiro la difusion del espíritu griego por el Oriente; la ruina de Cartago el predominio en Europa de las razas indo-europeas; la ruina de Jerusalem por los romanos, la Era de la redencion; la ruina de Roma por los bárbaros, la Era feudal; la toma de Constantinopla por los turcos, la Era moderna.

Pues bien: la toma de Jerusalem por los cruzados, fugaz como es, parecida al sueño de una leyenda, representa, si no la ruina, el quebrantamiento y la declinacion del Feudalismo. En aquella ciudad se escriben por la mano del más puro representante del espíritu caballeresco, por Godofredo de Bouillon, los códigos feudales (Assises de Jerusalem), y estos códigos feudales, que parecen la firme constitucion de una sociedad ro-

gaba hasta la rodilla de los caballeros y hasta la brida de los caballos.» Guillermo de Tiro cuenta en su popular *Historia de las Cruzadas* lo que sigue: «Los cruzados no perdonaban á ningun infiel; á fin de que aquellos que habian profanado el santuario, lo purificasen con su propia sangre.» Alberto d'Aix, cuenta con referencia á historias oidas de la boca de los mismos peregrinos que acompañaron la primera cruzada, lo siguiente: «Las jóvenes, las matronas, aun las que estaban en cinta, fueron inmoladas; las infelices asustadas de la sangre se abrazaban gritando á sus verdugos, les besaban los piés pidiéndoles la vida; pero invocaban en vano la piedad de los vencedores; no perdonaron ni los niños de teta.» Basta.

#### IV.

¡La caída de Jerusalem! ¡Cómo la destrucción de estas grandes ciudades cambia las corrientes

de los hechos! No parece sino que en cada una de ellas se encierra una idea y que esta idea no puede volar sino rompiendo la ciudad donde está encerrada.

Lo cierto es, que la ruina de Babilonia señala completamente la conclusion de las antiguas teocracias mágicas; la ruina de Troya el comienzo de las épocas heróicas; la ruina de Tiro la difusion del espíritu griego por el Oriente; la ruina de Cartago el predominio en Europa de las razas indo-europeas; la ruina de Jerusalem por los romanos, la Era de la redencion; la ruina de Roma por los bárbaros, la Era feudal; la toma de Constantinopla por los turcos, la Era moderna.

Pues bien: la toma de Jerusalem por los cruzados, fugaz como es, parecida al sueño de una leyenda, representa, si no la ruina, el quebrantamiento y la declinacion del Feudalismo. En aquella ciudad se escriben por la mano del más puro representante del espíritu caballeresco, por Godofredo de Bouillon, los códigos feudales (Assises de Jerusalem), y estos códigos feudales, que parecen la firme constitucion de una sociedad ro-

busta, son el testamento de una sociedad moribunda.

Inmenso desierto, ¡cómo eres materialmente estéril! pero ¡cómo eres moralmente fecundo! En tus abrasadas tierras no puede vivir una flor, no puede cantar un ave; el simoun te azota con su aliento de fuego y la soledad te cubre con su sudario de tristeza; muchas veces la caravana errante perece de hambre y de sed en las candentes espirales, formadas por las movibles arenas que semejan semillas de muerte; y sin embargo, ahí, en tu seno ha formulado Moisés el código moral de la humanidad y ha escrito la idea de la unidad de Dios; en tu seno ha regenerado Cristo la conciencia humana después de largos días de ayuno y de silicio; en tu seno Mahoma ha levantado y fortalecido con una metafísica grandiosa la raza semítica, que parecía destinada á consumirse en el oprobio de una infancia eterna; en tu seno han visto las cruzadas alborear la idea, que es el complemento de la unidad de Dios, la idea de la igualdad entre los hombres; como si en ese tu seno, estéril para la vida de un día, se encerraran los secretos de

la inmortalidad, el alimento para la vida de todos los tiempos; como si inspirasen á la razón la sed inextinguible de la verdad y del bien, esa sed que calcina los huesos, pero que aviva las almas.

Los resultados de las cruzadas forman una revolución inmensa en el mundo de la Edad media. El Oriente que se había cerrado en las ruinas del mundo antiguo, amontonadas por los bárbaros, vuelve á abrirse. El peregrino sigue al soldado, pero el comerciante al peregrino. El oro de Ofir, el ámbar, la crugiente seda, vuelven á despertar los refinamientos de la vida social, y por consiguiente las necesidades del comercio. La sociedad se transforma. El comercio esparce el trabajo, como la luz el calor. El trabajo es, naturalmente, enemigo de la guerra, porque divierte las fuerzas empleadas en el combate del hombre con el hombre hácia el combate del hombre con la naturaleza. Entónces, á las orillas del Mediterráneo, va surgiendo el esplendor de esas hermosísimas ciudades, como Pisa, como Génova, como Venecia, como Barcelona, que en una ú otra forma son verdaderas repúblicas de comerciantes, y que de-

jan con las quillas de sus barcos una luminosa estela moral en la civilización.

Pero éstos no son los mayores resultados de las cruzadas, los mayores son el encuentro de los siervos y de los nobles en un mismo campamento, á la sombra de unas mismas banderas, sufriendo los mismos dolores y participando de las mismas esperanzas. El siervo se midió y se encontró igual á su señor. El señor vió la gran verdad, que á pesar de su evidencia se oculta siempre á las aristocracias, la verdad de que nada podía, de que nada valía, de que nada era sin el pueblo. Para escitarle á la guerra le prometía recompensas, y la recompensa más anhelada era la libertad!

Así es que entonces se comenzó á quebrantar la servidumbre, no extinguida completamente sino con la revolución francesa. Entonces nacieron los municipios, las comunidades de la Edad media. El municipio romano había muerto á las exacciones del Imperio. La dignidad de la curia desde el momento en que el decurion debía responder con su hacienda privada del tributo impuesto á todos los habitantes del municipio, esta dignidad tan

querida pasó á ser una carga horrible durante los últimos días del Imperio. Por todas partes se encuentran lápidas en que los ciudadanos dan gracias al Emperador por haberles privado de los ántes anhelados derechos de pertenecer á la curia, de dirigir los municipios. Así murió la gloriosa forma municipal romana destruida por el despotismo, que en todas partes siembra la esterilidad y la muerte.

Naturalmente, desde que el plebeyo fué guerrero, desde que el plebeyo fué comerciante á consecuencia de las cruzadas y de sus resultados, el plebeyo demostró que él también podía tener los dos timbres principales de la aristocracia: la fuerza y la riqueza. Y desde el momento en que hubo muchos plebeyos reunidos con estos atributos, hubo asociación; y desde que hubo asociación, hubo forma de asociación; y esta forma es la Comunidad que coincide con el movimiento de las cruzadas, y que dibuja los primeros delineamientos del Estado llano. Pero no olvidemos que el espíritu de una época es como el aire; todos lo respiran. La Iglesia, á pesar de su carácter pacifi-

co, se armó de la espada feudal y tuvo señoríos. La Monarquía, á pesar de su oposicion al Feudalismo, se fundó en el derecho territorial. La Comunidad tendrá el carácter feudal como todo en la Edad media, tendrá la forma de privilegio, pero no por eso dejará de ser contraria al Feudalismo y gérmen de igualdad la forma municipal. Cuando vemos estas instituciones, que son el gérmen de otras á cuyo amparo viven hoy felices los pueblos, debemos tenerlas por la humilde bellota, de la cual sale robusta la encina que desafiará más tarde á los siglos.

## V.

Pero hay un hecho culminante que domina toda la Edad media, desde el seno mismo del siglo undécimo hasta el seno del siglo décimo-quinto. Este hecho es la oposicion manifiesta entre el Imperio y la Iglesia; la lucha á muerte entre los dos

poderes rivales, el uno representante de la unidad material que flotaba sobre aquel mundo caóticos, y el otro representante de la unidad moral; los dos, el Imperio por su fuerza de atraccion y la Iglesia por su calor y por su luz, siendo reunidos lo que pretendia ser cada uno de ellos separado: el sol de aquella civilizacion.

El Papa habia comenzado por echarse humildemente á los piés de los primeros conquistadores. Él conjuró la cólera de Atila. Él, cuando Alarico entraba en Roma segando hombres con su espada, disponia una procesion á la tumba de los mártires, procesion escoltada por los bárbaros, y que demostraba ya el poder material de la nueva autoridad religiosa. Él, á riesgo del martirio, presentaba á Teodorico las quejas de los cristianos. Servidor de los conquistadores por la humildad de su actitud, es el dueño por el poder de su idea. César espiritual debe llamársele porque es el mediador interpuesto entre el cielo y la tierra. Él, salvaba en la Orden de San Benito los restos de las ciencias y en los Concilios los restos de la legislacion. Así los obispos con sus papas á la ca-

beza fueron para la restauracion del segundo Imperio romano, lo que habian sido los jurisconsultos para la fuerza legal del primero. El Papa fué el gran propagandista del Imperio.

En principios del siglo VIII, comienza una cruzada política á favor del ideal romano. Pero al mismo tiempo que los papas se levantan para enseñar el ideal del Imperio romano, se levantan para decir que ese ideal no está en Constantinopla. Con una consumada habilidad política comprenden que en la unidad está su fuerza, que el poder de la unidad se halla en el Imperio, pero que el poder del Imperio no puede estar, despues de la separacion de las dos autoridades traídas por el Cristianismo, en manos de los papas, sino en manos de los emperadores y que mientras los emperadores se hallen residiendo en Constantinopla, querrán ser los tutores del Pontificado, por considerarse los fundadores del Cristianismo.

Entonces hacen respecto á Constantinopla algo de lo que Constantinopla habia hecho, por medio de Constantino, respecto á Roma. Constantino

trasladó la silla del Imperio á Oriente porque Roma era la ciudad por excelencia pagana del antiguo mundo. El Papa por medio de una sutil revolucion, restaurará el Imperio romano de Occidente porque Constantinopla es la ciudad imperial por excelencia. Mientras esta ciudad continúe siendo la sede política de Europa, el Papa no podrá ser más que su patriarca. Así es que al coronar á Carlo-Magno, funda la federacion cristiana de la Edad media con dos presidentes, uno cual otro religioso; con dos cabezas, de las cuales tiene la una su tiara y la otra su corona; pero las dos la cruz, que es como la cúspide del mundo moderno. Naturalmente, la oposicion entre el Oriente y el Occidente que ha estallado en las guerras de Persia contra Grecia, de Cartago contra Roma, se reproducirá en el seno de la Iglesia, sin que pueda su aparente uniformidad salvar estas contradicciones. El mundo antiguo tuvo al fin que dividirse en Imperio de Oriente é Imperio de Occidente. La Iglesia se dividirá tambien, para probar la presencia de un solo espíritu en la historia.

Y como quiera que en el caos feudal no se concibe la posesion de la autoridad sin la propiedad de la tierra, el Papa pretenderá tener tambien sus dominios feudales y que los tengan los obispos, á fin de formar de esta suerte su poder político.

Las cesiones de Pipino serán el gérmen del poder temporal. La Iglesia conoce cuando recibe, que es demasiado reciente este poder, y supone que sus tierras eran una donacion de Constantino. El Dante lo creia tambien así y lanzaba maldiciones sobre la donacion de Constantino diciendo: ¡Oh de cuanto mal fu matrel Pero la verdad es que hasta el siglo viii jamás los papas habian tenido en tierras una señal de su poder religioso sobre el mundo.

El primer resultado de tanto poder material, de tanta tierra aglomerada en torno de la cátedra de S. Pedro, que hasta entonces solo habia necesitado de las alas de sus ángeles y de la palabra de sus pontífices; el resultado de la creacion de ese inmenso Imperio de Occidente, bajo la tutela religiosa de Roma, fué la primera division, el

primer trascendental fraccionamiento de la unidad cristiana.

Los emperadores de Oriente, hallándose en Constantinopla amenazados en sus dominios materiales por la propaganda guerrera del mahometismo, y en sus derechos políticos en su autoridad por el Imperio fundado en Romà, trataron á toda costa de separar del alcance de Roma el Oriente; y para separarlo comprendieron que el abismo más hondo era el abismo dogmático. Y así como Arrio habia en el siglo iv suprimido de su doctrina el Verbo para no cargar de dogmas orientales y metafísicos la conciencia estrecha de los bárbaros; Phocio, cinco siglos más tarde, suprime de su doctrina el Espíritu Santo, para que no crean los orientales su presencia posible en los Concilios de la Iglesia y en las palabras de los papas. Así penetra en Rusia esta Iglesia y la hace su eterna aliada. Despójase de las aspiraciones políticas de Roma, casa sus clérigos, opone un deismo metafísico al deismo armado de los turcos, y se asienta inmoral como un sacerdote asiático, cargado de amuletos y de fórmulas misteriosas,

á las puertas eternas del Oriente, esa cupa de los dioses, esa region de los misterios.

Podria imaginarse que creado el Imperio de Occidente por la Iglesia, habia de ser la criatura fiel á su creadora. Pero en la sociedad reina una ingratitud implacable, no siendo posible de otra suerte que se cumplan las misteriosas leyes históricas.

Las almas se apartan de sus metrópolis como las conciencias viriles se apartan de las teocracias que las han alimentado á sus pechos; como los pueblos todos se apartan de las instituciones que los han servido en su infancia. Y así como nacen las aves con los instintos viajeros, nacen las generaciones con el odio instintivo á la idea que han de acabar, á la institucion que han de destruir. De suerte que por un gran concurso de estas leyes históricas, nunca bastante apreciadas, nunca bastante comprendidas, aquellas dos instituciones que tan estrechamente se habian hermanado sobre la Edad media, como para inspirarla de un solo espíritu y robustecerla con una sola fuerza, se declararán guerra á muerte,

y llenarán con esta guerra la sociedad misma á que intentaron dar el soplo de la vida.

Desde luego en estas luchas hay progreso. Todo movimiento material desarrolla calor y todo movimiento moral vida. Las sociedades se mueren cuando la inmovilidad las momifica. Puestos frente á frente el Papa y el Emperador, los obispos y los señores feudales, mutuamente se perfeccionan y mutuamente se completan. Uno de los poderes busca la plebe para moverla contra la autoridad civil. El otro fortifica la autoridad para volverla contra la teocracia. Luchan, y luchando se completan. La cuestion de las investiduras se plantea en el momento en que el Pontificado llega al apogeo de su grandeza, al zenit de su gloria. Desde luego es muy difícil de trazar la linea que separa la autoridad espiritual de la autoridad temporal. Toda magistratura tiene algo de religiosa; todo sacerdocio tiene algo de político. Cuando el Papa lanzaba la excomunion y la excomunion tenia fuerza coercitiva, el Papa era rey de los reyes. Así el emperador Enrique IV, excomulgado se parece al rey Leav, yen-

do como una sombra por las orillas del Rhin, como si hasta la tierra rompiera en sublevación y se levantara bajo sus plantas; perseguido como una fiera por su hijo que creía servir á Dios maldiciendo á su padre, porque su padre fué maldecido por la Iglesia. Pero desde el momento en que, arrancando á las manos paternas toda su autoridad, se erigió en César, volvíase contra los papas y se negaba á reconocer en ellos los únicos dispensadores y confirmadores del ministerio episcopal. Protestaba de su completa adhesión á las libres elecciones de los obispos, pero pretendía confirmarlos dándoles el derecho á las regalías y exigiéndoles el deber del vasallaje. Para combatir estas pretensiones, el Papa no se contentó con su propia autoridad y se fortificó con la autoridad de los Concilios; pero aquel Emperador, que habia perseguido á su propio padre por desobediente á la Iglesia, armó un gran ejército, pasó los Alpes, acampó en las llanuras de Lombardia, y mantuvo sus pretensiones altas, no solamente con el poder de sus razonamientos, sino aturdiendo á los pontífices con el

ruido de sus lanzas. Levantó los antipapas contra los papas, reunió auxilios, amenazó á Roma como en los tiempos de Alarico ó de Atila. Pero el siglo XII era esencialmente pontifical, y el litigio de las investiduras debia sentenciarse y decidirse con arreglo á las aspiraciones de los pontífices.

Y sin embargo, ¡cuántas veces, aquellas mismas huestes de pueblos bárbaros que habian recibido de sus manos el bautismo, y que se habian desparramado por los desiertos al eco de su voz que los llamaba á la guerra santa, luchaban con el Papa y lo tenian prisionero como al más vulgar de sus enemigos! Inocencio II fué á combatir al normando Roger que se negaba á reconocerle cierta supremacía feudal, y cayó en sus manos prisionero. Y no solamente habia estas sublevaciones materiales sino tambien grandes sublevaciones morales que anunciaban la reforma. Un jóven, célebre por sus desgracias y por sus amores; un jóven á quien habia amado con todo el ardor de una vida nueva la mujer acaso más elocuente que recuerda la historia; un jóven obligado á encerrarse en los claustros cuando habia

nacido para la sociedad; tribuno del pensamiento, precursor de la futura emancipación, enardecido con esa inquieta fé que asalta á todos los iniciadores de las nuevas ideas; Abelardo, en una palabra, arrojó al viento las semillas de los hereges y se las vió bien pronto convertirse en hechos prácticos, y acercarse hasta Roma misma en la persona de aquel Arnaldo de Brescia, orador elocuentísimo, que combatía el poder temporal, y en cuya persona comenzaban á tomar cuerpo y voz las nuevas ideas.

Y cuando en los campos de Lombardia, al pié de los Alpes, que parecen los altares eternos de la libertad, á las orillas de los celestes lagos, veíase de un lado dibujarse el ejército de hierro que mandaba Federico Barbarroja, y de otro lado el ejército de las ciudades italianas, que podríamos llamar ejército de oro, como compuesto de trabajadores y de comerciantes, con sus carros de cuatro ruedas tirados por bueyes donde iban colosales crucifijos, á cuyos piés flotaban las banderas lombardas sobre todos aquellos cascos, adargas, picas, lanzas; lo que en realidad se dibujaba eran

las sombras de los poderes rivales entregados uno y otro á la sangrienta propaganda de la guerra: la sombra del Sacerdocio y del Imperio.

Al comenzarse el siglo décimo-tercio parecía que el mundo político era ya definitivamente del Papa, puesto que se hallaba ocupado, henchido por la augusta personalidad del grande Inocencio III; un Gregorio VII por el carácter y por la idea; más feliz que Gregorio VII por el poder y por la fortuna. Singular es, en verdad, este siglo décimo-tercio, que se anuncia y comienza siendo muy unido á Roma y concluye suscitándole una muchedumbre de enemigos que se levantan de súbito, en grande contraste de este siglo con la severa imparcialidad. Examínese la ley propia de la historia y se la verá resplandecer en todos los hechos. Comienza con la derrota de los albigenses en el Mediodía de Francia, que intentaban traer la heregía al corazón de Europa, y con la derrota de los almohades en el Mediodía de España, que intentaban llevar el islamismo hasta las bóvedas del Vaticano, hasta el cerebro de Europa. Comienza con aquel Jaime I que conquista Valencia y Ma-

llorca para rescatar las faltas de su padre; con aquel Fernando III que conquista Córdoba y Sevilla para seguir la epopeya de su glorioso abuelo; con aquel San Luis que, ora bajo las ramas de la encina de Vincennes, ora bajo las airosas ojivas de la Santa Capilla de Paris, ora en los desiertos de Africa y ora en el tumulto de los combates, parece el ideal sagrado del rey católico en la Edad media. La *Suma Teológica* es el resumen magnífico de esta exaltacion del espíritu.

Y este mismo siglo concluye con Alfonso X, que acepta la heregía cosmogológica y sueña con una creacion superior á la creacion divina; concluye con Sancho IV, que desafía las excomuniones de la Iglesia; concluye con Federico II, que se gloria de un audaz ateísmo; concluye con Pedro III de Aragon, que se cree con poder de arrancar á los santos en los altares milagros contra los soldados del Papa. Habia comenzado con el Papa Inocencio III, que vive pacífico, respetado, seguido de los pueblos, y concluye con el Papa Bonifacio VIII, que muere perseguido, desterrado, abofeteado de los reyes. Al concluirse la pri-

mera mitad surge la *Suma Teológica*, ese reconocimiento de la superioridad eterna de Roma, y al concluirse la segunda mitad surge la *Divina Comedia*, esa rebelion del espíritu poético y legendario de la Edad media contra la autoridad política de Roma.

## VI.

¡Cómo el siglo décimo-cuarto nace completamente señalado por el carácter singular de los hechos acaecidos en sus comienzos! Con qué fuerza, con qué ímpetu cambia la corriente de las ideas, dirigiéndose á nuevos horizontes! Se diría que sus generaciones vienen á la tierra con otro espíritu en la mente y con otra sangre en las venas.

Cuánta diferencia de aquel suelo cruzado por las expediciones feudales, al suelo municipal que empieza á ser fecundado por el trabajo del siervo recientemente manumitido! Cuánta diferencia de

llorca para rescatar las faltas de su padre; con aquel Fernando III que conquista Córdoba y Sevilla para seguir la epopeya de su glorioso abuelo; con aquel San Luis que, ora bajo las ramas de la encina de Vincennes, ora bajo las airosas ojivas de la Santa Capilla de Paris, ora en los desiertos de Africa y ora en el tumulto de los combates, parece el ideal sagrado del rey católico en la Edad media. La *Suma Teológica* es el resumen magnífico de esta exaltacion del espíritu.

Y este mismo siglo concluye con Alfonso X, que acepta la heregía cosmogológica y sueña con una creacion superior á la creacion divina; concluye con Sancho IV, que desafía las excomuniones de la Iglesia; concluye con Federico II, que se gloria de un audaz ateísmo; concluye con Pedro III de Aragon, que se cree con poder de arrancar á los santos en los altares milagros contra los soldados del Papa. Habia comenzado con el Papa Inocencio III, que vive pacífico, respetado, seguido de los pueblos, y concluye con el Papa Bonifacio VIII, que muere perseguido, desterrado, abofeteado de los reyes. Al concluirse la pri-

mera mitad surge la *Suma Teológica*, ese reconocimiento de la superioridad eterna de Roma, y al concluirse la segunda mitad surge la *Divina Comedia*, esa rebelion del espíritu poético y legendario de la Edad media contra la autoridad política de Roma.

## VI.

¡Cómo el siglo décimo-cuarto nace completamente señalado por el carácter singular de los hechos acaecidos en sus comienzos! Con qué fuerza, con qué ímpetu cambia la corriente de las ideas, dirigiéndose á nuevos horizontes! Se diria que sus generaciones vienen á la tierra con otro espíritu en la mente y con otra sangre en las venas.

Cuánta diferencia de aquel suelo cruzado por las expediciones feudales, al suelo municipal que empieza á ser fecundado por el trabajo del siervo recientemente manumitido! Cuánta diferencia de

aquella familia, aterrada por las amenazas celestes, á esta familia que siente el yugo de los privilegios! Cuánta diferencia de las iglesias bizantinas, bajas, estrechas, oscuras, á estas iglesias góticas, ceñidas de guirnaldas, que se lanzan audazmente con sus agujas caladas de encajes al cielo de lo infinito! Cuánta diferencia de las crónicas monásticas, breves, aterradoras, escritas con mano trémula, á las crónicas civiles que empiezan ya á tener el carácter de la historia! Cuánta diferencia de la leyenda de Roberto á los cuentos de Bocacio, y de los milagros de Berceo á las irónicas sonrisas del arcipreste de Hita!

Las nacionalidades que durante los siglos anteriores habian sido como grandes montones de polvo que el viento dispersaba, comienzan á tomar cohesion en este siglo. Las cruzadas, que eran las guerras permanentes mantenidas por los ejércitos permanentes del Papa, se detienen, se interrumpen, retroceden, como si ya hubieran cumplido su destino, que era no tanto conquistar á Jerusalem como quebrantar el Feudalismo.

Los reyes y los señores feudales pelean unos

contra otros en guerras cuyo número apenas puede contarse, pero cuyo resultado es dejar cada día más débil á la aristocracia. El influjo político del Papa se pierde. A sus cánones, á sus fórmulas, á su moral rigida, á sus invocaciones teológicas, sucede la siniestra razon de Estado. Por una reaccion contra la implacable ortodoxia, los poderes civiles se arrojan en el implacable crimen. No hay palabra cumplida, no hay juramento guardado, no hay ley moral observada, no hay voz de la naturaleza que sea oida, no hay lazo de la familia que sea sagrado. Parecen todos sus hombres de Estado una especie de esqueletos morales en que la virtud no ha puesto ni una fibra de sus rosadas carnes. Nunca se vió tan claro la gran cantidad de mal que entra en la vida. Nunca tampoco se vió tan manifiesta esa fuerza vital que tienen las sociedades humanas en cuya virtud convierten el mal mismo en progreso, como las fuerzas químicas de la naturaleza convierten la corrupcion en nueva vida.

Las sociedades civiles, al comenzar una manera de emancipacion todavía no completa, se pare-

cen al jóven que, sintiendo hervir su sangre, cree darse á sí mismo carta de emancipacion saltando sobre todos los respetos sociales.

¡Qué de traiciones, qué de bajezas, qué caracteres tan monstruosos! Parece el mundo moral esas selvas tropicales donde por todas partes, en aquella exuberancia de vida, se respira el frio aliento de la muerte.

Los Viscontis reinan en Milan por una traicion contra los Torriani; los jefes de Forli por el sacrificio de sus aliados; los de Agobbio por la inmolacion de su propia familia; Juana I para gobernar á Nápoles pasa sobre el cadáver de su esposo; un puñal abre en Francia el camino á Carlos el Prudente; otro puñal en Castilla el trono á los Trastamaras; otro puñal en Aragon la victoria á Pedro IV; una cuchilla en Inglaterra el poder á Eduardo III; como si el mundo hubiera arrancado su conciencia á los altares para ponerla en los cadalsos.

El terror se apodera de la sociedad, ese terror horrible con que se inician todas las reformas. La aristocracia romana comenzó con un parricida,

Bruto; la democracia con otro parricida, el padre de Virginia; el Imperio con asesinos como Augusto, Tiberio y Neron; la Edad media con génios de destruccion, con seres exterminadores que parecen creaciones de una imaginacion en delirio, como Alarico y Atila; el Feudalismo con depredaciones de caballeros tan perversos, que su tiempo los creyó hijos del diablo, como Roberto; la uniformidad religiosa de Occidente con inquisidores como Torquemada y Eumenides, como Catalina de Médicis; la revolucion francesa con tribunos ébrios de sangre como Marat.

Pues bien: este siglo décimo-cuarto, interpuesto entre la Edad media y el Renacimiento, será el siglo del terror. Los Carvajales emplazan á Fernando IV de Castilla, ante el tribunal de Dios, desesperados de la justicia de los hombres. Don Jaime II de Aragon es llamado el Justo, y sin embargo ha abandonado á sus súbditos de Italia, y ha combatido á su hermano D. Fadrique. Don Alfonso IV de Aragon es llamado el Benigno, y sin embargo ha quebrantado la herencia de su hijo. Margarita de Borgoña se dibuja en este

tiempo como una furia sobre el trono de Navarra. Todavía parece que se ve su sombra en las orillas del Sena donde ha dejado indeleble rastro de sangre. El grande Alfonso XI deja en los hijos de sus adulterios la horrible levadura de largas perturbaciones. D. Juan el Fuerte es el crimen armado. Parece que no late un corazón en su pecho y que la conciencia se ha extinguido en su cerebro. Malo llamará eternamente la historia á D. Carlos de Navarra. El del Puñalet llamará al sombrío y taimado Pedro IV de Aragon.

El tipo de este tiempo es Pedro el Cruel de Castilla. Todo sentimiento humano ha muerto en su pecho; toda idea de justicia en su conciencia. Ha pasado la vida bañándose en sangre. Al rededor de su trono, solo se descubren cabezas separadas de sus troncos, vientres humeantes, mares de sangre caliente, el incendio, la matanza. Comenzó sus crímenes por enviar un escudero de su madre á Talavera, para asesinar á doña Leonor de Guzman, favorita de su padre, madre de los Trastamaras. Cuando su hermano D. Tello apareció ante el rey en Palenzuela, para pres-

tarle homenaje, éste le dijo: « Sabedes, D. Tello, como vuestra madre doña Leonor es muerta ». Muy jóven todavía mandó matar en Búrgos al adelantado Garcilaso de la Vega, y arrojar su cadáver por un balcon del palacio. Gozóse más tarde en presenciar el suplicio de D. Alonso Coronel decapitado ante sus ojos tambien. Entregó al verdugo la cabeza del maestre de Calatrava para entregar el maestrazgo á un hermano de su favorita. Estando casado con doña Blanca, presa y olvidada, se casó religiosamente con doña Juana de Castro, esposa de una noche. Veinte y dos hombres buenos del Concejo de Toledo fueron decapitados en un solo dia, por haber intercedido á favor de doña Blanca; muchos ciudadanos pasados á cuchillo. El hijo de un platero toledano, ofreció su propia cabeza para salvar la cabeza de su padre, y el rey aceptó el cambio. Cuando entró en Toro, vencedor de la liga, mató casi en los brazos de la reina doña María, su madre, á dos caballeros. La reina maldijo sus propias entrañas salpicadas con la sangre de las víctimas del mónstruo á quien habia engendrado.

Por toda respuesta se vió muchos caballeros colgados ante sus ojos de las horcas levantadas por D. Pedro. Las crueldades de Toro se reprodujeron más tarde en Sevilla. Mandó á los ballesteros que mataran á su jóven hermano D. Tello, el cual fué herido y rematado como un toro en uno de los patios del oriental palacio. La tradicion popular todavía cree ver las manchas de la sangre en las vetas del mármol. El caballero mayor del infante, para libertarse de la muerte, tomó por escudo la hija del rey, la Padilla, doña Beatriz. El rey le arrancó el precioso escudo, le clavó su propio puñal en el pecho, y como se retorciera el infeliz sobre el pavimento con los horrores de la agonía, mandó á uno de la comitiva real que lo rematara. Despues se sentó á comer en la misma pieza donde humeaba la sangre fraternal. Como D. Juan su primo le reclamara el prometido señorío de Vizcaya, matóle despues de haberle desarmado, y arrojándole por el balcon dijo á los vizcainos: «Ahí teneis al que os pedia ser señor de Vizcaya». Estando en Búrgos por entonces, le presentaron seis cabezas de otros

tantos caballeros andaluces y castellanos en un plato. No perdonaba ni siquiera la debilidad de las mujeres. Mató á su tia la reina doña Leonor; envenenó á su cuñada doña Juana de Lara, y á su prima doña Isabel, esposa del infante asesinado en Bilbao. Un dia que estaba el frontero don Pedro Alvarez de Osorio comiendo en Villanubla, cayó sobre su cabeza la maza de Juan Diente, el principal de los asesinos adscritos á las órdenes del rey. Dos hijos de Fernan Sanchez fueron degollados en Valladolid, y el arcediano de esta ciudad lo fué ocho dias más tarde en Búrgos. Un sacerdote de Santo Domingo de la Calzada, le anunció que en sueños le habia visto asesinado por su hermano D. Enrique. El rey lo mandó quemar por agorero. Entrególe D. Pedro de Portugal, el amante de la célebre doña Inés de Castro que reinó despues de morir, los castellanos refugiados en sus dominios y los degolló á todos. Hasta á sus mayores amigos alcanzaba tan desenfrenada rabia. El repostero mayor, uno de sus más leales servidores, fué asesinado en Alfaro por un balletero que presentó la cabeza al rey.

Samuel Levi, muere descoyuntado en el tormento por haber construido tan rica Sinagoga en Toledo, que le acusaba de poderosísimo y no haberse encontrado tan fabulosas riquezas. Doña Blanca de Francia, esposa de D. Pedro, que había pasado la vida de calabozo en calabozo halló al fin la muerte en manos de uno de los ballesteros de su mal marido. Los sentimientos de la familia, los respetos de la hospitalidad, todo era hollado por el bárbaro. Decapitó al rey Bermejo de Granada con treinta y siete moros, todos sus huéspedes, y en medio de la plaza de Sevilla amontonó las cabezas para que las contemplara el pueblo.

Y sin embargo, este rey tan criminal ha pasado á ser popular en la literatura y en las tradiciones. El pueblo de Sevilla enseña al viajero con respeto los lugares que guardan algun recuerdo del mónstruo. La Vieja del Candilejo es una de las tradiciones más sabidas; la historia del zapatero una de las enseñanzas favoritas del labriego, que las repite diariamente en los oídos de sus hijos. Aquel maravilloso alcázar de Sevilla donde todo convida, el rumor de sus fuentes, el aroma

de sus bosquecillos, el encaje de sus orientales paredes, á los placeres de amar y de vivir, manchado por las sombras de sus fratricidas, guarda, sin embargo, en sus largas y espaciosas galerías, en sus misteriosos y cincelados apartamentos, el nombre del rey asesino y de su amada, ocasion de tantos crímenes, como un talisman de leyendas y de poesía. No habrá un solo viajero que no se haya detenido estático á contemplar los góticos baños de la Padilla, por cuyas puertas se ven pedazos de aquellos horizontes sin rival y se perciben aromas de aquellos jardines sin esmejante. Y no solo parece que las piedras han rehabilitado la funesta figura con la poesía de sus recuerdos, sino tambien la historia en la inflexibilidad de sus juicios. Y el teatro español, ese panteon de todas nuestras glorias, ese templo de todas nuestras ideas, ese museo donde están pintados y en relieve para toda la eternidad nuestros más vivos sentimientos, ese olimpo donde pasean con su ceño adusto pero con su corazón franco y entero nuestros padres; el teatro español lo ha presentado como el modelo de la

autoridad, como el representante de la justicia.

No somos amigos de rehabilitar mónstruos, enfermedad de las escuelas viejas que solo viven de las herencias de la historia y que tienen cerrados los horizontes de la esperanza, mas comprendemos y nos explicamos la rehabilitacion de D. Pedro por la falta de conciencia en su siglo, por las traiciones que lo manchan, por las guerras fratricidas que lo dividen y ensangrientan, por las bajas intrigas de la córte que lo envilecen, por las artimañas, doblez, falsías, infamias de aquellos señores que en todas partes sembraron iguales maldades y en ninguna tuvieron un verdugo tan bárbaro pero tan inflexible que pusiera la planta sobre sus infernales cabezas!

Cuando el crimen era como la ley del siglo, no parece sino que aquel que los sobrepujó á todos en infamias comprendia mejor que todos el destino de su siglo: la descomposicion, la corrupcion. Sardanápalo, Baltasar, Heliogábalo, D. Pedro el Cruel, grandes corruptores, grandes destructores, grandes homicidas, grandes infames, pero tambien grandes iniciadores de una nueva

época. El mar se remueve por la tormenta, el aire se purifica por el rayo, la semilla se abre por la podredumbre.

Detengámonos aquí donde la Edad media se pudre porque la Edad media se concluye. El siglo décimo-quinto pertenece ya á la Edad moderna, por la aparicion de los hereges, que señala un cambio en la conciencia religiosa, por la aparicion de la antigüedad, que señala un cambio en las inspiraciones artísticas; por el descubrimiento de la imprenta, que señala una igualdad en las inteligencias, precursora de las futuras democracias; por el hallazgo de las Indias orientales y de las Indias occidentales, de la vieja Asia y de la joven América, que muda así las ideas de la conciencia humana como la estructura del planeta, impulsado á una carrera triunfal por el vapor cuasi divino de la idea. Son ya otros tiempos, y no obstante quedar sus ideas y sus pasiones fundamentales, parece como que una nueva humanidad habita desde entonces en una nueva tierra. Así es la historia; una muerte continua y una continua resurreccion.

---

## TURQUÍA

EN LA

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARÍS

---

### I.

El Oriente llama con gran poder nuestra atención, porque si está lleno de luz y de colores para los ojos, está lleno de sombras y de misterios para el espíritu. Se nos aparece el Oriente inundado de sol; teñido por todos los matices que puede mezclar la paleta más rica; surcado de ríos sobre los cuales se deshojan á porfía las flores como si quisieran de intento perfumarlos y embellecerlos; cortado aquí y allá por bosques de palmeras bajo cuyas oscuras coronas levanta el granado sus claras hojas tachonadas de corales; lleno de mezquitas enriquecidas por el esmalte

del oro, el azul claro, el rosa inimitable, el verde esmeralda, la profusion de todos los tonos fuertes; adornado con sus tapices más ricos aun en vida y en color que sus jardines; adormecido por el opio, por la música melancólica y por el aroma voluptuoso que se desprende del pebetero de plata cincelada; y entre tanta vida, tanta luz, tantas armonías, tantos arreboles, cargado de una raza bellísima por su figura escultórica y por sus ojos profundos, pero sumida en una quietud soñolienta, apoplética que semeja mucho á la triste anticipacion de la muerte. Lo primero que me llama la atencion en las varias exposiciones orientales, y lo que más la fija, es el tipo vivo, el mensajero en carne y hueso que cada pais oriental nos ha enviado. No son estos como los japoneses y los chinos, unos séres raros, cuyas facciones chocan á nuestra vista y hieren nuestros sentimientos estéticos, sino hombres de viril hermosura; frente ancha, ojos negros, tez mate, boca grande, verdadera ventana, como todas las bocas grandes, del corazon franco, apuesta y elegante estatura, pelo negro y rizado que

parece una corona de ébano. El turco se viste á la europea, y solo toma como distintivo de su raza, el rojo gorro griego que contrasta admirablemente con el color profundamente oscuro y el brillo sedoso de sus cabellos. Pero los egipcios visten túnicas rayadas de todos colores, ceñidas á la cintura con fajas de sedas, sobre las cuales descansan los puñales y las pistolas adamasquinadas, túnicas admirablemente acompañadas por el alquicel blanco y el turbante grana; ese traje esencialmente artístico, ese traje de las razas religiosas, de las razas sacerdotales, de las razas que tienen el sentimiento del color y de la armonía. A la puerta del palacio del vi-rey habia ayer un negro. Su tez brillaba como si fuera de bruñido mármol. Sus facciones tenian toda la regularidad de las facciones europeas. Al través de sus lábios ligeramente abultados enseñaba los dientes de un marfil brillantísimo, una túnica de lino blanco, desceñida por completo de la cintura, caía desde su garganta en pliegues de tal gracia, que parecian como cincelados por un artista. Asemejábase á una figura de mármol blanco de Páros termina-

da por una cabeza de mármol negro, y destinada á embellecer la puerta de algunos templos donde duermen los dioses de la naturaleza ó de servir á alguna Cleopatra reina de Egipto, que pudiera levantarse del pié de las pirámides á la evocacion de los magos. Así en las exposiciones mentales vemos todo ese mundo del cual solo quedan en Andalucía las ruinas; ese mundo que Lacroix ha pintado, que Victor Hugo ha descrito, y que Zorrilla ha popularizado en España por medio de aquellos versos tan sonoros como el cimbrear de las palmas, cuando las agita el viento del desierto. Pero nos hemos propuesto visitar la Exposicion turca, reduzcámonos á Turquía.

## II.

Tres son los edificios que en el Parque posee Turquía: unos baños, una mezquita, un pabellon de las orillas del Bósforo. Los baños con su cú-

pula sembrada de círculos por donde al través de los cristales entra el sol, me han recordado nuestros baños árabes de Córdoba, Sevilla y Granada. Pero les falta mucho á los baños turcos de la Exposicion para llegar hasta aquellos azulejos, llenos de inimitables laberintos de líneas esmaltadas con vivísimas deslumbradoras piedras de todos colores. Le falta mucho á la cúpula de estos baños, por hermosa que sea, para ostentar, como en Granada, las graciosas estrellas por donde entra la viva luz del Mediodía y que parecen recordadas de pedazos del firmamento. La mezquita es pequeña, pero muy graciosa. Todos estos edificios del parque son decoraciones de yeso. Y en estas decoraciones de yeso y ladrillo, si bien la ilusion es mayor porque la realidad es mayor que en las decoraciones de carton, el arte de un día no puede reproducir los tonos que dá el tiempo á los edificios, ni el parque puede darles el marco de un campo oriental ó de un barrio asiático. Una de las bellezas mayores de la arquitectura, es su conformidad con la naturaleza que la rodea. Es tan difícil trasplantar á Paris la Alhambra, como

es difícil trasplantar un limonero, un granado, una palmera. Si quereis ver estos hermosos árboles que en nuestras costas del Mediodía crecen al aire libre, habeis de verlos prisioneros entre los hierros y los cristales de una estufa, arrastrados como inválidos en grandes cajones de madera pintada de verde. No de otra suerte están sobre el campo de Marte los edificios del Oriente. No otra cosa que una planta de estufa es la mezquita construida por Mohammed I en 1412 y reproducida en el campo de Marte, á la derecha del puente de Jena y no lejos de los edificios ingleses. Su arquitectura es el género bizantino engrandecido por los adornos orientales. A cada lado de la puerta mayor hay como dos jaulas inmensas, con columnas de pórfido y rejas doradas. La una es para las abluciones. Allí está la fuente y allí están las cazuelas de hierro suspensas de cadenas doradas para recoger el agua. En estos indolentes pueblos orientales, se ha de elevar la limpieza á ser un precepto religioso. Y así todavía se lavan difícilmente. La otra especie de jaula es para colocar los relojes destinados á señalar

con exactitud las cinco horas precisas de las cinco oraciones fundamentales. En el vestibulo el musulman se deja las babuchas para entrar descalzo en el santuario de Dios. La cúpula está adornada de colores vivos y el suelo cubierto de alfombras asiáticas. En el fondo hay una especie de capilla donde las piedras son de colores más vívidos y los adornos de más esplendor. Es el mihrab, el punto que indica la direccion de la Meca, del sepulcro donde tienen puestas los mahometanos todas sus esperanzas religiosas, fuente perenne de sus creencias. Puede decirse que dos sepulcros dominan hoy el mundo moral: el sepulcro de Mahoma el Oriente, y el sepulcro de Cristo el Occidente. A la derecha de la puerta mayor hay una tribuna que se asemeja mucho á nuestros púlpitos góticos. El skiosco del Bósforo es indudablemente uno de los edificios que tienen más gracia y más coquetería en el parque. Es necesario verlo para comprender toda su belleza. En el suelo vistosas alfombras; en las paredes tapices de todos colores; al pié de los tapices muebles, cojines de damasco riquísimos; en frente de los co-

gines las mesitas con sus grandes pipas y sus bandejas de oro llenas de tazas de café; en el centro de la estancia la fuente que arroja á los aires agua de esencia de azahar y de rosas, la cual cuando cae en el pilon de mármol juega, con los pececillos, y en la alta cornisa una galería de agimeces con vidrios admirablemente pintados, al través de los cuales penetra la luz oriental como una lluvia de reflejos, de esmaltes y matices, como una orgía de colores. Pero digo lo de siempre: no es aquí donde han de verse estos edificios, sobre el suelo cubierto de barro, bajo un horizonte velado por nubes pardas, entre chimeneas ahumadas por el carbon de piedra, ó bosques de un color oscuro. Es necesario verlos alzándose en scutaris, sobre terrazas de una gradería inmensa, á cuyas piedras se agarran los jazmines, las pasionarias y los rosales de Oriente; teniendo á las espaldas el Asia y sus colinas sembradas de cipreces y de mirtos, bajo cuyas ramas se elevan los blancos sepulcros mahometanos; en frente la severa línea de las costas de Europa y las lejanas montañas cubiertas de una gasa celeste por las

refracciones maravillosas de esa maga de los paisajes que se llama la luz; á las puertas el agua dormida como un lago jugueteando con las barcas que despliegan sus velas, tan blancas como las alas del cisne; á los piés Constantinopla, con sus cúpulas doradas y sus minaretes y sus palacios, y sus terrados llenos de macetas, y sus melancólicos jardines y sus mezquitas de mil colores, y sus templos bizantinos; halagados todos los sentidos; el olfato por los perfumes del pebetero y por los aromas de los campos; el oído por los cánticos de las jóvenes musulmanas, mezclados á los agudos gritos del cierzo; y la vista por aquel cielo y aquel mar que al unirse y besarse en los confines del horizonte parece que pintan con su reflejos lo infinito en el espacio, y que ocultan un mundo no señalado de poesía en sus deslumbradores arreboles.

## III.

Se entra en la Exposición otomana desde el parque ó bien por la calle de Africa ó bien por la calle de Rusia. La galería de las máquinas puede ofrecer poco de particular, porque no son estos los pueblos fabriles capaces de luchar con la naturaleza hasta metamorfosearla en un cilindro y robarle sus fuerzas en una caldera con émbolos ó una rueda. Dos máquinas hay. Es la una el telar antiguo de tejer tapices, y es la otra una máquina no ménos primitiva de moler el grano. En la sección de materias primeras, Turquía ha expuesto una infinidad de minerales: plomo, plata, oro, hierro, mercurios, zinc, sales de la Trácea, de la Thesalia y de las lagunas del Danubio. Tienen estas tierras un prestigio histórico tan grande que atraen el ánimo á contemplar sus productos. Parece que mirando algo de ellos se nos ha de pegar necesariamente una de las inspiraciones que

ese suelo brotaba, digámoslo así, espontáneamente. Hay azufres de Jerusalem y un grande cristal de amatistas que proviene de Salónica. Los mármoles de Panderma llaman la atención por sus varios brillantísimos colores. Hay jaspes de maravillosas tintas. Los artistas franceses han presentado muebles europeos, como chimeneas, consolas y relojes de este maravilloso jaspe. Tienen también los turcos una gran riqueza forestal, y esencias embriagadoras y pieles apreciabilísimas. En botellas oscuras se ve el antiguo vino de Chipre, con el que se embriagaba Anacreonte; en blancos tarros la miel de Chio que alababa Horacio. Damasco, Alepo, exponen blancos algodones; riquísimas lanas Esmirna. En la sección de menajes y de vestiduras hay preciosísimos objetos. Cincelan con un arte exquisito desde las armas del cazador hasta el brazalete de las mujeres. Sus tejidos de sedas guardan todo el encanto del incomparable color que esa raza lleva en sus ojos empapados en los matices de Oriente. El escaparate del centro donde se ven ejemplares de los vestidos, materialmente deslumbra. Entre

todos descuella un traje de señora turca. Es de raso blanco tan fuerte que parece un tejido de hilos de plata. El bordado de oro es un portento de delicadeza. Sobre este vestido cae una especie de levita de púrpura tan bella y tan recamada de oro que la mujer que la vistiese, aun con poca belleza, pareceria, realizada por aquellos reflejos, una huri del paraiso mahometano, vestida de estrellas. Pero al lado de esto hay saragüelles como los de nuestros hortelanos de Valencia; chaquetillas cortas bordadas como las de nuestros majós de Andalucía; largas túnicas de tosca lana rematadas por pieles como las túnicas de los habitantes de Rusia; y calzones bombachos de lana verde y ricas bordaduras de oro como los que llevan los grandes capitanes en nuestra fiestas populares de moros y cristianos. Permitidme aquí un recuerdo de mi infancia. En algunos pueblos de Valencia se dan estas fiestas, que consisten en simular una batalla dos dias seguidos, en tomar y perder un castillo; y á pesar de nuestra ortodoxia y de nuestro patriotismo, recuerdo que se sabia muy bien vestir á la manera mora y muy mal vestir á la

antigua manera cristiana: tan profundamente arraigados quedan en nuestra patria los recuerdos de la dominacion árabe. En la seccion de menaje son muy de notar los tapices y las alfombras. Vi allí un armario de madera de olivo maqueado de nácar, que me pareció verdaderamente notable. De candelabros, de platos, de pipas, de tacitas para café, hay infinidad de ejemplares. El mueblaje turco revela un pueblo indolente. Sus sillas son camas, donde el oriental se duerme y pasa una gran parte del dia en soñar despierto, con los ojos puestos en la techumbre y los lábios en la pipa.

#### IV.

En las esferas de las artes liberales, Turquía ofrece bien pocos objetos dignos de estudio. Los más notables son los instrumentos de música, muchos de ellos desconocidos entre nosotros. Sin

embargo, he visto dulzainas, tamboriles, castañuelas que me han recordado mi patria. Dice la comision turca en su informe que todas las músicas militares de Europa se proveen de címbalos en Turquía, y que la exportacion de estos instrumentos sube á muchos millares de francos. Calculan seiscientos mil por año. De imprenta apenas han presentado nada. Se enorgullecen de unos preciosos libros armenios; pero esos libros han sido impresos en Venecia. Los objetos de escritorio que en todos los pueblos civilizados han obtenido tanta variedad y riqueza, están allí en una impotente infancia. No conocen ni las plumas de ganso, ni las plumas de acero. Se sirven de cañas que necesitan cortar á cada momento y que mojan en tinteros llenos de tintas de muchos colores. Naturalmente, de pintura y de escultura nada pueden ofrecer. Algunos cuadros que hay son verdaderas sublevaciones contra la ley religiosa, que les prohíbe reproducir ni en la seda ni en el lienzo, ni en el mármol, los seres animados. ¡Qué reflexiones hacia ya sobre la tésis de si las inspiraciones artísticas provienen de la naturaleza ex-

terior, de la complexion fisiológica del hombre; ó provienen de sus ideas, y del desarrollo que las ideas reciben por la educacion!

Pertenece las razas meridionales, á estas razas que son esencialmente aptas para las artes plásticas. Viven rodeados de una bellissima naturaleza que ha sido la cuna de perlas donde se meciera la casta Vénus de la belleza escultural, la que ha engendrado á Fidias, la que ha cincelado los muros del Partenon. Los ojos de los turcos se pierden hoy en las cumbres de las montañas de donde descendieron los dioses del arte. En las adelfas del Bósforo aun está Dafne huyendo de los besos del Sol. En los arroyos que bajan de las montañas de Thesalia aun se dibuja el blanco y rosado cuerpo de la náyade que murmura en las cristalinas ondas. Si fuese verdad que el arte nace de la naturaleza exterior, y solo de la naturaleza exterior que rodea al artista, ¿cómo están ahí hace tres siglos los turcos y no ven las nubes de mariposas, la lluvia de flores que vieron los griegos, y con las cuales formaron esa corona de inspiraciones inmortales que la humanidad se ci-

ñe en los días de sus grandes festines para refrescar un tanto las abrasadas sienes? No son artistas plásticos, no son pintores, no son escultores, porque un dogma cruel é inflexible se lo prohíbe. Su propia complexion les llevaria á tallar esos mármoles que están pidiendo estatuas. Su cielo, sus mares, sus rios, sus montañas son el panorama encantado de la inspiracion, la ciudad eterna del arte. Pero su religion ceñuda, inflexible, uniforme como el desierto, les prohíbe reproducir los seres que han recibido del Creador el soplo de la creacion. Así la idea, el precepto moral triunfa del organismo, vence á la naturaleza. Los pueblos que no creen en la libertad, que no creen en la responsabilidad humana, son pueblos incapaces de la ciencia y de la industria. En los períodos de la infancia social brillan, porque sienten y creen; pero cuando llegan los períodos de la virilidad, que son los períodos de la razon, permanecen inmóviles en su infancia. Siguen sintiendo como los animales infusorios, encerrados en la gota de agua de sus creencias, cuando los pueblos viriles y maduros están pensando y han conquistado por

su pensamiento lo infinito. Para ver el abismo que hay entre la fatalidad y la libertad no hay sino mirar en la Exposicion el yanké y el turco. Aquel lleva en sus manos el cable trasatlántico; el rayo de Aláh, bajo el cual se encierra el hijo del serrallo, le sirve para enviar sus facturas de comercio á través del Océano al hijo de la libertad americana. La máquina es una potencia creadora de la industria, porque es una victoria sobre las fuerzas ciegas de la naturaleza. Pero los turcos se han resignado á sufrir el yugo de leyes que no comprenden, y que por consecuencia no modifican con el progreso, y han vuelto en su vejez á la debilidad y á la impotencia de una infancia sin madurez ni crecimiento.

---

## MES DE OCTUBRE EN PARIS.

---

### I.

Todos los años por estos dias comienza la animacion de Paris. Mas en este año que corre, se concluye. La gran ciudad parece como desierta despues que la han abandonado tanto extranjero como ha venido á saludar esta importantísima poblacion que intenta ser Atenas por sus artes, Roma por sus ejércitos y Alejandria per su espíritu universal y cosmopolita. Los comerciantes se quejan de que la cosecha ofrecida por la Exposicion á la industria no ha sido tan feraz como se prometian las ilusiones del deseo. Pero los teatros de Paris podrán decir en cambio que ha sobrepu-

jado sus esperanzas. Nada más incómodo en el mundo que un teatro de París con sus angostos corredores, sus duros y apretados asientos, sus acomodadoras de papalina blanca y traje oscuro tan socaliñeras como insolentes, su consejo de administracion que semeja un tribunal, sus entradas y contraseñas infinitas, su aglomeracion de gentes incapacitadas casi de respirar en tan mezquina atmósfera, sus infinitas luces que forman como un horno, sus ínarmónicos violines que jamás componen una mediana orquesta, y sus destemplados vendedores que, á guisa de plaza de toros, ofrecen á grito herido bizcochos, papeles, naranjas y agua de limon, formando una algarabía insufrible, mientras el malditísimo telon embadurnado de anuncios que sabeis de memoria y que os persiguen por todas las esquinas, viene á recordaros las tristes esperanzas de la realidad en medio de las expansiones del arte. Y sin embargo, estos teatros tan estrechos é incómodos se han embolsado durante la Exposicion, sesenta y seis millones de reales.

## II.

Lo más notable que en artes ofrece hoy la capital del mundo son los conciertos de Padeloup, consagrados á extender y popularizar el gusto por la música alemana. Sucede en el arte músico alemán exactamente lo que sucede en nuestras catedrales góticas. A pesar de levantarse en climas ardientes donde es tan claro el cielo y tan deslumbrador el brillo del sol, son oscuras, como consagradas al recogimiento interior del espíritu. Cuando entráis nada podeis distinguir, nada más que las espesas sombras amasadas por las altas bóvedas sobre el pavimento. Pero al poco tiempo, la claridad mística comienza, la mustia lámpara baña de tintes melancólicos el rostro de la Virgen, el ardiente cirio se refleja en las áureas alas de los ángeles, la luz del dia se quiebra en toques indefinibles y en armoniosos tonos entre los simbólicos triángulos, y la ogiva dibuja en

sus vidrios de colores los matices de un iris, que semejan los albores del Empireo. Así en la música alemana, cuando comenzais á oír, os parecen sombras, si es dado hablar así, los sonidos; no podeis comprenderlos porque no podeis distinguirlos; pero atended, atended un poco, fijad vuestro ánimo en aquella sosegada corriente de armonías, y bien pronto os parecerá que brota como los manantiales del sentimiento por misteriosa manera de vuestro propio corazón y que se refleja en su seno vuestro propio espíritu. La música alemana ciertamente no es fácil como la música italiana. Pocas palabras bastarán á calificar una y otra. La música italiana es como el viento en los árboles, como el eco de las olas en las playas, como el coro de las alondras saludando al sol ó el coro de los ruiseñores saludando á la luna; es el relieve exterior, es la forma plástica, es la armonía del Universo, ó el canto de los séres *lacrimæ rerum*. Pero la música alemana es vaga, interior, profunda, un poco sombría, porque es la música del sentimiento, el plañido del amor, el grito del alma, las

lágrimas de las ideas. Yo quiero el grande arte. Yo rogaria á la mujer, á la eterna musa de todas las inspiraciones sublimes, que se conjurase contra el arte grosero, sensual, mecánico, utilitario, que embrutece á sus amantes, que mata en flor el corazón de sus hijos. Los teatros de París van á verse inundados de composiciones monstruosas, de comparsas babilónicas, donde las mujeres se disfrazarán de botellas de Leyden, echando tonantes chispas de electricidad que agiten convulsivamente los únicos restos de la vida en estas ruinas del mundo moral; los sentidos. Así es que yo agradezco infinito á Paul de Merice y á Alejandro Dumas que hayan pensado en darnos, con toda su originalidad, con todas sus excentricidades, pero en toda su grandeza, el Hamlet de Shakespeare. Es necesasio conmover profundamente á estas generaciones incapacitadas de sentir lo sublime, de amar lo bello; es necesario conmoverlas con los torcedores del remordimiento, con los combates de la duda, con los problemas del ser ó el no ser, con las tristezas de la muerte y las esperanzas de la inmortalidad, con las tempesta-

des del corazón y los destellos de la conciencia, con todas las fulguraciones del espíritu; para que aprendan la virtud y se acuerden de Dios.

### III.

Mas París convida, cuando sólo se mira la superficie, á lo agradable, á lo lijero. Hace pocos dias ha salido un libro que prueba los inconvenientes de las iniciales: «El libro del sentimiento y del amor, por el abate C. P.»

—¿Quién será este abate? preguntaba una amiga á otra.

—Lo ignoro, contestó la preguntada, lo ignoro. Tal vez sea el abate Cova Perle.

Esto prueba que como dicen nuestros castellanos, vale más llamar al pan pan, y al vino vino, y á cada cual por su nombre de bautismo. Oid una historia interesante, cuya autenticidad os garantizo. Un riquísimo comerciante llamado S.....

ha reunido su fortuna con mucho trabajo y educado por ende á sus hijos en el santo temor de la miseria. Y de pronto se encontró en medio de lo que más huía, por esas venganzas que la Providencia toma de todas las pasiones; venganzas, como llamamos repetidas veces en el mundo, á la justicia. Un jóven, modesto y pobre, llamado Pablo, le pide la mano de su hija, la hermosa y rica Luisa. El comerciante se la niega, porque para él no es el matrimonio la union de dos corazones, sino el producto de dos sumandos. Al dia siguiente recibe una carta en la cual su candidato á yerno le anuncia que si no accede á su demanda se suicida. El viejo industrial levanta los hombros con glacial indiferencia, y dice: «Nadie se suicida hoy por amor.» Y tira la carta. Pero á las doce horas vuelve á recibir otra en la cual anuncia este nuevo Marsilla que se va á suicidar, y le convida para dentro de dos dias á su entierro en la casa mortuoria. El único encargo que le hace, como expresion de su voluntad en tan supremo trance, como testamento moral de que es albacea su propio verdugo, el único encargo que le hace, el pos-

trer ruego que le dirige; al borde oscuro de la eternidad, sintiendo ya el frío de la muerte, temblando por las reconvenções que el Supremo Juez dirigirá al suicida que se presenta sin ser llamado; su última idea, su última palabra, su última súplica es que deje su padre llorar á Luisa. El comerciante, que no habia nacido para tales tragedias, siente un horrible torcedor en su conciencia. No puede concebir tanta locura, y corre á la casa de Pablo, pisándose el corazon. La terrible nueva se ha confirmado. Unas cortinas de paño negro con franjas blancas cubren la entrada; un atahud ocupa el zaguan. Creyó caer el buen viejo al lado del atahud. La mitad de su fortuna hubiera dado por resucitar al muerto y evitarse tantos remordimientos. ¡Él! que de nada podia acusarse, pues jamás retrasara ni en media hora el pago de una letra. Siguió el cortejo fúnebre, y arrojó un puñado de tierra sobre el atahud; un puñado de tierra que parecia arrancado de su corazon. Si fuera ducho en las artes de la palabra y no estuviese constipado, pronuncia en el cementerio una oracion fúnebre. Pero aún le aguar-

daba el dolor de los dolores. Luisa ha sabido la muerte de su amante, y no quiere ni vestirse, ni comer, ni ir al bosque de Boulogne, ni escuchar la Patti, ni asistir á las próximas recepciones del presidente del Cuerpo legislativo; Luisa, ¡la pobre! sólo quiere morirse y ser enterrada, ni más ni ménos que la Míolhan Carvalho en la Julietta y Romeo de Gounoud. El pobre padre no sabe á qué santo encomendarse. Si no fuera porque los gorros de dormir con que ha hecho su fortuna, forman como una cataplasma alrededor de su mollera, y le impiden tener pensamientos trágicos, se hubiera suicidado. Lo hiciera si un hombre pudiera suicidarse, así, buenamente, sin grave detrimento ni para su caja, ni para su estómago. Pero aún sus tragedias no se han concluido. Cuando más entregado estaba á tales reflexiones, le anuncia su ayuda de cámara que un jóven desea hablarle. Sale distraido á la antesala. Es la hora del crepúsculo vespertino. El tibio resplandor de una mal encendida chimenea alumbra la estancia. En la dudosa claridad ve á Pablo. Su horror no tiene límites. Tiemblan todos sus nervios; la voz

se le anuda á la garganta. El suicida viene del otro mundo á castigar su implacable crueldad; tal vez á reclamar á su hija para los desposorios de la muerte, para el lecho del sepulcro.

—No se asuste Vd., le dice con voz muy natural y entera la pálida sombra.

—Que no me asuste, cuando hoy mismo he asistido á tu entierro.—Y daba diente con diente.

—Nada de eso. El enterrado era un escribano de mi vecindad, un habitante del cuarto principal de mi casa, el cual murió, como mueren los escribanos, prosáicamente en su cama. Yo no he querido matarme, no por mí, sino por no matar del mismo golpe á vuestra hija.

A los pocos dias Pablo estaba de frac negro y corbata blanca. Luisa, de velo blanco y corona de azahar en la iglesia de San Sulpicio, celebrando uno de esos teatrales matrimonios que se acostumbran á celebrar en esta Francia, en esta tierra clásica del aparato y de las comedias de mágia.

## IV.

Y ya que hablamos de bodas, no puedo resistir á la tentacion de escribiros cuatro palabras sobre un libro que acaba de publicarse por un escritor moralista, el cual en lenguaje profético habla mucho de la próxima inevitable muerte de esta corrompida Francia. El escritor se llama Alejandro Weill. Indio de religion, aleman de origen, francés de nacimiento, Weill tiene algo de la desesperacion semítica y de la profundidad germánica, y de la chispeante gracia gala. Es como pocos un escritor de grandes contrastes, y de bruscas antítesis. Lleva, como pocos, en el alma la desolacion de nuestros dolores sociales. Castiga, como pocos, abrasándolos con un hierro candente los vicios todos de nuestro siglo. En Francia es muy aborrecido porque ha maltratado á todos los escritores contemporáneos, porque ha maldecido de las redacciones de todos los periódicos.

dicos. Es una especie de Job, que desde su estercolero habla en magníficas imágenes de las plagas morales que caen sobre nuestro siglo. Cualquiera diría que por sus escritos pasa todavía el soplo abrasador del desierto, donde escribieron los profetas. Y uno de los grandes males que echa en cara á nuestro tiempo, es la falta de esos amores profundos, eternos, que trascienden hasta más allá del sepulcro, y que ligan por toda una eternidad dos corazones, los cuales no pueden ser apartados ni por la muerte, la falta del matrimonio de las almas. En efecto, con una palabra puede calificarse el carácter del amor en esta nuestra sociedad; no es el afecto profundo que se adhiere á una sola persona, es el inconstante mariposeo por todas las flores. Y no habrá moralidad mientras no haya familia. Y no habrá familia mientras no haya amor. Y no habrá amor mientras no se despierte en la mujer la idea de que ha nacido para un solo hombre, y en el hombre la idea de que ha nacido para una sola mujer. Es necesario acabar con la inconstancia que ha ahogado lo más bello, lo más poético del sentimiento, la eterni-

dad. Es necesario que una jóven medite mucho ántes de entregar su voluntad á un hombre; pero despues de haberla entregado, trate de unir su alma con aquella alma, su suerte con aquella suerte, su vida con aquella vida, su porvenir con aquel porvenir, como se unen dos suspiros en el aire. Los sepulcros de la Edad media donde yacen acostados sobre la marmórea losa el marido y la mujer durmiendo juntos sus huesos, dan una idea de la eternidad del matrimonio.

## V.

Pero veo que iba dando en el gravísimo defecto de sermonear mucho. Tratemos de cosas más ligeras; tratemos un poco también de modas. Ya hemos dicho otra vez que no considero la moda cosa tan ligera como algunos pretenden. Infinidad de acontecimientos históricos se explican por la moda. En nuestros días se conocen más los aires

políticos por el color de los trajes que por los despachos diplomáticos de los ministros, ó por los discursos de apertura de los monarcas. En cierto tiempo de itálico entusiasmo, las elegantes se vestían el color morado de Magenta. Después de la batalla de Sadowah, el color amarillo, ó pardo, ó castaña, ó habana, que todos estos matices tiene, llamado de Bismarck. Ahora que el Austria va estando en boga se lleva el verde Meternich. Y luego se dirá que la moda no tiene trascendencia en el mundo. Quizá no recuerda Europa una guerra tan trascendental por los cambios que trajo en el equilibrio europeo como la guerra llamada de los siete años en el siglo último. Desde entonces pasó virtualmente la dirección política de Alemania desde Austria á Prusia, este grande hecho que parece de ayer y se halla preparado por tres siglos. Pues una de las causas ocasionales de la guerra y de la alianza entre Austria, Rusia y Francia, fué lo mucho que el gran Federico se burlaba de los raros tocados y bizarras modas de la célebre Madama de Pompadour, favorita de Luis XV. Otra burla

idéntica respeto á la emperatriz Isabel, decidió de la política de Rusia. Vaya otro hecho. En 1777 José II, Emperador de Austria, vino á París á ver á su hermana, María Antonietta, tan célebre por su hermosura como por sus desgracias. Un día entró en su tocador cuando la reina de Francia acababa de levantar el edificio de su alto moño todo lleno de lazos, plumas y flores.— «¿No me encontráis peinada á maravilla?—le preguntó su hermana.—Sí, respondió el emperador—pero es muy seco ese duro.—Sí?, replicó la reina—¿No os parezco bien?—Por vida mía, dijo el emperador, si quereis que os hable francamente, me parece demasiado ligero ese peinado para soportar una corona.» Hablemos ahora de los trajes notables de los últimos días. La emperatriz llevaba en el banquete dado en honor del soberano de Austria en el Hotel de Ville, un traje de satin blanco, argentado con una túnica de tul encima, que le daba un aspecto vaporoso, como la niebla á las hadas. Un cinturón de estrellas de brillantes rodeaba su talle, tres collares de las mismas piedras rodeadas de franjas de rubíes su

garganta, y el gran regente, el más bello diamante del mundo su cabeza. La reina de Holanda un traje de blonda blanca, adornado con lazos celestes, sobre los cuales caían torrentes de brillantes deslumbradores. La duquesa de Mouchg llevaba un traje de satin color de cereza, sobre el cual caía un manto de punto de Alençon prendido á la cintura por un ramo de acacias de oro. A propósito, siguen las colas muy largas, muy largas. Con este motivo se ha fundado en Viena una sociedad cuyo objeto es demostrar la insalubridad de las colas tan largas. Sostienen que el polvo levantado por ese aditamento del traje envenena los aires. Así es que muchos jóvenes se han juramentado en una sociedad secreta para pisar fuertemente las colas y rasgar así los vestidos. Hace pocas noches bajaba de su palco de la Opera una gran señora apoyada en el brazo de un primito que la molestaba mucho con sus declaraciones de amor. De pronto un gallardo caballero le pisó la cola; el primo le llama torpe; el otro le entrega una tarjeta. Un duelo se verifica. ¡Oh dolor! Al poco tiempo veía el infeliz

primo á la prima casada con su rival. No podeis imaginaros la peste de duelos que hay en Francia. Vivimos de milagro. Esto suele acontecer en todas las épocas más agitadas de la historia. En 1831 se entregaban á la boca de una pistola todos los disentimientos políticos. Un orleanista sostenia que la duquesa de Berry tenia un ojo más grande que otro. Oyólo un ex-guardia de Corps legitimista, y dijo:—Me dareis cuenta de esa injuria á una dama y á una reina. La madre del descendiente de cien reyes tiene el ojo derecho más grande que el izquierdo, pero Vd. decia que era el izquierdo más grande que el derecho. Y por esto celebraron un duelo.—Lo que el hombre más quiere es la vida.—No, puesto que á cada momento la arriesga.—¡Ah! Lo que el hombre más quiere es el inefable descanso de la muerte.

Noche buena en Francia. Querá me dirás señor,  
me dije a campana de la grande almanaca don-  
de arde el viento cobalto. Para el viento to-  
servado a los alambres. Para el viento de las  
cadenas que de aquellos países los corticos  
que el viento de la gran...

### EL PRIMERO DE AÑO EN PARIS.

#### I.

Un año más de edad, un año ménos de vida.  
En cada uno de los latidos de nuestro corazon,  
en que creemos sentir agolparse la vida, se agol-  
pa la muerte. El corazon es un péndulo que cuen-  
ta los segundos de nuestro incesante viaje hácia  
el sepulcro; un viaje sin descanso ni interrup-  
cion, un viaje eterno. Cómo en estos dias el pen-  
samiento se vuelve hácia atrás y se refugia todo  
entero en la memoria! Las fiestas de Navidad  
despiertan siempre en el alma la querida imá-  
gen de los primeros dias de la vida.  
Desde aquí envidio yo con toda mi alma la

Noche-Buena de España. Quién me diera sentarme bajo la campana de la grande chimenea donde arden troncos colosales; cerca del sillón reservado á los ancianos, para oír al sonar de las zambombas uno de aquellos pastoriles zorcicos que tienen todo el perfume de la inocencia y que están impregnados del aire purísimo de las montañas!

¡ Quién me diera volver á los tiempos en que íbamos tiritando de frío, pero con el corazón lleno, henchido de alegría, á la misa del Gallo, creyendo oír en los murmullos del campo el concierto de los pastores, en los suspiros del aire, el concierto de los ángeles! ¡ Qué perfume exhalaba la iglesia de mi lugar, qué melodías el órgano, que sonidos tan penetrantes y tan alegres el repique general de las campanas interrumpiendo el majestuoso silencio de la noche! La vida del sentimiento, la vida del corazón, la vida de la familia tienen un precioso nido en esa tierra hermosísima que se extiende desde las crestas occidentales del Pirineo á los mares de Cádiz, y que yo bendigo siempre; pero, sobre todo, en

los aniversarios solemnes del año, en esos días en que vienen como en tropel á la memoria los queridos recuerdos de la ausente patria.

Pero en medio de todo, cómo quisiera que mi España imitase ciertos aguinaldos de París! No en verdad las barracas del Boulevard que tanto me recuerdan nuestras antiguas y casi olvidadas ferias de Madrid; no las revistas de los teatros por donde van pasando los acontecimientos más importantes y los más renombrados personajes del espirante año sin que merezcan la inmortalidad decretada por los siglos y las farsas de Aristóphanes; no los escaparates llenos de todos los manjares, desde el dátíl de los abrasados desiertos de Africa hasta el caviar de los helados desiertos de Rusia; no las fantasías escéntricas de la moda para las damas ni la infinidad de juguetes para los niños; pero sí los aguinaldos de la inteligencia, los libros magníficamente encuadrados, con preciosas estampas, impresos con artísticas letras y en satinado papel que se ven por todas partes, que enseñan cómo esta nación tiene motivo para creerse por algunas de las facetas de

su brillante espíritu, la primera entre las naciones del mundo.

Aquí teneis toda clase de libros... Para los niños están los cuentos de Perrault y las fábulas de Lafontaine con deliciosos grabados. Para las almas religiosas los Evangelios que Henri-Plon ha impreso y ha ilustrado de una manera monumental, grabando en acero los cuadros religiosos más bellos de los pintores del Renacimiento, de esa pléyade inmortal, cuyo crepúsculo de la mañana se llama Leonardo de Viner, crepúsculo dulce como el Alba y cuyo crepúsculo de la tarde se llama Murillo, crepúsculo enrojecido como el ocaso en los ardientes cielos del Mediodía. Para los jóvenes Pablo y Virginia, el idilio de Bernardino de St-Pierre, en el cual como en los cuadros de Claudio Lorena ó como en las odas de Virgilio, revive la naturaleza. Cuando miro las estampas que el dibujante ha puesto en la última edicion hecha para los aguinaldos de este año, me creo trasladado á los climas tropicales, en medio de esa exuberante naturaleza, donde la vida tiene más armonías, más colores, más fecundidad, más

activo y más enérgico trabajo que en los climas templados, como si estuviera todavía en las primeras épocas de la creacion. En el seno de aquella naturaleza los amores de Pablo y de Virginia contrastan de una manera tan admirable por su santa paz como un nido de palomas colgado de las ramas seculares de un cedro del Libano.

Imposible examinar todos estos libros donde hay desde catecismos para los niños hasta obras profundísimas para los sábios. Yo desearia que en España se extendiese tambien con la misma intensidad la costumbre de regalarse libros en los dias de aguinaldo.

## II.

Lo que para España no quiero, es el intenso frio de París. El Sena se ha callado y se ha dormido bajo una bóveda de cristal de roca. El movable y murmurante rio yace silencioso é inmóvil

como si hubiera muerto. Sobre sus espaldas juegan los pilluelos de París como las ratas en las guedejas de un leon disecado. Parece imposible que se pueda sacar partido de un tiempo tan crudo para divertirse, y los parisienses lo aprovechan á maravilla dándose con todo su corazón á la desenfrenada alegría de deslizarse sobre el hielo. El gran placer consiste en presenciar los grandes batacazos. Los estanques y las fuentes de las Tullerías ofrecen un singular espectáculo. Aunque todo está helado, sobre las tersas superficies han caido montones de ligera nieve, semejante á fina arena, con la cual juegan los vientos. A pesar de haber caido tanta nieve, las espesas nieblas no abandonan el cielo. Parecen los árboles entre los pliegues de estas nieblas colosales, fantasmas que arrastran un sudario de sombras. Las estátuas llevan su manto de nieve. Yo no sé por qué, mas creo que las estátuas, esas hijas predilectas de los cielos de Grecia, se quejan de sus vestiduras polares. El obelisco de Cleópatra, enhiesto en medio de la plaza de la Concordia, y festoneado de nieve, me da profunda tristeza, porque los

sacerdotes egipcios grabaron ahí en geroglíficos sus pensamientos, para que los guardara el misterioso desierto, para que los bruñera el ardiente sol, y no para que los quebrantara el hielo y los tiñera de negro la triste bruma. Mas en medio de todas estas tristezas de la creacion, se oyen ruidosas carcajadas. Son los muchachos de París y los soldados de la guarnición, que se deslizan sobre el hielo dejándose arrastrar como por un vértigo, del cual no salen sino cuando algunos de ellos han medido con todo su cuerpo la cristalina superficie de los estanques y de las fuentes. Parecen figuras mecánicas movidas por un resorte.

### III.

Hasta la alta sociedad tiene sus grandes fiestas polares. No es posible imaginarse nada más fantástico ni más extraordinario que un baile dado sobre el hielo en las alamedas del bosque de Bou-

logne á media noche. Jamás he visto á la gente de esta manera alegre en nuestras veladas de San Juan, cuando el cielo azul está cargado de un rocío de estrellas, las márgenes del arroyo recamadas de flores y luciérnagas, el aire embalsamado por las esencias de los jazmines y de las rosas, convidando todo á la alegría y al amor. No es posible formarse una idea del placer con que las damas del Norte se deslizan sobre la superficie de un lago helado, llevando una linterna sorda en la cintura y otra que parece un gigante topacio entre las pieles con que adornan su cabeza. Como es la carrera sobre el hielo, en los trineos y los patines, tan rápida y tan vertiginosa, me parecían sombras, ángeles de la noche, géneos de la selva, que hubieran engarzado en su diadema ó en su cinto un meteoro recogido al vuelo por los infinitos espacios. La decoracion es magnífica: el suelo cubierto de nieve, blanco, brillante, deslumbrador; los árboles, negros como si fueran de bruñido azabache; de trecho en trecho inmensas hogueras que resaltan en la nieve como auroras boreales: escondidos en el ramaje globos venecianos de di-

versos matices que parecen luminosas flores, y suspensas de mástil en mástil por luces eléctricas que en lámparas de cristal contenidas parecen azucenas formadas por los más claros rayos de la luna, guirnaldas de luces que se asemejan á un iris ardiente.

Mas al ver tantas luces sobre el hielo, y pasar ante mis ojos tantas hermosas mujeres ricamente ataviadas, me he dicho: si sereis hielo como toda esta fiesta; y francamente, idea tan extraña ha helado la sangre en mis venas, el pensamiento en mi cerebro, y he arrojado la pluma. ¡Ah! mal principio de año..... 1 de Enero de 1868.

FIN.

## ÍNDICE.

---

	Páginas.
América.....	1
D. Pedro IV y la Union aragonesa.—Art. 1.º..	23
Id.                    Id.    Art. 2.º..	55
Id.                    Id.    Art. 3.º..	91
Id.                    Id.    Art. 4.º..	121
Los primeros tiempos del Cristianismo.....	155
Discurso sobre los caracteres capitales de la Edad media en España y en el resto de Europa.	179
Turquía en la Exposicion universal de París...	267
Mes de Octubre en París.....	285
El 1.º de año en París.....	303

---

LIBRERÍAS  
DE  
A. DE SAN MARTIN.

Puerta del Sol, 6, y Carretas, 39.

MADRID

LOS CÓDIGOS ESPAÑOLES,  
ANOTADOS Y CONCORDADOS

SEGUNDA EDICION

12 tomos, folio, 600 reales, rústica.

CONTIENEN:

Liber judicum, ó Código de los Visigodos. — Fuero Juzgo. — Fuero Viejo de Castilla. — Leyes del Estilo. — Fuero Real. — Ordenamiento de Alcalá. — Las Siete Partidas. — Índice de las leyes y glosas del mismo Código, por Gregorio Lopez. — Espéculo. — Leyes para los Adelantados mayores. — Leyes Nuevas. — Ordenamiento de las tasererías. — Ordenanzas Reales de Castilla. — Leyes de Toro. — Novísima Recopilacion, suplemento é índices. — Nueva Recopilacion. — Autos Acordados. — Ordenanzas de Bilbao.

OBRAS  
DE

**Emilio Castelar.**

- La Hermana de la Caridad, 3.<sup>a</sup> edicion,  
2 tomos de 364 páginas, 8.<sup>o</sup> . . . 16  
Cuestiones políticas y sociales, 5 to-  
mos, 8.<sup>o</sup> . . . 24  
Fórmula del Progreso, 8.<sup>o</sup> . . . 8  
Defensa de la Fórmula del Progreso, 8.<sup>o</sup> . . . 8  
Discursos parlamentarios en la Asam-  
blea constituyente de 1869 á 1870,  
5 tomos, 8.<sup>o</sup> . . . 24  
La Civilizacion en los cinco primeros  
siglos del Cristianismo, 4 tomos, 8.<sup>o</sup>  
mayor. . . . . 64

EN PRENSA.

- La Redencion del Esclavo, 1.<sup>a</sup> parte, 2.<sup>a</sup>  
edicion.  
Idem idem, 2.<sup>a</sup> parte, 1.<sup>a</sup> edicion.

**J. Alonso y Eguilaz.**

- Teoria de la inmortalidad del Alma, 2.<sup>a</sup>  
edicion, aumentada, 8.<sup>o</sup> . . . . . 8

**Alarcon.**

- Novelas, 8.<sup>o</sup>, rústica. . . . . 10  
Cosas que fueron, 8.<sup>o</sup>, rústica. . . . . 16

**Henry Muger.**

- Escenas de la vida de Bohemia, 8.<sup>o</sup>  
rústica. . . . . 4

**Macé.**

- Aritmética del Abuelo, 8.<sup>o</sup>, rústica . . . 12

**Goyena.**

- Concordancias, motivos y comenta-  
rios del Código civil español, 4 to-  
mos, 4.<sup>o</sup> . . . . . 160

DEVOCIONARIOS Y SEMANAS SANTAS

DE TODA CLASE DE ENCUADERNACIONES,

á precios fijos, desde 2 á 2.000 reales.

EXTRACTO  
DEL  
CATALOGO DE OBRAS DE FONDO  
Y EN GRAN CANTIDAD.

Rs.	Rs.
<b>Animales</b> célebres de todos los tiempos y de todos los países, por Castro y Serrano, 4.º, rústica. . . . .	<b>Hijo del Notario</b> (El), por Jacob, 8.º, rústica. . . . .
20	4
<b>Absoluto</b> (Lo), por Campoamor, 8.º, rústica. . . . .	<b>Hilo del destino</b> , por C. H., folio. . . . .
44	32
<b>Auroras</b> , poesías, por Neda, 8.º, rústica. . . . .	<b>Limonos</b> ágricos, por Ventura R. Aguilera, 8.º. . . . .
42	44
<b>Bello</b> ideal del matrimonio, por Nombela, 16.º. . . . .	<b>Leona</b> (La), por Soulié, 4.º. . . . .
8	20
<b>Cuentos</b> para todas las edades, por Angel Fernandez de los Rios, 4.º mayor, rústica. . . . .	<b>Leonor</b> Pacheco, ó amor que mata. . . . .
24	50
<b>Collar</b> (El) de la Reina, por Dumas, 3 ts., 8.º r.º. . . . .	<b>Literatura</b> histórica y política, por Pacheco, 2 tomos, 8.º. . . . .
50	28
<b>Colon</b> , poema por Campoamor, 8.º. . . . .	<b>Música</b> celestial. Leyendas históricas fantásticas, y elegías satíricoburlescas, por Costanzo, 8.º. . . . .
6	14
<b>Código</b> de los Jesuitas, por Apoussa, 16.º. . . . .	<b>Magnetizador</b> , por Soulié, 4 tomos, 16.º. . . . .
4	8
<b>Condesa</b> de Monrion, segunda parte de La Leona, por Soulié, 4.º. . . . .	<b>Mujeres</b> (Las), el vino y el juego, por P. de Kock, 8.º mayor. . . . .
20	14
<b>Cuentos</b> íntimos, por Pedrosa, 8.º mayor. . . . .	<b>Mujer</b> (La), en el siglo XIX, por Llanos y Alcaráz, 8.º mayor. . . . .
44	20
<b>Confidencias</b> (Las) por Lamartine, 8.º. . . . .	<b>Mujer</b> (La), apuntes para un libro, por Severo Catalina, 8.º, rústica. . . . .
10	20
<b>De 1820 á 1824</b> , reseña histórica, por Argüelles, 8.º, rústica. . . . .	<b>« todo ó nada</b> , por Fernandez de los Rios. . . . .
14	14
<b>Doloras</b> escogidas de Campoamor, 16.º. . . . .	<b>Preceptistas</b> latinos para el uso de las clases de retórica y poética, por Camús, 8.º mayor. . . . .
6	16
<b>Doce</b> reales de prosa y algunos versos gratis, por Palacio, 8.º mayor. . . . .	<b>Prado</b> (El) de amapolas, por P. de Kock, 2 tomos, 8.º. . . . .
14	10
<b>Escenas</b> montañosas, por Pereda, 8.º mayor. . . . .	<b>Serda</b> de los ciruelos (La), por P. de Kock, 8.º. . . . .
14	14
<b>Estudios</b> de elocuencia, por Olózaga 8.º mr. . . . .	<b>Tabaco</b> (El), por Felip, 4.º. . . . .
16	20
<b>Historia</b> de las persecuciones políticas y religiosas, por Castilla, 6 tomos, folio . . . . .	<b>Tristan</b> , ó el hijo del crimen, por Dumas, 4.º. . . . .
514	24
<b>Historia</b> de los reyes Católicos, por Prescott, 4 tomos, 4.º. . . . .	<b>Tardes</b> de la Granja, con un prólogo de Hartzenbusch, 4.º, láminas. . . . .
106	24
	<b>Últimas</b> confidencias, por Lamartine, 8.º. . . . .
	40
	<b>Victimas</b> del poderoso, por D. J. V., 4.º. . . . .
	28

